FUTURO

Philip J. Farmer

GALAXIA
Ciencia Ficción

Dos novelas cortas: *Futuro*, de Philip Jose Farmer y *El motor de dos manos*, de C.
L. Moore
y Henry Kuttner.

epublibre

Philip José Farmer & C. L. Moore

Futuro

Galaxia - 66

ePub r1.0
Titivillus 11.07.16

Philip José Farmer & C. L. Moore, 1967
Traducción: Fernando M. Sesén

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

FUTURO

I

A pocos kilómetros de la ciudad, Joel Vahndert desafió a Bononi Rider.

La tensión que entre ellos había era alta antes de que dejasen Fiiniks con la caravana mulera que iba a las Montañas de Hierro. Pero había quedado confinada a unas escaramuzas mal intencionadas; bromas pesadas que pudieran haberlos dejado tullidos o muertos y fanfarronadas de cuál se casaría con Debra Awvrez.

Los mayores de la expedición intervinieron más de una vez para impedir que llegasen a las manos. No querían perder a ninguno de los posibles guerreros. Ya habían muerto demasiados el año pasado de mordeduras de serpientes, de fiebre del valle y de ataques por los navajos.

Cuando la caravana llegó a las Montañas de Hierro, los jefes procuraron mantener separados a los dos mozalbetes de diez y ocho años, tan lejos como les era posible. Eso no resulta difícil, porque cada hombre tenía que trabajar duro durante todo el día. Por la noche estaban tan cansados, que se limitaban a dejarse caer junto a las hogueras, hablar un rato, a dormir después. El Jefe Wako destinó a Bononi y a Joel a distintas brigadas de trabajo.

Así que no se veían con frecuencia uno y otro. Estaban demasiado atareados con extraer mineral, fundirlo, refinarlo, templarlo y forjarlo en armas y herramientas. Bajo una experta dirección aprendieron cómo fabricar espadas, dagas, puntas de lanza y flechas, espigas de hierro y clavos, martillos y rejas de arado. Pasaron los meses mientras ellos sudaban bajo el cálido sol de Eyzonuh. Un trimestre tuvieron que forcejear con el pico y la pala, el horno, la grama y la forja, el martillo y el yunque. Y cuando

el Jefe Wako pensó que los dos jóvenes conservaban demasiada energía después del trabajo diario, les destinó a uno de los tumos de guardia nocturna.

Pero el fin del verano se acercaba. Las mulas ya no podrían llevar más carga de herramientas y armas. Las mulas fueron cargadas con objetos de acero, con la carne ahumada que los cazadores mataron y prepararon y el agua de los manantiales. Luego la caravana inició su lento y penoso viaje por las montañas, a través del desierto y por último hasta Fiiniks, en el Valle del Sol. Habían tenido suerte hasta entonces, porque ningún salvaje Keluhfinyanz o indio les atacó y efectuaron el regreso a la ciudad sin perder ni un solo hombre.

En el camino de vuelta ya no había demasiado trabajo para mantener a Bononi y Joel separados. El Jefe Wako les vigilaba, bien en persona o mediante alguno de los subjefes, que se interponía cuando alguno de los gallitos de pelea provocaba demasiado al otro.

A pocos kilómetros de Fiiniks, sin embargo. Joel Vahndert comenzó a decir a todos los que escuchaban lo que él y Debra harían en su noche de bodas. A los hombres que caminaban a su lado no les gustó. No se habla de tales cosas, por lo menos, no de su esposa y de las otras mujeres libres del valle. Quizás, si no había ningún predicador cerca, uno podría contar sus hazañas con las chicas esclavas navajo. Pero jamás hablaría de las mujeres fiiniks.

Joel lo sabía, y debía tener unas grandes ansias de pelea con Bononi para ver si arriesgaba la desaprobación o tal vez el castigo de los hombres mayores. No hizo caso a sus miradas fulminantes, a sus ceños fruncidos y sus labios apretados, y continuó hablando, incluso con mayores detalles. Pudo notar como el rubor desaparecía de la piel de Bononi, siendo reemplazado casi de inmediato por la palidez.

Joel no pareció mostrarse afectado. Caminaba junto a la mula que estaba a su cargo, dando largas zancadas. Era un hombretón, de más de dos metros de altura, con una construcción sólida y musculada. Su largo y espeso pelo negro estaba ceñido por una banda roja que cruzaba la frente. Tenía el rostro amplio; la nariz larga y ligeramente aquilina; los labios delgados; la barbilla gruesa y en apariencia tan dura como la punta de una maza de guerra. No había joven de su edad en el valle con quien no hubiese luchado y

competido en el tiro, ni ningún hombre en cuarenta kilómetros en torno a la Montaña Kemlbek que pudiese lanzar la jabalina tan lejos como él. Su figura era espléndida, cubierta por la camisa de algodón rojo ceñida a la cintura por el cinturón de cuencas turquesa, con sus pantalones cortos de piel de puma y polainas.

Bononi Rider era distinto, impresionante si no se tenía otra referencia, pero inferior comparado con Joel. Medía un metro ochenta, amplios hombros, cintura mínima (Joel la tenía algo gruesa), y largas piernas. Su larguísimo pelo amarillo estaba sujeto por una cinta negra que le rodeaba la cabeza; sus ojos azules ahora estaban contraídos; las aletas de la nariz temblaban de cólera; su boca, normalmente llena, formaba en estos momentos una fina línea. Era fuerte y lo sabía. Pero carecía del porte de Joel. Era más bien un león de la montaña, una esbelta y rápida criatura o un ciervo. Podía correr más que cualquier otro nacido a la sombra de Kemlbek. Pero aquí, evidentemente para todos, se presentaba una situación que no exigía correr. No… si quería ser digno de tomar el Primer Sendero de Guerra.

Bononi escuchó a Joel durante varios minutos, mirando a su alrededor para ver si los ancianos y mayores le reprendían. Cuando se dio cuenta de que esperaban todos, que él reaccionase, Bononi no dudó. La única cosa que le había mantenido en silencio hasta ahora era el darse cuenta de que Joel Vahndert le provocaba. Y no quería darle la satisfacción de que creyese que tenía poder para enojarle. También había esperado que los subjefes reprendieran a Joel y le humillasen, pero los subjefes iban en vanguardia de la caravana donde conferenciaban con Wako sobre el orden de vestidos, cuando entrasen en los arrabales de Fiiniks. No podía esperar, ayuda de ellos.

Bononi, pues; caminó hasta Joel. Joel dejó de hablar y se enfrentó a Bononi, adivinando por la furia reflejada en el rostro de Bononi que iba al ser desafiado.

—¿Qué te pasa, conejito? —preguntó—. Estás pálido. ¿Tomaste demasiado el sol? Quizás deberías tumbarte a la sombra de un árbol hasta que te recuperes. Nosotros, los hombres, continuaremos y diremos a las esclavas que preparen una camilla para recogerte. Yo le contaré a Debra que…

Bononi no siguió el protocolo. En vez de abofetear a Joel en la

cara y luego, formalmente, desafiarle, dio una patada a Joel. Le pegó en donde duele más a un hombre, con un pie que jamás había conocido zapato o mocasín, con suelas de piel de dos centímetros y tan duras como la roca.

El hombretón gritó, doblándose sobre sí mismo y cayendo al suelo. Allí se agitó y siguió gritando con agonía.

Wako, aunque lejos; escuchó los gritos y vino corriendo. Joel seguía gimiendo cuándo llegó, pero Wako le gritó que se callase, que se comportase como un guerrero… lo que sería algún día si vivía lo bastante.

Uno de los hombres explicó lo que había pasado. Wako dijo:

—Entonces ese estúpido y necio loco se lo merecía.

Pero se volvió hacia Bononi y añadió con voz hosca:

—¿Por qué le pegaste sin avisarle? ¿O sin asegurarte antes de que uno de nosotros era testigo formal del desafío?

—Cuando un hombre habla como él sobre una mujer, es preciso que se le cierre su asquerosa boca como se cierra la de un esclavo —contestó Bononi—. Además, ¿por qué iba a darle la ventaja de un desafío formal? Es más alto y más fuerte que yo; mi orgullo no me impide reconocerlo. ¿Para qué iba a concederle ventajas?

—Yo no habría permitido que vosotros dos os mataseis mutuamente si le hubieses desafiado. ¿Qué os pasa a los jóvenes? ¿No sabéis que antes de una semana emprenderéis por primera vez el Sendero de Guerra? ¿Y que entonces tendréis todas las muertes que deseáis? ¡Quizás más de las que os podéis imaginar!

Joel, aún agarrándose las partes y doblado, se puso de rodillas trabajosamente. Mirando fulminante a Bononi, gritó:

—¡Luchas como un sucio navajo! ¡Espera que me recupere y…!

—Ambos esperaréis —ordenó muy serio Wako—. No habrá ninguna pelea en serio entre los no ensangrentados hasta que regreséis de la meseta. Y, para entonces, tendréis más sangre de la que os podéis imaginar. Ahora escuchadme; os digo que no podéis hacerlo. Si cualquiera desobedece, tendrá que presentarse ante el Consejo de Kemlbek. Y eso significa, o puede significar, que tendrás que esperar un año antes de que se os permita entrar en el Sendero de Guerra. ¿Acaso queréis eso?

Ambos jóvenes guardaron silencio. No lo deseaban como tampoco lo deseaba cualquier joven de su edad. ¡Significaba seguir

siendo tratados como niños cuando sus amigos se habían convertido ya en hombres!

—Zanjado entonces —dijo Wako—. Daros la mano y jurar que no reñiréis otra vez hasta que hayáis vuelto del sendero. De otro modo…

Joel Vahndert, que se había puesto en pie ya, medio se dio la vuelta, como si no tuviese intención de dar jamás la mano a Bononi. Este le miraba, las manos en las caderas.

Wako volvió a hablar, esta vez más alto:

—¡Tú te lo has buscado, Vahndert! ¡Y tú, Rider, borra esa sonrisa de tu cara de niño! ¡Ahora estrechaos las manos! ¡O me encargaré de que se os presenten dificultades al iniciarse este mismo año!

Vahndert regresó, tendiendo su diestra, y dijo:

—Se la estrecharé si Rider es lo bastante hombre.

—Soy lo bastante hombre para hacer lo que tú hagas —contestó Bononi. Su mano desapareció en la de Joel y el hombretón apretó con todas sus fuerzas.

Los músculos del brazo de Bononi se pusieron rígidos, pero no parpadeó ni trató de retirar su mano.

—Está bien, no intentéis más escaramuzas —dijo Wako—. Y volved a vuestras mulas. Si continuamos, llegaremos a Fiiniks antes de que salga la luna.

II

La caravana reanudó la marcha. Bononi estaba todavía demasiado furioso para sentir la alegría del regreso. Miró hacia el sur por la llanura rocosa, y vio una imagen en el firmamento de su propia furia hirviente. Espesas nubes negras de humo ascendían de un volcán a diez y seis kilómetros de distancia. El año pasado, cuando abandonó su ciudad natal para ir a las montañas, aquel volcán estaba formándose. Ahora era lo bastante alto para que pudiera distinguir la lava y las cenizas que habían construido un cono de, por lo menos, sesenta metros de altura. Los demonios terrestres habían trabajado mucho durante su ausencia.

Sé le disipó la cólera, siendo sustituido no por el placer de volver con su familia, sino por el temor de la suerte que pudiera correr ésta. Recordaba de sus días de infancia haber oído contar a su padre, mientras hablaba con un amigo, que el primero de los volcanes quebró la corteza terrestre apenas dos años antes del nacimiento de Bononi. Esa furia apareció a unos setenta kilómetros hacia el oeste; su nacimiento estuvo acompañado por un terremoto que derrumbó paredes y casas y causó la muerte a muchas personas. Ahora había diez volcanes en el Valle del Sol. A veces cuando los vientos eran favorables, el humo de todos los diez se posaba sobre el Valle y hacía del sol un fantasma.

Bononi miró hacia levante donde la extraña forma de la montaña Kemlbek yacía. Desde aquella distancia, el monte semejaba una bestia durmiendo con un lomo arqueado, cuello larguísimo y un morro prolongado. Los predicadores decían que recibía su nombre del Keml. Bononi jamás había visto a un keml, ni tampoco los predicadores. Pero en los Libros Fundadores se mencionaba a una bestia llamada el keml (los arcaicos antiguos lo

escribían «camello»). Bononi se preguntó si ese animal era tan grande como la montaña de su mismo nombre. De ser así, se alegraba de que estuviese tan muerto como el Leviatán y el unicornio, igualmente mencionados en los Libros Fundadores.

A mediodía aparecieron las murallas de adobe de la ciudad formando un anillo al pie del Kemlbek. Una hora más tarde, los hombres de la caravana vieron a la multitud esperando al exterior de la Puerta de los Fiiniks (un enorme pájaro que vivió antaño, pero que algún día surgiría de sus cenizas y revolotearía sobre el desierto llevando a Jehová montado en su lomo).

Bononi, tras recibir el permiso formal de Wako, se fue a casa con su padre, su madrastra, sus dos hermanos menores, sus dos hermanas casadas, sus maridos y sus sobrinitos y sus sobrinitas. Todos hablaban a la vez. Bononi podía sólo responder en parte a las múltiples preguntas que le hacían. Se encontraba reluciente de felicidad. Aunque no podía dejar de pensar en Debra Awvrez y sentía impaciencia por llegar hasta ella puesto que al sentirse amado así por su familia le hacía añorar el amar él muchísimo por su parte. Y, a los ojos de los miembros jóvenes, era un héroe porque había estado tan lejos y había regresado trayendo las herramientas y armas tan necesarias.

Después de que hubieron recorrido un kilómetro bajando por la amplia calle, llegaron a casa de su padre. Se trataba de un edificio de adobe de dos pisos, pintado de blanco. Tenía una torre en cada esquina y una terraza almenada desde la que los fiinikshanos podían disparar contra cualquier invasor. La muralla de tres metros de altura que rodeaba el edificio, proporcionábale intimidad; también, si los atacantes conseguían entrar en la ciudad, constituía un lugar fortificado en el que pelear hasta que se vieran obligados a retirarse, al interior de la casa.

Aquí los perros, grandes bestias lobunas, saltaban ladrando y queriendo lamer a Bononi. Los gatos caseros, retraídos, con su piel listada que les daba dignidad, permanecían sentados sobre las murallas y contemplando lo que ocurría. Más tarde, cuando no hubiese tanta gente ni tanta conmoción, los favoritos de Bononi descenderían y frotarían su cuerpo contra la pierna del amo, ronroneando para que les tomara en brazos.

Bononi tuvo que consumir una gran cena, o por lo menos

sentarse ante una mesa atiborrada de frutas, guisantes fritos, buey y cerveza. Habló demasiado para tener posibilidad de comer, pero no tenía hambre. Temblaba ante el pensamiento de ver a Debra aquella noche y se preguntaba también cómo podría escabullirse decentemente de entre su familia.

Después de cenar, se colocó sus ropas de iglesia y fue con la familia hasta el templo. Allí permanecieron una hora, mientras el predicador recitaba innumerables oraciones dando las gracias por el feliz regreso de hombres y muchachos que se habían ido a las Montañas de Hierro. Bononi trató de mantener su atención en lo que decía el predicador, pero no pudo resistirse a la tentación de mirar en tomo. Ella no estaba. O, si se encontraba en el templo, no pudo verla.

Volvió a su casa. Su padre y cuñados le hicieron muchas preguntas y las contestó lo mejor que pudo, mientras tenía la mente fija en Debra. Por último, cuando empezaba a desesperar de hallar un modo educado de abandonar la casa, su madrastra vino en su ayuda.

—Vosotros, los hombres, tendréis que perdonar a Bononi —dijo ella, riendo para que no se enfadasen—. Estoy segura de que se muere de ganas por visitar a los Awvrez y que ellos le considerarán muy mal educado si no les hace una visita de, por lo menos, unos pocos minutos.

Bononi miró a esa mujer con gratitud. Había ocupado el puesto de su madre sólo seis años atrás y la quería tanto como amaba a la autora de sus días.

Y su padre pareció desilusionado y abrió la boca para protestar. Pero la madre de Bononi dijo:

—No me gusta entrometerme, Hozey, ya lo sabes. He advertido que Bononi hace horas que tiene ganas de salir. ¿Te has olvidado de lo que tú sentías cuando tenías diez y ocho años?

El padre de Bononi sonrió. Dio una palmada a su hijo en el hombro, y dijo:

—¡Vete, joven potrito! Pero no vuelvas demasiada tarde. ¡Recuerda! ¡Tu iniciación puede comenzar en cualquier momento!… Y antes tienes que hacer otras, muchas cosas.

La madre de Bononi pareció entristecerse entonces y el joven sintió una punzada de dolor. La había visto llorar dos años antes

después de que el hermano mayor de Bononi se fuese para su primer, y último, Sendero de Guerra.

Bononi se excusó, besó a su madre y salió hasta el establo. Allí colocó una silla de cuero Mek en oro sobre Red Hawjk, un soberbio garañón ruano. Condujo al caballo hasta la puerta principal. Gritó a sus sobrinos que abriesen y montó.

Apenas lo había hecho cuando oyó el grito de un Anunciador.

—¡Espera un minuto, Bononi Rider! ¡El Consejo de Kemlbek me ha dado un mensaje para ti!

Bononi refrenó a Red Hawk, impaciente como él mismo por ponerse en marcha, y dijo:

—¡Anunciador Chonz! ¿Qué mensaje? ¡Espero que no sea malo!

—Bueno o malo, será mejor que le hagas caso —contesto Chonz —. Acabo de entregar el mismo mensaje a Joel Vahndert y no le prestó mucha atención. Pero juró sobre los Libros Perdidos y los de Fundación que obedecería.

—¡Oh! —exclamó Bononi—. ¿Y bien?

—Los Jefes se han enterado de la pelea entre tú y Joel Vahndert y de lo que pasó después. Se han reunido y decidido que vosotros dos indudablemente os encontraríais en casa de Debra Awvrez, y allí podríais derramar vuestra sangre. Así, para asegurarse de que ahorraréis esa sangre para los navajos, ¡ojalá Dios les deje ciegos!, el Consejo os prohíbe a los dos que veáis a la chica hasta que regreséis con una cabellera colgando del cinturón. Entonces, al ser hombres y responsables de vuestros actos, podréis hacer lo que deseéis. Pero no hasta ese momento… ¿Te has enterado?

De mala gana, Bononi asintió y dijo:

—Sí.

Chonz condujo su caballo a través de la puerta y se situó junto al joven. Le tendió un libro encuadernado en cuero Mek.

—Coloca tu derecha sobre él y jura que obedecerás al Consejo. Bononi dudó un momento. La luna llena, que acababa de salir por encima de las lejanas montañas Supetishn (Superstición), permitió que se le viera rechinar los dientes.

—Vamos, hijo —dijo Chonz—. No dispongo de toda la noche. Además, sabes que el Consejo hace sólo lo que es bueno para ti.

—¿Es que no voy a poder verla ni una sola vez antes de marcharme? —preguntó Bononi.

—No, a menos de que vayas a su casa —respondió Chonz—. Su padre la obliga a no salir del hogar. El viejo Awvrez está furioso. Dice que Joel y tú la habéis deshonrado al pronunciar su nombre en un sitio público. Si no estuviese tan próxima la iniciación, os daría de latigazos a ambos.

—¡Eso es mentira! —gritó Bononi—. ¡Oh, jamás mencioné su nombre! ¡Fue Joel Vahndert! ¡No es justo! Chonz se encogió de hombros y dijo:

—Quizás sea así. Pero eso no establece la menor diferencia. Tienes que jurar.

De mala gana, Bononi colocó su mano sobre el libro.

—Juro por los Testamentos Perdidos y Encontrados obedecer la voluntad, del Consejo como encargado de este asunto —dijo.

—Eso es, buen chico —murmuró Chonz—. Que tengas mucha suerte en tu primer Sendero de Guerra. Dios sea contigo…

—Y contigo —contestó Bononi. Contempló cómo el alto y flaco Anunciador se alejaba, luego hizo volver a Red Hawk hasta el establo. Tras desensillar al animal no volvió a casa. Quería primero que se le desvaneciese su furia. En vez de eso, se le hizo más fuerte, alimentada por las imágenes de Debra y Joel. Después de elaborar varias formas de exótico castigo para Vahndert, si es que Vahndert caía en su poder, se sintió mejor. Luego, regresó a la casa y explicó lo que había sucedido. Para su alivio no se le burlaron. Su padre y cuñados especularon en la posibilidad de que hubiese mala sangre entre los Eider y los Vahndert, y hablaron con todo lujo de, detalles de algunas batallas de honor que tuvieron lugar entre las fraternidades Fiiniks en el pasado remoto.

Hasta ahora, los mayores de ambas familias se habían llevado bien. Iban a la misma iglesia. Vivían a menos de cinco manzanas de distancia. Los jefes de ambas familias habían hecho a menudo negocios amistosos y de mutuo provecho.

—Si Peter Vahndert perteneciese a nuestra fraternidad —dijo el señor Rider—, someteríamos la disputa a la Cámara Interior. Pero los Vahndert no pertenecen, así que no se puede contar con esa salida. Sin embargo, nada sucederá que nos obligue a sacar nuestras espadas hasta después de que vuelvan los muchachos. Después, sólo Dios lo sabe. Que Joel es un fanfarrón, que desde la niñez se ha mostrado un provocador, es cosa sabida. Sin embargo, hay que

concederle el mérito de, ser capaz de arrojar la jabalina más pesada a una gran distancia.

Los hombres comenzaron a censurar a Joel. Bononi no se les unió. No habría sido correcto por su parte hacerlo cuando había otros presentes. Además, no quería pensar en aquel individuo. Deseaba ocupar su mente únicamente con Debra. Tras un intervalo prudente, se excusó y subió a su cuarto. Allí empapó unos cuantos trapos en agua y los colgó en la ventana, con la esperanza de que la brisa que entrase fuese lo bastante fresca para que le permitiera dormir. Al cabo de una hora o más de agitarse y dar vueltas, y de inútiles esfuerzos por quitarse Debra de la cabeza, cayó dormido.

Bononi soñó que había sido capturado por los Navajo. Estaban a punto de verter una gran marmita de agua hirviendo sobre él antes de infligirle heridas mucho más localizadas. Para darle una idea del contenido de la marmita, dejaron caer unas cuantas gotas de agua hirviente sobre él. Al hacer esto, esperaban enardecerle y que suplicase compasión.

Juró para sí que actuaría como un hombre, un verdadero fiinikshano, y que les causaría admiración. Después de que todo hubiera pasado, los Navajos enviarían un mensaje a los fiiniks diciendo que el joven blanco Bononi Rider había muerto como un valiente y compondrían una canción en su honor. Debra se enteraría, lloraría, pero también se sentiría orgullosa de él. Y no miraría a Joel Vahndert cuando viniera a cortejarla. Hasta llamaría a su padre y hermano. Entre todos los echarían de la casa con ayuda de látigos y perros.

III

Bononi despertó para ver el perfil de su madrastra recortado contra el cuadrado de luna de una de las ventanas, Ella estaba sentada en su cama e inclinada sobre él; caían lágrimas sobre el pecho de Bononi.

—¿Qué es lo qué pasa? —preguntó.

—Nada en realidad —contestó ella, incorporándose y sorbiendo las lágrimas—. Vine a sentarme junto a ti, para mirarte un rato. Quería verte una vez más.

—Ya me verás por la mañana —repuso Bononi. Se sentía embarazado, pero también conmovido. La sabía apenada aún por la muerte de su hermano y conocía que se preocupaba mucho por él.

—Sí, lo sé —dijo ella—, pero no podía dormir. Hace tanto calor y…

—Las lágrimas de la madre refrescan la sangre ardiendo del joven en su primer Sendero de Guerra —dijo Bononi—. Una madre sonriente vale más que una docena de cuchillos.

—No me cites proverbios —recomendó ella.

Se levantó y le miró.

—Es porque te quiero —dijo—. Sé que no debería llorar a tu lado; te sentirás deprimido por eso. Pero no pude evitarlo. Tenía que verte una vez más antes…

—Hablas como si nunca fueses a volverme a ver —dijo Bononi —. Piensa en la muerte y serás un fantasma.

—Ya sigues con los viejos proverbios —dijo ella—. Oh, estoy segura de que te volveré a ver. Es que has estado fuera tanto tiempo, tan lejos de casa. Y antes de lo que una se piensa, tú… no importa. Estoy haciendo lo que prometí no hacer. Ahora me iré.

Se inclinó y le besó ligeramente en los labios; luego se

incorporó.

—Me quedaré en casa mañana y hablaré contigo —dijo Bononi.

—Gracias, hijo —contestó ella—. Sé lo mucho que deseas ir al mercado y contar a tus amigos lo de la Montaña de Hierro. E irás mañana, actuarás como si mañana fuese cualquier otro día. Además, tengo demasiado trabajo que hacer para perder el tiempo hablando. Muchísimas gracias, de todas maneras, hijo. Agradezco tu oferta y lo que significa.

—Buenas noches, madre —dijo él. La voz de la mujer había temblado tanto que tenía miedo que se pusiera de nuevo a llorar.

Su madrastra salió de la habitación. Después tuvo dificultades en volver a dormirse. Le parecía que, cuando lo consiguió, acababa de caer de la vigilia para ser arrastrado a una pesadilla.

En esta ocasión, la luz de la luna mostró cuatro sombrías figuras de hombres en torno a su cama. Llevaban máscaras de madera labrada con largos picos curvos de cuervos y plumas negras sobresaliendo de ellas en tres lados. Aunque los rostros de detrás de las máscaras se quedaban ocultos, supo que eran su padre, dos cuñados y el hermano de su madre.

—Levántate, hijo del cuervo —dijo la voz apagada de su padre —. Llegó el momento de que pruebes tus alas.

El corazón de Bononi latió rápido y en su estómago sintió como si una docena de cuerdas de arco estuvieran vibrando. El tiempo para su iniciación había llegado antes de lo que esperaba. Confió que se le daría una semana de descanso después del largo viaje de regreso desde las Montañas de Hierro. Pero recordó que se suponía que esa ceremonia se le presentaría de manera inesperada, saltando sobre él como un león salido de la noche.

Se levantó de la cama. Su padre le colocó una venda en torno a la cabeza, cubriéndole los ojos. Alguien le envolvió la cintura con un paño para cubrir su desnudez. Luego le cogieron de la mano y le sacaron de la habitación al pasillo. Oyó el suave sollozo de una mujer y supo que su madre estaba llorando detrás de la puerta cerrada de su dormitorio. Claro, no se le había permitido ver a los hombres con sus máscaras ni a él con los ojos tapados. Ni se le había advertido de que era esta noche el momento elegido. De cualquier forma, la mujer se lo esperaba. Las de su sexo eran capaces de presentir muchas cosas que se escapaban a la percepción

de los varones.

Bononi fue guiado para que descendiese los escalones y saliese al aire libre. Allí le colocaron sobre un caballo y el animal comenzó a caminar. Otro jinete, supuso, le sostenía las riendas y dirigía su marcha.

Se cogió al pomo de la silla y se sintió muy desvalido cabalgando de tal modo. ¿Qué pasaría, si su caballo tropezaba y caía, y él, Bononi, salía despedido de la silla? Bueno, ¿qué? Nada podía hacer por impedirlo.

Sin embargo, se sintió tranquilo. Cuando después de, quizá, media hora de cabalgada, se detuvieron y le hicieron que desmontase, experimentó alivio. Luego le ayudaron a entrar en una carreta y le situaron en un banco que recorría toda la extensión longitudinal del vehículo. A ambos lados, hombros desnudos y brazos y caderas se apretaban contra él. Presumió que pertenecían a otros iniciados.

La carreta se puso en marcha con una sacudida y comenzó a traquetear y a oscilar al recorrer un áspero camino. Dado que se le había recomendado que guardase silencio, no habló con sus compañeros. El viaje duró quizás una hora. Luego, el conductor gritó. «¡Soo!». Y el vehículo se detuvo. Hubo un silencio durante cinco minutos. Precisamente cuando se preguntaba si eso formaba parte de la ceremonia, permanecer sentado en el duro banco de madera toda la noche, un hombre ladró una orden.

—¡Bajad! ¡Y guardad silencio!

Ayudaron a Bononi a descender de la carreta y le guiaron hasta un lugar en donde se le dijo que permaneciese quieto.

Un tambor comenzó a batir con un ritmo monótono de cuatro golpes básicos; eso continuó durante diez minutos.

De pronto, sonó un cuerno y Bononi se sobresaltó. Esperó que nadie hubiese advertido su reacción nerviosa.

Una mano le arrancó el paño que le cubría la cintura; abrió la boca para protestar contra el verse desnudo. Luego la cerró. No lo sabía seguro, claro, pero había oído decir que cuando los no ensangrentados eran puestos en libertad en el desierto, no llevaban nada.

Le desataron la venda de los ojos y se la quitaron. Parpadeó al recibir de lleno la luz de la luna. Entonces, puesto que no se le

había prohibido hacerlo, miró a su alrededor. Estaba plantado en medio de una línea de jóvenes desnudos, doce en total. Delante suyo se veían muchos hombres adultos, sus cuerpos vestidos de pieles y plumas, las caras escondidas por las máscaras animales de las diversas fraternidades. Uno de ellos recorría la fila, dando a cada joven un sorbo de agua de un odre. Cuando le entregaron el odre a Bononi, bebió profundamente. A menos que se equivocase, esa sería la última agua que probase durante largo tiempo.

La ceremonia que siguió fue breve y sencilla. Tanto, que Bononi no pudo evitar sentirse desencantado. No sabía qué les esperaba, pero había pensado que habría mucho batir de tambores, largos discursos exaltándoles para entrar en el país Navajo y apoderarse de cuantas cabelleras fuese posible y regresar con honor. También había esperado que les afeitaran la cabeza, dejando sólo un mechón de pelo y que embadurnasen sus cuerpos con pintura de guerra. E incluso que habría una ceremonia de derramamiento de sangre durante la cual la suya se mezclaría con la de los adultos de su fraternidad.

El Jefe Wako, en pocas palabras, disipó estos conceptos.

—Vosotros, muchachos, os iréis tal como vais, desnudos como cuando vinisteis al mundo. Iréis al Este, o al Norte, o al Sur, hasta que lleguéis a territorio enemigo. Entonces capturaréis por lo menos la cabellera de un hombre. Es cosa vuestra cómo conseguir comida, agua, cobijo y armas. Después de vuestro regreso, si regresáis, seréis iniciados como hombres dentro de la fraternidad. Hasta entonces, sois sólo aspirantes.

»Si os parece duro dejaros sueltos con las manos y los pies desnudos, recordad que esta costumbre se estableció hace muchos, muchísimos años. El primer Sendero de Guerra elimina a los ineptos. No queremos débiles, cobardes, o estúpidos para que procreen en nuestra raza.

»Más tarde, en el otoño, las mujeres de diez y ocho años sufrirán una prueba similar en el desierto; la principal diferencia en esa prueba y la vuestra, es que ellas no tendrán que penetrar en tierra enemiga.

»Ahora, cuando los tambores comiencen a batir, vuestros mayores del clan os impulsarán hacia el desierto con los látigos. Correréis dos kilómetros, os dispersaréis en tres direcciones para

que no os reunáis formando una banda. No es que os prohibamos el reuniros después, pero tenéis que hacerlo fuera de la zona de los fiiniks. Podéis hacer cualquier cosa incluso mataros mutuamente, si así lo deseáis.

Bononi oyó a un joven cerca suyo, rezongar y murmurar.

Y no necesitó mirar para saber que era Joel Vahndert el que había hablado.

No tuvo tiempo de pensar en las implicaciones de esta observación, porque el Jefe Wako, levantó la mano. La retuvo así un momento y luego la bajó.

Los tambores irrumpieron en un batir de frenesí. Los hombres de las máscaras, gritando y bramando, corrieron detrás de los jóvenes luego restallaron los látigos y Bononi saltó por el aire al sentir la quemadura de una tira de cuero en sus nalgas. Comenzó a correr y ya no experimentó más heridas porque no había ningún hombre entre los fiiniks que pudiese correr tan rápido. Pero tras él los látigos restallaban y el griterío continuaba y él siguió su carrera durante por lo menos dos kilómetros hasta que sus perseguidores quedaron bien atrás. Luego continuó al trote durante varios kilómetros más, encaminándose hacia el noreste.

Bononi planeaba seguir trotando durante unos nueve o diez kilómetros más, luego cazar un rato en busca de una rata canguro o un conejo que le proporcionase sangre y comida. Después encontraría un lugar para dormir durante el día. Viajar de noche era la única manera lógica. El sol haría hervir su cuerpo desnudo y le convertiría en algo más fácilmente divisable por los Navajos que podían estar en la zona, Además, se cazaba mejor de noche, cuando la mayor parte de los animales habían salido a comer.

Se detuvo en la cumbre de un elevado macizo de malapi para orientarse y luego oyó, o pensó oír; a alguien en las rocas inferiores. De se colocó detrás de un enorme peñasco malapi y cogió una piedra para utilizarla como arma. El hombre o quienquiera que fuese, parecía: tener prisa, lo que turbó a Bononi. No creyó probable que un navajo estuviere tan cerca de los fiiniks; aunque era posible. Y si el seguidor era un navajo, no haría tanto ruido. Había la posibilidad de que fuese uno de los iniciados O bien un joven que tomó el mismo camino que él o uno que a propósito le estuviera siguiendo.

—Joel Vahndert.

Si era Joel, no estaría mejor armado que el propio Bononi. Sería preferible enfrentarse ahora con él, acabar pronto, más que esperar a que se quedase dormido y Joel le pudiera pillar por sorpresa.

Bononi se agazapó detrás del peñasco, y él, cuyos oídos podían detectar al lagarto corriendo sobre la arena y cuyo olfato podía percibir un conejo a seiscientos metros en dirección del viento, supo de inmediato qué era un hombre sudoroso el que le perseguía. Había tabaco en el aroma, lo que le alivió. No podía ser Joel; no se les permitía a los jóvenes fumar hasta que no hubieran conseguido su primera cabellera.

Entonces el hombre podría ser un navajo. Y quizás anduviese descuidado porque pensaba qué él, Bononi, llevaba mucha delantera.

El individuo llegó cerca del peñasco. Bononi lo rodeó de un salto, preparado para golpearle en él costado de la cabeza arrojándole la piedra.

Se detuvo, contuvo el brazo, y dijo:

—¡Padre!

Hosey Rider dio un salto hacia atrás, mirando, su largo cuchillo en la mano. Luego se relajó, enfundó el arma y sonrió.

—Buen trabajo, hijo —dijo. Sabía que estarías en algún lugar cerca. Y me alegro de no pillarte desprevenido. Me habría sentido muy pesimista en tus posibilidades entre los navajos.

—Hiciste mucho ruido —dijo Bononi.

—Tenía que alcanzarte —contestó Hozey.

—¿Por qué?

Bononi miró el cuchillo y se preguntó durante un segundo si su padre planeaba darle la hoja para que tuviese más posibilidades. Desechó la idea por considerarla deshonrosa.

—Lo que hago no está de acuerdo con el ritual —dijo su padre —. Y en realidad es sólo un pensamiento de último momento por parte de los Jefes. Seré breve, porque no es bueno mantener a un joven no ensangrentado apartado del Sendero de Guerra.

»Ya sabes, hijo, que tu hermano mayor salió con un grupo de exploradores hace dos años y que jamás tuvimos noticias suyas. Posiblemente está muerto. Entonces, eso quiere decir que no ha cumplido la misión que se le encargó. Mira, la misión encomendada

era secreta, porque no queríamos intranquilizar a nuestra gente. O que se enterasen los navajos de cuáles eran nuestros planes futuros.

—Jamás supe lo que se proponía el grupo en que partió Rafe —dijo Bononi.

—Buscaba un buen sitio para que nos trasladásemos —dijo su padre—, un lugar donde no haya fiebre del valle, terremotos, volcanes y exista agua en abundancia, hierba y árboles.

—¿Quieres… quieres decir fuera de nuestro valle habitual?

Hozey Rider asintió y contestó:

—No se lo tienes que decir a nadie. El Consejo envió ese grupo explorador hace dos años, pero no dijo a nadie qué es lo que les había encargado. Creímos que podría producir trastornos emotivos. Después de todo, Fiiniks es nuestra patria. Hemos vivido a la sombra de la sagrada montaña Kemlbek durante centenares de años. Hay personas que no querrán marcharse, aun cuando los fiiniks quedasen aplastados por un terremoto hace veinte años y diez volcanes a menos de cuarenta kilómetros se formasen en los cuatro últimos lustros. Decidimos que sería en bien del pueblo si encontrábamos otra patria. Por un detalle, además de la fiebre, que ha ido empeorando desde que yo era niño, y es la amenaza de los terremotos y de los volcanes. Aún hay otra cosa; que este valle no puede dar de comer a tanta gente. A pesar de nuestra gran mortalidad, la población ha ido creciendo. Pero hay muchísimos pobres que se van a la cama hambrientos cada noche. Y si ese número de personas hambrientas crece más y más, bueno… Yo viví la Gran Revuelta de los Esclavos, de hace treinta años.

—¡Pero ésos eran esclavos, padre!

Hozey Rider sonrió con tristeza y dijo:

—Eso es lo que se te ha dicho, hijo. Esa mentira se extendió con tanto éxito que incluso aquellos que tenían que saberlo mejor la creen ahora. Pero la verdad es que las clases inferiores trataron de apoderarse de los graneros. Y sólo después dé verter mucha sangre por ambos lados se sofocó la revuelta. Los graneros se abrieron, los tribunales y las leyes se transformaron y las clases inferiores tuvieron más privilegios.

—¿Clases inferiores? —preguntó Bononi.

—No te gusta oír esa palabra, ¿verdad? Bueno, es parte de nuestro modo de vivir negar que hay tales clases. Pero cualquier

hombre que quiera parpadear dos o tres veces disipará la niebla que cubre sus ojos. ¿Qué pensarías de casarte con la hija de un algodonero? No, no lo harías. Y hay otros detalles. Hay gente a la que no le gusta la idea de los esclavos.

—Cualquier esclavo que sirva quince años consigue su libertad y se convierte en ciudadano —dijo Bononi—. Eso está muy bien. Los navajos jamás dan libertad a sus esclavos. Y así el esclavo forma en las filas del pobre, no recibe alimento y pierde toda su seguridad. No. De todas maneras, no vine jadeando todo el camino para discutir contigo nuestro sistema social.

»Poco antes de que los demás y tu fueseis iniciados, los Consejeros discutimos la conveniencia de pediros a algunos que extendáis vuestro primer Sendero de Guerra.

—¿Extenderlo?

—Sí. Recuerda, no es una orden. Es una sugerencia. Pero nos gustaría que algunos de vosotros, jóvenes e impetuosos, después, de que hayáis recogido un par de cabelleras, no regreséis enseguida. Aplacad vuestro momento de gloria. En su lugar id hacia levante. Buscad un sitio en donde haya agua. Quizás el Gran Río del que tantos hablan, pero que nadie ha visto.

»Entonces, cuando vengáis e informéis sobre él, podemos empezar a pensar en trasladar a nuestra gente, empezando allí una nueva vida.

—¿Todo el mundo?

¡Todo el mundo!

—Pero padre. Si hago eso, puede que no regrese durante mucho tiempo. Y… y… bueno. ¿Qué hay de Debra Awvrez?

Su padre sonrió y contestó:

—¿Piensas que Joel Vahndert puede haberse casado con ella para cuando tú regreses?. ¿Y qué? No es la única chica guapa del valle.

Bononi carraspeó asombrado.

—¿Nunca estuviste enamorado? —preguntó.

—Seis o siete veces —repuso Hozey Rider—. Y amé a todas mis esposas. Pero si no me hubiese casado con ellas, habría conocido a otras mujeres y casado con ellas, amándolas tanto o más. Pensarás que soy un cínico hijo. Pero es porque eres aún muy joven. De todos modos, si tienes puesto tu fiero corazón juvenil en esa rubia

particular, piensa en el honor, que significará para ti el descubrir un nuevo país. ¿Cuántas cabelleras navajo se podrán comparar a esto? Ella será tuya nada más que se lo insinúes; cualquier chica en el valle sería tuya.

—¡Pero Joel ha podido haber regresado y casado con ella! ¡Te olvidas de ello!

—Si el padre de Joel puede coger a su hijo y no tendrá ninguna dificultad en seguir las huellas de ese zoquete, le dirá lo mismo que yo te digo a ti. Puesto que conozco a Joel, la idea de tanta gloria le parecerá irresistible y se irá también hacia el Este.

—Quizás. ¿Y por qué no pensó el Consejo esto con anterioridad?

—¿Y entonces no hubiéramos tenido que perseguiros? Como te dije, fue una decisión rápida. Resultaba ridículo hacerlo impulsivamente y tan tarde. Pero una súbita decisión se produce de manera inesperada y Wako me dijo que siguiéramos a nuestros hijos, los alcanzáramos si podíamos y les pidiéramos que hicieran ese servicio.

Bononi se imaginó a los mayores persiguiendo a los jóvenes para darles el mensaje de última hora. No sabía si sentir compasión o reír. Toda la dignidad y la importancia de la ceremonia habían desaparecido; dudaba de la sabiduría del Consejo, cosa que consideró por encima de toda censura durante toda su vida. Su padre, como si le hubiese leído sus pensamientos, dijo:

—Sí, lo sé. Es ridículo. Pero cuando ocupes tu lugar en el Consejo, te encontrarás haciendo muchas cosas estúpidas y apresuradas.

—No sé nada de ese viaje de exploración, padre —dijo—. Tendré que pensar más tarde. Ahora, voy a tener trabajo en mantenerme vivo.

De pronto las lágrimas aparecieron en los ojos de su padre, la luna brilló en ellas. El hombre rodeó al joven con sus brazos y dijo:

—Que Dios vaya contigo, hijo. Y vuelve a casa lo antes posible.

Bononi estaba embarazado. Ya era bastante malo que llorase su madre; se la podía excusar porque era mujer. Pero su padre…

No obstante, después de decir gentilmente adiós al autor de sus días y verle desaparecer entre las colinas sembradas de peñascos, Bononi se sintió mejor. No se había imaginado que su padre se preocupase tanto por él. Los hombres hacían muchos esfuerzos por

ocultar sus emociones, por negar incluso que las tenían. Además, nadie les había visto; no era como si su padre se hubiese desplomado emocionalmente en público.

IV

Bononi se encaminó hacia el noreste, manteniendo la más inmensa de las Supersticiones, a unos treinta y cinco kilómetros de distancia, a su derecha. Su meta era el principio del Sendero Pechi, camino a las mesetas y al país navajo. Para llegar allí tenía dos alternativas: tomar el camino fácil, pero mucho más largo que se curvaba al sureste y luego retrocedía al norte, precisamente al pie de las Supersticiones, o cortar a través del país rocoso que partía por medió la comarca montañosa. El camino más fácil significaba que tendría que pasar por las granjas y las fortalezas de los Meysuh. Aun cuando su marcha tuviese lugar de noche, correría el peligro de verse disparado por sus propios paisanos o que le atacasen los perros. El joven desnudo en su Primer Sendero de Guerra era tabú. La mano del hombre se levantaba sólo para darle un golpe, para enviarle más rápidamente en su camino. Había habido casos en donde los chicos que tomaron el sendero más fácil fueron cazados y les mataron o les dejaron tullidos. Nadie les compadeció. Un joven que se dejaba capturar evidentemente era incapaz de ser guerrero de los fiiniks.

Bononi cortó por el desierto. Ascendió por las escarpadas paredes de varios precipicios portados casi a pico. Uno de los cuales, decía la leyenda, era canal de irrigación excavado siglos antes que los hombres blancos hubiesen llegado a esa tierra. Gohokam, le llamaban los antiguos indios; sus descendientes eran los Fapago y Pima, hacía mucho ya absorbidos en la mayoría blanca en el Valle del Sol.

Rodeó varias montañas pequeñas donde pudo. Trepó las que no pudo rodear. Cerca del amanecer había cubierto unos quince kilómetros.

Entonces, sediento y hambriento, pensó en cazar; primero necesitaba un cuchillo. Eso significaba encontrar un pedazo de sílex o algún sustituto satisfactorio. Tendría suerte si encontraba incluso sílex. No había mejor clase de pedernal en estas zonas. Y, al cabo de una hora de esforzar sus ojos a la luz de la luna y de recoger muchas piedras y rechazarlas encontró un pedazo de sílex. Lo labró, arrancando esquirlas, aunque le sabía mal hacer ruido y moldeó una tosca herramienta cortante que tendría que ser refinada cuando tuviese más tiempo.

Después de escoger dos piedras pequeñas para que le sirvieran de armas arrojadizas buscó roedores, conejos silvestres, colas de algodón, ratas carburo, ratones de bolsillo o cualquier otra cosa que él pudiera ver antes de que su presa le divisara.

Después dé una hora de lenta y silenciosa búsqueda, se tropezó con un rebaño de ratas canguro. Esas criaturitas de patas largas y fuerte cola jugaban a la luz de la luna en una especie de coliseo formado por un anilló de peñascos malapi. Saltaban muy altas en el aire, se perseguían una a otra. Se revolcaban en el polvo que formaba el suelo del coliseo. Bononi aguardó hasta que una fue perseguida por otra eh sus juegos y llegó cerca del peñasco en el que se agazapaba. Entonces su mano izquierda disparó la piedra hacia la confiada criatura.

Diez y seis años de práctica impulsaron el proyectil. Golpeó la rata en un costado y la hizo caer. Bononi cambió la otra piedra de la mano izquierda a la derecha y la arrojó también. La rata rodó unas cuantas veces a causa del segundo golpe y con un pataleo expiró.

De pronto el coliseo se vio vacío de todo, excepto de la víctima.

Bononi corrió hasta ella, la levantó y le cortó la garganta con el sílex que una hora antes afilara. Mantuvo al animal boca abajo dejando que la sangre gotease en su garganta. Parte le cayó por los labios y bajó en regueros por la barbilla hasta mancharle el pecho, pero estaba demasiado hambriento para prestarle atención. Más tarde se lavaría con arena.

Cuando terminó de beber todo lo que el roedor tenía que ofrecerle, lo despellejó. Su tosca herramienta de sílex hizo la tarea muy dura, pero no le preocupaba respetar la piel porque no podía utilizarla. Luego, desgajó los gruesos y musculosos muslos, sacó el

corazón, los riñones y el hígado. Y masticó aquella carne dura y cálida. Lo hizo con algún disgusto. No le agradaba comer carne cruda de ninguna clase. Pero un hombre necesita alimentarse y en preparación con este día y los futuros que se presentasen había estado ensayando y practicando muchos años. Encender fuego era invitar a un cuchillo navajo a que le segara la garganta, o que una flecha se alojase en su espalda: precio demasiado alto que pagar para una carne cocida.

Animosamente, Bononi cortó un cactus barril, no sin pincharse diversas veces con las largas espinas, pese al cuidado que ponía. Extrajo varias piezas de la pulpa y las chupó. No era como beber un vaso de agua o en un manantial. De hecho, la pulpa no tenía más humedad que un pedazo de patata cruda. Pero era humedad, aunque en cantidades limitadas y, en cierto modo, amarga.

Después excavó un agujero bajo un árbol de palo verde de las orillas de una hendidura. Acurrucándose en el agujero, se preparó para dormir. El sueño le vino con rapidez.

Pero casi tan rápidamente el alba con su blancura y calor le despertaron. Estaba sediento, salió del agujero, cortó más tiras de cactus barril. Se las llevó hasta su improvisado cubil. Enterró unas profundamente para utilizarlas durante el día; chupó las otras. Se tapó con arena para protegerse de la pérdida de humedad y volvió a dormir. Varias veces durante el día se despertó y desenterró la pulpa del cactus. Sin embargo, el agua que obtuvo de esos pedazos estaba muy lejos de reemplazar a la que se escapó de su cuerpo por la sequedad del aire ardiente.

Por fortuna, una de esas pequeñas serpientes que serpentean de lado cambió su rumbo muy cerca del agujero de Bononi. Todo lo que el joven tuvo que hacer fue extender la mano, coger el reptil por la cola y hacerlo restallar como un látigo. Con la columna vertebral rota, la serpiente se retorció y trató vanamente de clavarle los colmillos. Bononi le cortó la cabeza, luego bebió la sangre y comió parte de la carne de su lomo. Enterró el resto bajo la arena, porque no quería atraer ni a buitres ni a halcones. Su vuelo circular quizás despertara la curiosidad de los navajos.

No vinieron pájaros, pero sí hormigas. Durante una hora las aplastó, las estrujó e incluso se las tragó enteras. Finalmente dejaron de venir y pudo instalarse perfectamente para dormir.

Llegó la noche. Bononi, lleno de picaduras de los insectos y con escozor general, salió del agujero. Tomó un baño de arena, cortó unas cuantas tiras más de cactus y partió hacia el noreste. La luz de la luna, una mancha plateada, salió por encima de las montañas de las Supersticiones, pero casi de inmediato apareció enorme y sangrienta. Luego, al ascender más en el cielo sin nubes, recuperó su tamaño normal, pequeño y plateado. Bononi tenía la luz que necesitaba. Encontró un nido en la rama de un árbol; dos polluelos dormían en él. Dio un salto, no haciendo caso a las espinas del vegetal que se le clavaron en la mano, cogió la rama con la diestra y la bajó lo suficiente para apoderarse del nido. Apretó la mano sobre los pájaros, estrujándolos, cortando rápidamente sus gritos y sus vidas. La sangre le apagó la sed; su carne aquietó los retortijones de su estómago. Escupió las plumas y las espinas que se habían escapado a su apresurada limpieza de las aves. Y siguió adelante.

El resto de la noche, Bononi caminó rápido hacia su meta. Cuando se acercaba el alba encontró un palo verde moribundo y pasó un tiempo arrancando alguna rama. Cuando lo hubo cortado y retorcido, quitó todas las irregularidades y ramitas laterales en su longitud y afiló un extremo.

No tuvo dificultades en encontrar conejeras. Agachándose a la entrada de unos veinte agujeros, metió el extremo afilado del bastón. Por último la lanzada prendió en el cuerpo de un animal. Rápidamente giró dicho bastón; enredó el extremo afilado y curvado en la piel floja del conejo y la aseguró firmemente. Bononi sacó al animal que se retorcía de su cubil y le dio un golpe en la nuca con el canto de la mano. Le cortó la garganta y le sorbió la sangre. Pasó más tiempo despellejando a la criatura. Después de cortar en canal al conejo, enterró parte de él profundamente en la arena y se comió el resto.

Pasó varios días cerca del lugar en donde había cogido al conejo. Con la grasa del animal, y con la orina propia, curtió la piel, aunque le quedó más tiesa de lo que era su deseo pudiendo así prepararse un sombrero que le protegiese del sol. También capturó a otros dos conejos con la misma técnica, ya conocida por los navajos. Se hizo un taparrabos y un cinturón; encontró otro pedazo de sílex. Con aquél pretendía conseguir la punta de una lanza, pero fracturó la piedra con un golpe no dado en el ángulo necesario.

De noche reanudó su marcha. Comió lagartijas, lagartos, ratones enanos, hormigas, un armadillo, unas serpientes de cascabel y un gato de cola anillada. Una vez capturó una tortuga del desierto y bebió agua de los dos pequeños sacos membranosos que llevaba bajo las conchas.

Llegó hasta las colinas comenzó a ascender despacio, escalando la montaña alta o el otero que le venía al paso, descendiendo después antes de abordar la siguiente. Pero se encontraba a mayor nivel que el valle cuando descendía y por la tarde del quinto día despertó de sus sueños para ver por última vez la vegetación a la que estaba familiarizado. Era un cactus de unos cinco metros que se alzaba en la ladera y se recortaba en negro contra el sol poniente.

Tal y como se veía a la planta, semejaba una columna con un brazo extendido y el otro caído. Era como un hombre en ademán de decir adiós.

Impulsivamente, Bononi respondió con un gesto parecido. No podía evitar pensar que, quizás, aquélla fuese su despedida para siempre, que jamás volvería a ver aquellas plantas extrañas y conocidas que crecían sólo en el Valle del Sol.

Luego continuó ascendiendo, llegó hasta un antiguo sendero que rodeaba las laderas y decidió seguirlo durante un rato. Con certeza las posibilidades de que los navajos aguardasen aquí durante la noche parecían remotas. Aún si lo estaban, les costaría mucho verle. Se dijo a sí mismo que era como un fantasma. Vagaba por la oscuridad como un coyote o un león. Además, había oído que los navajos siempre permanecían cerca de sus campamentos de noche, que temían a los demonios y a los dioses del mal. Por otra parte, su padre le había advertido que eso eran tonterías. Los navajos temían a la oscuridad no más que los fiinikshanos. La prueba era que con frecuencia atacaban a las granjas adelantadas y a los viajeros solitarios en las sombras de la oscuridad.

Toda aquella noche siguió Bononi el sendero. De vez en cuando se tropezaba con el pedazo roto del extraño material del acantilado, parecido a la roca, pero podrido, desmoronándose nada más tocarlo. Supuso que eso era el género con que los antiguos pavimentaron el sendero Pechi. Su padre y los demás se lo habían descrito diciendo que es lo que pensaban que fuese. Claro, se dijo Bononi a sí mismo, el que ellos lo dijeran no significaba que se

ajustase a la verdad. Cualquiera que fuese la realidad del Sendero, ya no era un camino amplio como debió haberlo sido. Resultaba estrecho, algunas veces tanto que tenía que pasarse con la espalda apoyada contra el borde del acantilado y mirando hacia el abismo. En otros lugares era amplio, aunque de trecho en trecho habían caído peñascos bloqueándolo en parte. Los torrentes primaverales habían también cortado hendiduras y surcos en la superficie pavimentada.

Cuando aparecieron las primeras luces del alba, Bononi dejó el camino, ascendió hasta lo alto de un escarbado acantilado y encontró un sitio en donde podía esconderse, a la sombra de un árbol de hierro. Allí durmió intranquilo todo el día. Al anochecer, después de un cuidadoso reconocimiento, descendió hasta el camino. Se preguntó si obraba bien. Quizás iría un poco más seguro si ignoraba la vía fácil y cortaba por las montañas y valles, atajando. Su progreso sería más lento. Pero no era probable que encontrase ninguna dificultad.

No la encontró. No oyó nada, excepto el chillido del halcón nocturno, el grito del gato salvaje, el aullido del coyote. Varias veces cruzó grandes huellas de leones, pero no se preocupó mucho de ellas. Desde la infancia había visto centenares de huellas de leones en vados y otros lugares y, sin embargo, no había visto jamás un león vivo.

Al amanecer llegó hasta lo alto de una gran colina y vio, lejos, muy abajo, el resplandor del agua azul.

Supo que aquello tenía que ser el lago que yacía a pocos kilómetros al exterior del territorio realmente peligroso. Se decía que aquí los antiguos habían construido un dique tan grande que la cabeza de Bononi vacilaba al intentar imaginárselo según las descripciones. Antaño este lago había sido mucho mayor de lo que él ahora veía. Aquí los antiguos blancos practicaban el deporte, nadaban (algo que él no sabía hacer), navegaban (algo que le obligaba a forzarse la imaginación para comprenderlo) y disfrutaban de todos los beneficios de una raza potente y gobernante. Ahora los navajos, o la amenaza que ellos significaban, hacían de aquel lugar un sitio mortífero.

Sin embargo, Bononi estaba decidido a descender, a darse un baño y quitarse la suciedad y hedor del desierto, a beber agua

fresca hasta saciarse. Y aquí encontraría y llenaría una calabaza con agua para llevársela. Estaba asqueado de la humedad de la pulpa del cactus; tenía la garganta seca y escocida.

Poco después de anochecer, Bononi Rider llegaba a la orilla del lago. No se precipitó dentro, aunque cada átomo de su cuerpo ansiaba el frescor del agua. Sintió una sensación inesperada, que jamás había imaginado por falta de experiencia. Miedo del agua.

El hoyo entre las montañas era profundo y no sabía nadar. Si se adentraba mucho, podía hundirse en las negras profundidades. Ese pensamiento casi le produjo pánico.

Durante largo rato permaneció agazapado junto a la orilla y contemplando cómo las olas del lago lamían el borde de las rocas. Luego, llamándose cobarde, incapaz de ser hombre, penetró en el agua. Despacio, tentó con el pie y comprobó la solidez del fondo de arenisca para asegurarse de que no había una falla en su continuidad. Cuando el nivel le llegó a la altura de la rodilla decidió que ya se había adentrado bastante. Ahora, olvidando su terror y suspirando con éxtasis, se sentó. Se frotó con las manos y con arena recogida del fondo. Se aseguró de que la porquería y el sudor desapareciesen de su cuerpo y de su pelo. Después, de mala gana, salió. Encontró la calabaza y la llenó de agua y se la colgó de una tira de piel de conejo que había preparado ya en su cinturón. Siguió su camino. Una hora antes de amanecer capturó a un lagarto y se lo comió crudo, aplastando y moliendo los delicados huesos entre sus dientes.

Buscaba un lugar lo bastante apartado del sendero en que pudiese dormir con seguridad cuando oyó el rezongar de un caballo. Se tiró al suelo, permaneció inmóvil un momento y luego reptó hasta un matorral. Puesto que el ruido venía desde arriba, ya que no oyó otro, sintió la seguridad de que no le habían visto. Y, sin embargo, fue lento y precavido en alcanzar la pequeña meseta que dominaba el sendero. Rodeó el costado, bajando por una hendidura y luego iniciando la ascensión. La ladera en este lado era incluso más abrupta que la correspondiente al sendero; por eso supo que el caballo y el jinete debían de haber subido con mayor facilidad por el lado opuesto al que se encontraba él ascendiendo ahora.

Después de arrastrarse por entre dos grandes peñas al borde de la meseta, miró hacia el centro. Vio algo más de lo que se esperaba.

Cuatro caballos y una mula de carga, todos trabados y pastando en la escasa hierba. Bajo las verdes ramas de un palo verde había cuatro hombres dormidos. Navajos. No. Tres navajos. Otro era de un color más claro e iba desnudo. Era grande.

El hombre blanco se volvió y Bononi pudo ver que era Joel Vahndert.

V

Joel tenía las manos atadas a la espalda; sus tobillos igualmente ligados juntos.

Había un cuarto navajo, un hombre bajito que estaba sentado en una roca a unos cuarenta metros de los demás. Daba la espalda a Bononi y evidentemente se suponía que estaba vigilando el sendero. Bononi no sabía porque no le había visto. Quizás el navajo se durmió unos cuantos minutos, los necesarios para que el joven escapase de ser divisado. Cualquiera que fuese la razón de su buena suerte, sería fatal si Bononi podía obrar como era su intención.

Bononi se colocó entre los dientes el cuchillo de sílex, recogió dos piedras, una en cada mano, y comenzó a reptar hacia el centinela. El navajo jamás miró en su dirección hasta que Bononi se encontró a unos seis metros. Entonces el indio se levantó y desperezó. Bononi se puso en pie de un salto y arrojó la primera piedra. Dio al navajo en la nuca con un golpe sordo.

El indio se inclinó hacia adelante y se desplomó de bruces sobre la ladera, en medio de un estrépito de piedras y rocas al desprenderse. Bononi giró hacia los demás, esperando que se despertasen. Pero no se movieron y los caballos y la mula continuaron comiendo.

Durante un minuto dudó entre dos alternativas; arrancar la cabellera del hombre que acababa de matar y regresar con honor a los fiiniks. O libertar a Vahndert y con él atacar a los otros navajos.

La primera resultaba más fácil. Echar a correr después de recoger la primera cabellera no le haría perder estimación a los ojos de su pueblo, aun cuando lograsen descubrir la verdad. Joel Vahndert era su enemigo. Joel quería casarse con Debra Awvrez y había demostrado ser un guerrero inepto al dejarse capturar. Si

Bononi degollaba a Joel antes de marcharse estaría en su derecho. Cualquier cosa que un no ensangrentado hiciese en su Sendero de Guerra, era permisible; todo en absoluto. No tenía que dar cuentas a nadie, excepto a sí mismo. Eso era lo malo. La discreción y la lógica advertían a Bononi que lo que mejor podía hacer por su propio interés era arrancar la cabellera al navajo y esconderse en las montañas. Allí los enemigos no podrían rastrearle fácilmente.

Pero Bononi no podía hacer eso. No podía dejar a un compatriota fiinikshano para que fuese torturado hasta la muerte. Además, cuantas más cabelleras llevase a la patria, más honor para sí. Y cuando la historia del rescate de Joel se narrase, su propio rival caería en desgracia.

Sopesar los factores le llevó pocos segundos. Apenas se dio cuenta de ellos como pensamientos plenamente expresados y considerados. Pasaron por el inconsciente como relámpagos, como cumbres apenas visibles de impulsos que nacían de las profundidades de sus entrañas. Cogió el cuchillo caído de la mano del navajo, que tenía unos veinte centímetros de largo y que estaba formado de buen acero afilado, y caminó hacia Joel. No corrió porque no quería espantar a las bestias.

Para cuando Bononi llegó a Joel, los ojos de éste estaban abiertos. Se le veía pálido, la boca abierta como si no creyese lo que estaba viendo. Bononi no se molestó en hacer ningún signo recomendándole silencio. Joel no sería lo bastante estúpido para hacer ruido. Si lo era, merecía morir.

El agudo filo cortó las cuerdas en torno a las manos de Joel, que tenía atadas a la espalda. Joel flexionó los dedos, el rostro desencajado, mientras la circulación restaurada le producía dolor al surcar sus venas. Dos tajos y las cuerdas en torno a los grandes tobillos del joven quedaron segadas.

Bononi le preguntó muy por lo bajo si podía entrar en acción.

—Dentro de un minuto seré capaz de cualquier cosa —contestó Joel—. Ahora no creo que pueda ni siquiera caminar.

Se levantó y dio un paso como un hombre con las piernas heladas.

—Espera sólo sesenta segundos, entonces…

Se oyó un grito tras ellos y un navajo se puso en pie de un salto. Era el más cercano de los dos, al alcance de un buen cuchillo. El sol

naciente destelló en su hoja mientras la arrojaba.

Bononi reaccionó de manera automática.

Su propia arma voló.

De pronto, el pomo del cuchillo sobresalió de la boca del estómago del navajo. El hombre cayó hacia atrás, llevándose las manos a la empuñadura del arma que le hería. Al mismo tiempo Bononi sintió un golpe en su costado. Se tambaleó. Aunque no sintió dolor, sólo torpor, supo que estaba herido. Al mirar vio el cuchillo del indio sobresaliendo de entre las costillas de su derecha. No se había clavado más de dos o tres centímetros, pero la sangre manaba en torno al acero.

Los otros dos navajos, gritando, también se habían levantado ya. Uno había cogido una corta lanza del suelo. El otro asió el arco con una mano y una flecha con la otra. Bononi, gritando, alzó un pedazo de piedra y lo lanzó al arquero. El indio encajó el nudo en el arco y lo lanzó con la flecha como si fuese una sola pieza, tirando de la correa. Bononi lanzó otra piedra; dio de lleno en la garganta de su enemigo, pero no antes de que soltase la saeta.

Bononi notó otro golpe, pero esta vez en el pecho, debajo de la clavícula. Cayó hacia atrás sobre el suelo, volvió a caer y quedó sentado. El indio no había tenido ocasión de tensar del todo la cuerda porque la flecha apenas se le había hundido hasta la altura de su cabeza. No obstante, Bononi estaba fuera de combate.

El único navajo que estaba en pie alzó la lanza para arrojarla. Luego, cambiando de idea, la bajó, empuñándola con ambas manos, y cargó contra Joel.

Joel miró desesperadamente a su alrededor en busca de un arma. No tenía ninguna a su alcance excepto la flecha y el cuchillo clavado en la carne de Bononi. Y fue una de las dos cosas que Joel tomó, arrancando el cuchillo de entre las costillas de Bononi. El joven gritó, pero la cosa fue tan rápida que no pudo resistirse. Si hubiera tenido tiempo de pensar habría recomendado a Joel esa acción de otro modo, ambos morirían.

Joel se agachó, cogió una roca y corrió hacia el navajo. A pocos metros de él arrojó la piedra. El navajo se agachó; el pedrusco le pasó rozando la cabeza. Joel se cambió el cuchillo a la mano derecha y extendió la izquierda. El navajo ascendió después de su movimiento de esquiva con el equilibrio algo perdido. Joel cogió el

asta de la lanza no sin antes tener que pasar la mano por la afilada punta, cortándose. Tiró hacia atrás. El navajo, agarrado a su lanza, se vio proyectado de cabeza. Joel tiró de la madera hacia él mientras caía, se retorcía y dejaba pasar la punta entre el antebrazo y torso. Levantó la derecha con el cuchillo. La hoja se hundió en el estómago del indio. El navajo gritó y cayó junto a Joel. El joven sacó el cuchillo y lo hundió en la garganta de su enemigo.

Luego hubo silencio. Incluso los caballos, que habían estado alborotando, permanecían quietos. Bononi se miró el costado en donde le habían arrancado con tanta fuerza el cuchillo. Le salía la sangre de prisa ahora y el dolor comenzaba a experimentarlo. También notaba la punzada de la flecha en su hombro.

No le quedaba más remedio que tratar de quitarse la flecha, aunque significaba más pérdida de sangre. Espantó a las moscas de las dos heridas y aguantó con su mano izquierda el bastón de la saeta y empezó a moverlo despacio.

Joel, jadeando, se le acercó y dijo:

—Nunca podrás hacerlo tú solo.

Con un movimiento fácil arrancó la flecha. Bononi crispó los dientes para no gritar y se sintió débil. Durante un momento el mundo giró, luego todo se quedó quieto y enfocado. Vio a Joel plantado sobre él empuñando el cuchillo ensangrentado y la flecha y sonriendo. Sonriendo.

—Parece, amigo, que estás listo —dijo Joel—. Mala cosa. Mala.

—Me pondré bien —contestó Bononi—. Viviré para llevar estas cabelleras hasta los fiiniks.

—No sé cómo puedes decir eso —contestó Joel—. Soy yo quien me llevaré las cabelleras.

—¡Tú! —exclamó Bononi—. Sólo mataste a un hombre. Los demás son míos.

Aún sonriendo, Joel dijo:

—Bueno, ¿cómo vas a cortar la cabellera de un hombre si ni siquiera tienes fuerza para caminar? ¿No sabes que dentro de una hora o así estarás muerto? No. Sería una verdadera lástima dejar que todo este estupendo cabello negro se pudriese aquí.

—Quizás también deberías llevarte mi cabellera —murmuró Bononi. Luchaba por conservar el conocimiento.

—Lo haría si no fuese amarilla —repuso Joel—. Claro, podría

decir en la patria que la arranqué de un navajo rubio. Dicen que hay algunos. Pero creo que lo encontrarían difícil de entender. Además, no estaría bien ¿verdad?

Riendo dio media vuelta y comenzó su tarea de cortar y limpiar las cabelleras de los muertos. Cuando tuvo las cuatro colgadas del cinturón que le había arrebatado a uno de los navajos, se colocó el taparrabos de un muerto, seleccionó un caballo, el mejor arco y unas cuantas flechas, una lanza y el mejor cuchillo. Soltó a los demás caballos también. Diciendo:

—No puedo dejarles aquí para que mueran de hambre o sean presa de los leones.

Bononi le vio hacer los preparativos de marcha. Estaba decidido a una cosa: a no rogar que le ayudase. Era evidente que Vahndert no pensaba proporcionarle el menor auxilio. Aun cuando quisiera Vahndert, no quería consentir él, un Bononi Rider, que le viese suplicar. Antes prefería morir. De todos modos, probablemente moriría.

Después de colocar en las alforjas la mejor carne, Joel regresó hasta Bononi.

—Con todo derecho podría atravesarte con la lanza —dijo—. Ya no sirves para nada y posiblemente no vivirás. Aunque quizás sí. De todos modos, lo dudo. Sin embargo, soy una persona generosa; te dejaré que corras tu propia suerte.

Se detuvo, guardó silencio unos minutos y luego dijo con voz impregnaría de odio:

—Pero antes me pagarás lo que hiciste en el camino de regreso de las Montañas de Hierro.

Echó el pie hacia atrás y pateó a Bononi entre las piernas. Bononi sintió una profunda agonía. Luego se desmayó.

VI

Cuando recobró el conocimiento se encontró sentado sobre sus rodillas, inclinado hacia adelante y cogiéndose la parte dolorida. La sangre le manaba por los costados desde ambas heridas y las moscas se agrupaban en aquel lado de su cuerpo, formando casi una sólida alfombra de negrura vibrante. Bononi las espantó, luego empezó a arrastrarse hacia una pila de materiales junto a un navajo muerto. Penosamente recorrió la corta distancia, tuvo que detenerse cuatro veces para no perder el conocimiento. Una vez en esa pila, escogió dos recipientes de cerámica para agua. No estaban llenos. El agua que vertiera Joel de ellos se secó rápidamente en las rocas. Sin embargo, Joel no se había preocupado por la comida. Bononi eligió tiras de carne seca, judías y un poco de pan duro. Luego se colocó los pantalones de un muerto. Le apretaban, pero también le tapaban.

Se lio con torpeza unas cuantas tiras de gamuza en torno a las heridas con un esfuerzo tosco pero efectivo para contener la sangre. Armado con un cuchillo, un arco y un carcaj de flechas, llevando un saco de comida, logró montar un caballo. Casi se cayó por la debilidad y el mareo, pero aguantó. Y condujo al animal por la ladera abajo, cruzó una grieta y volvió al camino. Regresó hasta el lago en donde desmontó y llenó las botellas de agua.

Después de esos preparativos, sólo tenía una cosa que hacer. Encontrar una cueva en las montañas en donde se estuviese fresco, en donde pudiese dominar el camino, en donde pudiese recuperarse de sus heridas. Le sabía mal perder el caballo, porque podía utilizarlo cuando se sintiera lo bastante bien para volver a su ruta. Pero si otra banda de navajos encontraba a un caballo trabado, buscarían en el territorio y podrían encontrarle. No podía correr ese

riesgo.

Quitó la silla y las riendas y dio libertad a la bestia. Luego, despacio, jadeando, lleno de dolor, ascendió la montaña. Y al cabo de tres horas encontró una de las cuevas que agujereaban la superficie de la montaña. Penetró por su entrada por encima de una pila de secas ramas dejadas allí por las ratas ignorando el dolor de multitud de espinas que había entre ellas. En la parte posterior de la cueva se desplomó. No salió de su sopor hasta primeras horas de la mañana siguiente.

Bebió agua y comió algo de la carne ahumada y de las judías. Aguardó que le viniese la fiebre, sabiendo que si se le infectaban las heridas, probablemente moriría. Pero no tuvo ni rastro de fiebre.

Por la tarde del tercer día abandonó la cueva. Estaba muy débil y entumecido por las heridas y por la sed, ya que había consumido toda el agua en la segunda jornada. Penosamente descendió la montaña. A su pie, bebió agua y rellenó las botellas. Luego comenzó a caminar hacia el noreste. Una semana más tarde podía correr y mover el brazo en el que se le hundiera la flecha. Mató unas cuantas piezas con los dardos y encendió un pequeño fuego en el lugar más oculto que pudo para cocinar la carne. Siempre buscó a Joel Vahndert. Si hubiese encontrado al joven durmiendo, le habría cortado la garganta en aquel lugar. Pero no le halló.

Una noche casi se metió entre los brazos de un centinela navajo. Aquel hombre estaba situado en un alto acantilado por encima del sendero. Después de estudiarle, Bononi decidió que sería el primero de una cadena de centinelas colocados cerca de la ciudad que guardaba el extremo del sendero. Había más allá un gran lago, el principio de una serie de lagos que terminaban en la masa de agua junto a la que Bononi fue herido. El joven continuó marchando por las montañas. Al final de la segunda noche, vio el lago y el pueblo amurallado junto a él. Al este se veían los principios de un bosque de pinos. Supo que al norte y hacia adelante había pequeñas granjas navajo. Hace un centenar de años que aquella raza llegó a esta zona, matando o expulsando a los apaches que allí vivían.

Bononi se plantó en lo alto de un picacho en forma de cuerno a la sombra de un junípero durante largo rato. ¿Qué hacer? ¿Rodear la ciudad, matar a un hombre, volverse luego a los fiiniks con la cabellera al cinto? ¿O ir hacia el Este, quizás durante larga

distancia, puede que hasta el borde de la tierra, buscando un país bien irrigado y libre de terremotos al que pudieran emigrar los fiinikshanos?

Finalmente, decidió que era demasiado pronto para tomar una decisión. Iría mucho más al Este, sin embargo. No creyó que valiese la pena tratar de cobrar una cabellera aquí. Indudablemente, Vahndert y algunos de los otros jóvenes ya habían estado en la zona. Quizás sembraron la alarma entre los navajos, poniéndoles en guardia. Sería mejor atravesar la comarca de noche y caer sobre algunas de las ciudades o granjas en donde los habitantes no estuvieran tan recelosos.

Aquella noche dejó la montaña y cruzó los bosques. Viajó durante dos semanas, cazando por el camino. Cruzó muchas granjas navajo con sus muros rocosos en forma de fortificación y con los secaderos de maíz y de judías, los pozos de agua, los huertos de melones y cercados de corderos, cabras y ganado pequeño. En varias ocasiones tuvo posibilidades de tomar alguna cabellera de un granjero que trabajaba en el campo, pero no lo hizo. Pasaron dos semanas más y siempre viajó en dirección al sol naciente. Ahora que tenía muchos árboles y arbustos para ocultarse, caminó de día.

Luego, una mañana, un joven navajo solitario, cabalgando en un hermoso potro se acercó al lugar en donde dormía. El animal era un estupendo ruano; la silla estaba labrada con plata. El joven cantaba una canción a cerca de la doncella cuya mano pensaba pedir.

Bononi escuchó la canción de la fina voz del navajo. Pero admiró la silla y el caballo todavía más. Atravesó con una flecha al joven cortándole en seco la canción en mitad de una frase. Le arrancó la cabellera, tomó el caballo y partió hacia el Este. Sabiendo que le seguirían espoleó al animal durante varios días. Subió por cuantos arroyos pudo encontrar y muchas veces tuvo cuidado de llevar al animal a través de lugares rocosos. Nunca vio perseguidores, pero no respiró tranquilo hasta llegar al borde del bosque.

Los límites del país navajo, en donde el desierto volvía a comenzar, en el momento que el sol se ponía, Bononi oyó algo. Lo que era no lo sabía. Sólo un murmullo mayor que el viento que le dijo que había algo peligroso. Ató su caballo a la rama de un árbol junto a una grieta y marchó hacia el norte arrastrándose por el

suelo.

Después de quince minutos de precavido progreso, llegó hasta lo alto de un bajo otero. Miró a través de la hierba y vio un pequeño anfiteatro. En su centro estaba sentado Joel Vahndert, cocinando un conejo en una hoguera pequeña. Tenía el caballo a pocos metros suyo y el animal comía la hierba circundante, áspera y casi seca.

El corazón de Bononi había latido con fuerza en ocasiones anteriores. Ahora parecía quererse salir del pecho. Pero avanzó despacio con el fin de no hacer ruido. El ribazo ocultándose y las manos muy firmes mientras preparaba una flecha colocándola en la cuerda de su arco. Tenía intención de levantarse, llamar a Joel y darle una posibilidad de pelear. Nadie, ni siquiera él mismo, el único testigo superviviente, podría acusarle de cobardía. De magnanimidad, sí, porque no tenía por qué avisar al traicionero Joel. No, no era magnanimidad, porque quería que Joel supiese que él, Bononi, había sobrevivido y ahora se tomaba la venganza.

Pero no se levantó de inmediato, porque estaba saboreando la expresión que aparecería en el rostro de Joel cuando le viese. Por fortuna suya, permaneció agazapado aquellos pocos segundos, precisamente cuando comenzaba a levantarse, a asomar por encima del borde del ribazo, se quedó petrificado.

Un grito de media docena de gargantas, se alzó del borde opuesto del anfiteatro. Y sobre ese borde cabalgaron seis navajos.

Joel dejó caer la carne al suelo, se levantó de un brinco, cogió el caballo por la silla cuando empezaba a correr y se situó en sus lomos en un solo movimiento. Por fortuna, el animal se encaminaba en ángulo recto con respecto a los navajos y pasó cruzando cuatro espinos. Las flechas de los atacantes se atascaron entre las frondas o fueron desviadas por ellas. Para entonces Joel se había ido, aunque si podría mantener la delantera sobre sus perseguidores o no, era otra cuestión. Enorme, Joel, representaba una gran carga para cualquier caballo y su animal no era mejor que los que montaban los que le perseguían.

Bononi, incapaz de contenerse, disparó al último de los navajos de la fila de los perseguidores. Su flecha entró por la parte baja de la columna vertebral del joven que cayó hacia atrás desplomándose del caballo. Los otros no le vieron porque tenían los ojos fijos en su presa.

Bononi echó a correr, le cortó la cabellera al cadáver y volvió a su caballo. Luego, en lugar de alejarse del grupo, decidió seguirles. Una decisión alocada, pero es que si los navajos perdían a Joel, él lo encontraría por sí mismo. Y quizás podría matar también a algún otro enemigo. Le gustaba la idea de perseguirles mientras perseguían a su vez a Joel.

Cuando llegó el día se habían adentrado mucho en el desierto y no había rastro ni del grupo de navajos ni de Joel. La noche había sido sin luna y el terreno era rocoso.

No obstante, Bononi siguió hacia el Este imaginándose que Joel había huido en esa dirección y esperando tropezarse con él. Creía que la serie de acontecimientos es de tres o múltiplo de tres. Estaba seguro de que se tropezaría una vez más con Joel. En la siguiente ocasión no habría ningún retraso.

El desierto era en cierto modo distinto del que había conocido, pero no mucho. Cabalgó en su montura hasta que se convenció de que no habría agua para el animal; entonces, de mala gana, lo mató. Después de ahumar la mayor parte de su carne, toda cuanto pudo llevar, continuó a pie. Y aquí tenía que enfrentarse a los mismos problemas que en el desierto fiinikshano. Lo resolvió de igual manera viviendo de las plantas y animales. Un hombre que no hubiese nacido y criado allí habría muerto en dos días. Pero Bononi, solo y a pie, cubrió veinticinco kilómetros en cada jornada. Y, aunque no engordó, conservó su peso y su salud, se hizo mucho más duro, como la concha de la tortuga del desierto.

Ahora cortó hacia el noreste por la noche y durmió durante el calor del día. La llanura tras él empezó a adentrarse en zona montañosa. Rodeando estas elevaciones del terreno mientras pudo escalándolas cuando no le quedó más remedio. Por regla general, siguió un antiguo sendero. Indudablemente, había sido una de las carreteras de piedra de los antiguos. Cuando llegó a un lugar en donde el polvo y la arena se amontonaban en muchos montones durante kilómetros, supo que se encontraba en las ruinas de la ciudad de los antiguos; no durmió en aquellos escombros sino que paseó toda la noche. Se sintió muy nervioso, aunque había oído decir que los fantasmas de los antiguos y los demonios de la tierra llenaban los espacios entre las ruinas. Y, a veces, se posesionaban en la persona que tuviese la mala suerte de quedarse dormida.

Se preguntó si las historias eran ciertas, las historias que hablaban de los antiguos. Habían sido tan numerosos que llenaron esta tierra, que bebían el agua transportada en cañerías desde el mar (cosa que jamás había visto), que volaban por el aire en aparatos mágicos, que vivían hasta alcanzar los doscientos años, que hablaban uno con otro a gran distancia gracias a aparatos también mágicos. ¿Era cierta la historia de que los antiguos habían caído uno sobre otros y se mataron con armas tan terribles que hacían que su carne se estremeciese nada más oír hablar de ellas? ¿O era cierta la otra historia que los demonios de la tierra destruyeron la civilización?

Los Predicadores decían que casi todo el conocimiento de los antiguos se había perdido, que sus libros, incluso, quedaron destruidos. Algunas partes de las antiguas escrituras, hablando de la creación del mundo de Adán y Eva, del vagar de los perdidos hebreos a través del desierto (¿éste?) y nuestro Salvador se encontraron. Pero estaban incompletos. Eran partes; la mayoría del texto se había perdido. Y costó medio siglo para los predicadores entre los fiiniks descifrar lo escrito por los antiguos. Incluso ahora no estaban muy seguros del significado de muchas palabras. De hecho, disputas sobre las interpretaciones había conducido a una guerra religiosa diez años antes de que naciese Bononi. Los que perdieron fueron hacia el oeste a través del desierto. Su meta era el gran océano que se decía existía más allá de las montañas.

Bononi no podía leer los Testamentos encontrados; había tenido bastante suerte para nacer en medio de las clases gobernantes y recibió suficiente enseñanza para leer la escritura de los fiiniks, que difería tanto de los antiguos. Los predicadores decían que la escritura de estos antiguos, que tenían un alfabeto similar, tenía la característica de que las letras poseían significados distintos en muchos casos. Para dominar las escrituras antiguas un hombre tenía que pasarse casi toda su vida estudiando. No valía la pena a menos que el hombre quisiese ser predicador. Bononi envidiaba el poder que tenían los predicadores. Pero su intención era convertirse en un hombre entre los fiiniks, pero siguiendo otros caminos.

Cerca de la noche, Bononi continuó su marcha. Una semana más tarde casi se dejó sorprender por una banda de jinetes. Vinieron radiando el saliente de una montaña y Bononi casi se vio pillado al

descubierto. Les oyó treinta segundos antes de que apareciesen a la vista. Tiempo suficiente para esconderse por encima del sendero detrás de un peñasco.

Los jinetes eran todos hombres y vestidos de manera extraña. Llevaban ropas atadas en torno a la cabeza que caían por su espalda y sus cuerpos estaban cubiertos por túnicas flojas de muchos colores. Su portaestandartes llevaba una bandera blanca en la que había una colmena dorada y grandes abejas de oro saliendo de dicha colmena. Por esto Bononi dedujo que los hombres eran un grupo guerrero de los deseret. Había oído hablar de los deseret a los navajos que encontró en la plaza del mercado durante la tregua comercial de diciembre a enero. Decían que los hombres blancos de deseret habían sido antaño una pequeña comunidad en la región del Gran Lago Salado, que tenían una religión extraña algo parecida a la de los fiinikshanos. Que durante los pasados cien años habían aumentado en número, oprimiendo a los navajos y conquistándoles mucho territorio hacia levante.

Bononi les vio pasar pesaroso. Tomar la cabellera de un deseret le habría dado mucho honor en su patria.

Siguió adelante y dos días después pasó cerca de los restos de un poblado de indios. Los indios estaban muertos, probablemente víctimas de la partida guerrera de los deseret que se cruzó con él. Cada cadáver había sido desposeído de la cabellera. Bononi sintió desdén hacia los hombres de deseret. Está bien matar a las mujeres enemigas y a los niños, porque eso significaba que esas mujeres ya no darían más machos, los niños varones no crecerían para matar y las niñas hembras no crecerían tan poco para ser casta de otros muchos. Pero escalpar a esas criaturas no daba honor; por eso se les dejaba las cabelleras intactas.

Cuatro semanas más tarde, después de cruzar una gran cordillera, Bononi abandonó el desierto. Era un cambio total; a un lado, arena y cactus. En el otro, hierba y árboles.

Se encontró en un país de grandes llanuras cortadas ocasionalmente por arroyos, y, de vez en cuando, algún pequeño río. Había muchos árboles a lo largo de las vías de agua. No muchos en las llanuras; sin embargo, se veían los bastantes para hacerle pensar que era una tierra rica en madera. Aquí comenzaban los grandes rebaños de antílopes ciervos, caballos salvajes, ganado

cornilargo y grandes cerdos. También se veían bandadas de pájaros en tal número que oscurecían el firmamento cuando volaban por encima de la cabeza. Aquí, naturalmente, estaban las jaurías de perros salvajes, grandes criaturas como lobos y no tan naturalmente, se encontraban los leones. Bononi se sorprendió al encontrarles, porque siempre había creído que el león era una bestia montañera. Pero esos leones no eran los esbeltos animales que viera antaño. Eran gatos grandes, pesando por lo menos trescientos kilos, de gruesos miembros y de dos a dos metros y medio de la punta del morro a la de la cola. A parte de su tamaño y de sus patas más robustas, parecían igual que los gatos caseros y se preguntó si no descenderían de ellos. En las llanuras se habían transformado en criaturas lo bastante grandes para acechar y matar a los peligrosos cornilargos.

Los eludió lo más que pudo. De noche, sin embargo, no queriendo atraer la atención de ojos humanos, pero tampoco queriendo ser víctima de los ataques de esos leones optó por lo menos arriesgado y construyó un anillo de fuego situándose en su centro. Sin embargo, fueron los perros salvajes lo que estuvieron a punto de acabar con él. Un amanecer vinieron en silencio apareciendo por el horizonte cuando él se despertaba. Corrió como un ciervo y logró subir a un árbol que por fortuna estaba cerca. Permaneció allí día y noche, mientras que los perros aullaban y saltaban inútilmente. Al amanecer se marcharon los canes. Descendió.

A la tarde siguiente, Bononi se hizo una cama en las ramas de un árbol. Y, antes de dormirse, consideró lo que estaba haciendo. Casi sin pensarlo había avanzado tanto hacia el Este que quizás había pasado el punto de regreso. No es que hubiera nada que le impidiese regresar; era sólo que el señuelo de los distantes horizontes llenos de hierba se hacían más fuertes a cada kilómetro. Había planeado detenerse muchas decenas de kilómetros atrás y tomar una decisión de seguir buscando el nuevo país, o llevar sus cabelleras a los fiiniks. Día tras día siguió cruzando esa final decisión. Ahora se preguntaba si el Gran Río del que había oído referirse a su padre y hablar a los predicadores quedaba a poca distancia. Nadie, por lo que él sabía, había llegado tan lejos desde el Valle del Sol. Esta sola aventura sería lo bastante para hacerle la

comidilla de todos los fiiniks. Poder contar narraciones sobre eso durante el resto de su vida. Quizás, sus hijos, y los de Debra, algún día podrían viajar por el mismo sendero incluso ir hasta el Gran Río.

¡Debra! ¿Estaba ahora destinada a casarse con Joel Vahndert por qué Bononi no había vuelto y ella le creería muerto?

Se durmió preguntándoselo. Por la mañana cuando descendió del árbol, decidió dejar la elección en manos de Jehová. Después de lavarse en un arroyo cercano, se puso de rodillas y oró. Luego se levantó, sacó su cuchillo de la funda y lo lanzó al aire. Retrocedió y le vio cómo daba vueltas y vueltas, destellando en el sol matutino. Si caía de punta en el suelo, continuaría hacia el Este. Si el mango del arma chocaba primero, regresaría hacia Fiiniks.

El cuchillo giró. Y su mango chocó contra la hierba y rebotó cayendo de lado.

Bononi volvió a meterse el cuchillo en la funda y en alta voz dijo:

—¡Ya me has enseñado lo que debía hacer, Jehová! ¡Y espero no obrar mal cambiando de opinión! ¡Pero mi intención es seguir adelante! No debí habértelo preguntado, porque sabía dentro de mi corazón lo que deseaba hacer.

Intranquilo porque ignoró el presagio, siguió su marcha. Durante varios días esperó que le ocurriese algo terrible: un ataque de algunos de los enormes leones, o una mordedura de serpiente de cascabel, o una flecha que saliese de entre la maleza. Pero nada de eso ocurrió. Al cabo de una semana, apareció su tranquilidad.

Durante los siguientes dos meses, sufrió muchas aventuras, pero siempre escapó de la muerte o de las heridas. En muchas ocasiones tuvo que esconderse para esquivar a seres humanos. De ordinario, eran indios.

Cuatro veces, sin embargo, el peligro provino de hombres blancos. Un rebaño de toros salvajes le persiguió y de nuevo pudo refugiarse en un árbol. Una vez, un león salió de la densa vegetación que rodeaba un pozo y Bononi se preparó para luchar hasta morir, hasta morir él, supuso. Pero el león bostezó y se plantó en el terreno, dejando que Bononi se fuera.

VII

Dos días después, Bononi se encontró ante la más extraña habitación que había visto jamás. La contempló oculto tras los arbustos. Era enorme, quizás tendría ciento veinte metros de largo y unos trece o catorce de altura, ancho en su centro y disminuyendo hasta terminar en punta en los extremos. El otro extremo estaba cubierto por los escombros del terreno desprendido de una colina. Sus lados curvos se alzaban del suelo de una manera que sugerían que sólo la mitad superior se podía ver y que otra mitad por lo menos quedaba enterrada bajo el suelo. Brillaban bajo el sol matutino, reflejando la luz al igual que la plata de los navajos. No tenía puertas ni ventanas que pudiese ver y circundó toda la extraña estructura para verla a satisfacción. Si poseía una entrada, decidió, debía quedar detrás de las altas murallas de troncos y la puerta de una empalizada que sobresalía a los lados curvos del lado sur. Otra empalizada de troncos se alzaba en la porción central en lo alto de la estructura; esto, evidentemente, se construyó como atalaya.

No se atrevía a acercarse más, porque la gente salía de la abierta puerta de troncos. Algunos eran hombres altos y malhumorados, armados con arcos y flechas, lanzas y cortas espadas de hierro de ancha hoja.

Los habitantes se parecían a los navajos excepto que sus narices eran más planas, casi sin puente y tenían pliegues de piel por encima de las comisuras internas de sus ojos. Esos pliegues les daban una expresión de ojos oblicuos. Además, cuando varios se le acercaron bastante para que les oyese, hablaban una extraña lengua cantarina que se parecía menos al navajo, que el navajo al mek o al ingklich.

Bononi se supuso que el metal enterrado podría contener en su

cono a muchísimas personas. El estrecho recinto de troncos de su costado no les contendría aunque se pusiesen de pie uno encima de la cabeza del otro. Pronto hombres, mujeres y niños salieron para trabajar en la cosecha y se hicieron tan numerosos que tuvo que dejar las proximidades.

Marchó hacia el Este, pero no sin mostrarse perplejo durante mucho tiempo acerca del fantasmal edificio metálico y de sus no menos fantasmales habitantes.

Dos meses más tarde, vio dejando tras de sí las llanuras y se adentraba en una comarca de densos bosques, de suaves colinas, con muchas torrenteras llenas de agua y ríos ruidosos y brillantes de pájaros que jamás había visto antes. Pasó por las ruinas de una granja que recientemente fue incendiada porque las cenizas aún estaban calientes. El cadáver de un hombre, dos mujeres y tres niños yacían al exterior de dichas ruinas. Bononi supo que se encontraba en un país de costumbres diferentes, porque a cada muerto le faltaba la cabeza.

Una hora más tarde encontró de nuevo las huellas de caballos que se alejaban de los cuerpos y que antes perdiera al salir de las ruinas de la granja. Se dijo a sí mismo que debería ir en ángulo recto con respecto al grupo guerrero. Pero tenía demasiada curiosidad; no pudo resistir seguirles.

Poco antes de oscurecer, Bononi vio delante la luz de una hoguera. Avanzó entre la hierba alta y la maleza, muy despacio. De noche cerrada ya se encontró tras un árbol a sólo veinte metros del grupo guerrero. Quedó boquiabierto y comenzó a temblar. Jamás había visto a hombres con piel tan negra, labios tan gruesos y pelo tan rizado. No es que no hubiese pensado que existiesen tales individuos. De niño oyó y creyó cuentos de gigantes negros que vivían lejos, en Levante, cerca del Gran Río. Comían carne; se lo comerían a él si no se comportaba como un buen niño y obedecía a los mayores.

Esos hombres eran altos, pero no gigantes de cuatro metros como su madre le hablase. Sin embargo, parecían feroces. Llevaban pintura de guerra roja y blanca y tocados de cabeza de largas plumas de nieve. Llevaban también manos humanas formando una especie de collar. Un hombre tenía un palo rematado con una calavera humana y algunos de los sacos del suelo parecían del

tamaño adecuado para llevar cabezas.

Bononi los vigiló durante largo rato. Se acercó más, reptando, incapaz de resistir su curiosidad acerca de su habla. Se parecía a la suya, pero no era igual. A veces pensó que podía identificar una palabra, pero nunca pudo estar seguro. Se reían y bebían de unos jarros pequeños. Supuso que los habían robado de la granja. No parecían preocuparse en absoluta por cualquier posible persecución.

La luna de septiembre salió y los hombres negros siguieron riendo y bromeando hasta que tuvieron vacíos los jarros. Los tiraron a la maleza y se acostaron para dormir. Un joven fue nombrado centinela; se apostó con la lanza y una espada corta a los pocos metros del exterior del alcance de la luz de la hoguera, que estaba casi apagada.

Bononi aguardó casi una hora, luego avanzó hacia el centinela. Con facilidad se deslizó tras él, que dormitaba y le golpeó en la carótida con el canto de la mano. Cogió al joven cuando caía y lo colocó en el suelo. Luego, utilizando los pantalones cortos del tipo, lo amordazó. Empleó el cinturón y le ató las manos a la espalda. Minutos más tarde silenciosamente, ensilló dos caballos. Después de colocar al joven panza abajo en uno de los animales, cortó las trabas del otro. Dos animales relincharon y retrocedieron y Bononi se quedó petrificado, esperando que los negros que dormían despertasen. Pero parecían dominados por el sopor de los medio borrachos.

Cuándo hubo montado, gritó, bramó y cabalgó entre los demás caballos para espantarlos. Luego, espoleó su animal hacia el bosque mientras sujetaba las riendas del caballo en el que viajaba el joven inconsciente.

Se alejó lo más rápidamente que se atrevió en la noche mientras detrás de él se daba un griterío. Al cabo de una hora disminuyó el galope a un trote cochinero; otra hora y dejó el caballo al paso. La mañana le sorprendió muy lejos de la escena del audaz golpe de mano.

Para entonces, el joven negro estaba despierto. Bononi le bajó del caballo, trabó a los dos animales y le quitó la mordaza a su cautivo. Costó algún tiempo convencer al joven de que Bononi no quería matarle. Después de conseguirlo, mediante signos, Bononi comenzó la tarea de aprender el idioma del extranjero. Interrumpió

las lecciones dos veces para darle de comer a su prisionero. Después de reponer fuerzas, el joven pareció menos reticente.

Bononi aceleró su aprendizaje cuando descubrió que parte del idioma desconocido del joven venía de un cambio de vocales. También que la lengua de Zhem se comía todas las sílabas finales de los grupos que formaban las palabras. Allá donde Bononi decía can, Zhem decía con. Por piedra, Zhem pronunciaba pedr, y por tarde, tard. Vaca la pronunciaba voc. Y otras muchas palabras por el estilo. Había otras diferencias. Algunas palabras eran desconocidas para Bononi; no pudo encontrar ninguna en su vocabulario que correspondiese a esas frases de Zhem.

A la mañana siguiente Bononi ató las manos de Zhem en su pecho y le permitió tomar las riendas del caballo. Advirtió a Zhem que si trataba de escapar le mataría. Cabalgaron despacio, mientras Bononi se ejercitaba hablando con el negro. Aquella noche, le preguntó Zhem por qué le había raptado, en vez de matarle.

—Necesito que alguien me cuente cosas de este país —dijo—. Y en especial del Gran Río.

—¿El Gran Río? —preguntó Zhem—. ¿Te refieres a Mzibi? ¿O cómo dicen los Kaywo el Sy?

—No sé cómo se le llama. Pero se le supone que es el mayor del mundo. Alguien dice que circunda el borde de este mundo. Que si vas a su otra orilla te caerás.

Zhem se carcajeó y dijo:

—Ee de bikmo ribe iy de weh. Sí, es el mayor río del mundo. Pero hay tierra en su otra orilla. Dime, hombre blanco. Si respondo a tus preguntas, ¿qué harás conmigo?

—Te dejaré marchar, sin caballo, claro. No quiero que me sigas y me mates.

—¿No llevarás mi cabeza a tu patria para enseñársela a tus familiares a tu mujer?

Bononi sonrió y negó con la cabeza.

—No. No he pensado en quitarte la cabellera. Significaría para mí mucho honor en los fiiniks, porque jamás han visto una así. Pero no eres un navajo. No tengo razón para matarte. Quizás tú me des el motivo.

Zhem frunció el ceño y pareció entristecerse.

—No —dijo—, si me llevase tu cabeza, de nada me serviría. Caí

en desgracia porque me capturaste. Ningún nngumwa podría volver jamás a casa siendo lo bastante cobarde por haber sido hecho prisionero. Cuando los nngurmva entran en combate, o mueren o vencen.

—¿Quieres decir que tu pueblo no te recibiría? ¿Por qué? ¡No tuviste la culpa!

Zhem sacudió la cabeza y contestó con voz hueca:

—Eso no importa. Si tratase de reunirme con nuestro grupo guerrero o volver a la patria, me apedrearían hasta matarme. Ni siquiera deshonrarían su acero para matarme.

—Quizás sea mejor que mueras —murmuró Bononi—. Un hombre sin patria no es hombre. Y luego tu cabellera…

—¡Pero no quiero morir! —le cortó Zhem—. Por lo menos, como cautivo con las manos atadas. Sería diferente en combate. Me siento triste porque nunca veré la cara de mi madre, nunca haré el amor otra vez a mi esposa. Pero quiero vivir.

—Podrías serme de ayuda —propuso Bononi—. No conozco el terreno. ¿Pero por qué podría confiar en ti?

—No debieras hacerlo —repuso Zhem—. Yo tampoco me fiaría de ti. Pero si nos hiciésemos hermanos de sangre…

Bononi preguntó qué es lo que significaba la hermandad de sangre y Zhem se lo explicó. Bononi meditó. Miró muy serio a Zhem durante largo rato. Zhem parecía nervioso, frunció el ceño, sonrió. Por último, Bononi dijo:

—Muy bien. No me gusta la idea de que tenga que luchar contigo no importa lo que hagas. No te conozco. Quizás harás cosas que no me impulsan a defenderte…

—Serás entonces mi hermano de sangre mayor —aclaró Zhem—. Te obedeceré en todo, a menos que hagas algo deshonesto.

—Bueno —accedió Bononi. Y extendió el brazo para que Zhem le hiciese un corte y aplicase su propia herida y se mezclase su sangre. Vio que la sangre del negro era roja. Había pensado que sería negra, siendo esto lo que le impidió haber aceptado desde un principio la oferta de Zhem. No le gustaba la idea de que se pudiera convertirse en seminegro.

Pero ahora, al pensar en el asunto, advirtió que los navajos eran muy morenos a veces y que su sangre, sin embargo era tan roja como la de los fiiniks.

Zhem canturreó unas palabras tan de prisa que Bononi sólo pudo entender varias. Luego se aplicaron arcilla a las heridas. Y Bononi soltó las manos de Zhem. Hasta que no se hicieron hermanos de sangre no se pudo fiar de Zhem. Le vigiló mientras le hacía el corte por miedo a que el joven tratase de apuñalarle. Cualquier falso movimiento habría hecho que Bononi sacase el cuchillo y lo hundiese en la piel negra. Zhem debió figurárselo, porque se movió muy despacio.

Montaron y continuaron cabalgando. Zhem explicó que estaban a dos días de viaje a caballo de Hzibi. Ese país pertenecía a los Ekunsah, una nación blanca. Al Oeste yacía la gran nación de los Kaywo. Su capital, Kaywo, era un lugar de reunión de los ríos Mzibi y Jo. O, como se les llama en lengua kaywo Sy y Hayo. Los kaywo eran una nación muy poderosa; tenían grandes casas y templos, caminos de piedra lisa y una gran flota y ejército. Acababan de ganar una guerra de diez años con los Senglwi; asesinaron a todos los habitantes de esa ciudad, y ahora volvían su atención a la gran ciudad de Skego. Skego, una vez un pueblo pequeño, en las costas del Mar Miys también había crecido y extendía su imperio hacia el Sur, en dirección a Kaywo.

—Me gustaría ver esa gran ciudad —dijo Bononi, preguntándose si sería la mitad de grande que Fiiniks—. ¿Podríamos ir allí sin que nos matasen al vernos o nos esclavizasen?

—Pensaba que podríamos efectivamente ir y alistarnos en la Legión Extranjera —contestó Zhem—. Si luchamos por Kaywo, conseguiremos mucho botín. Mujeres también. Si un hombre sirve cinco años en la Legión, se le hace ciudadano de Kaywo. Valdría la pena de luchar por eso. Un hombre volvería a tener casa.

—No me importaría ir hasta allí si se nos permitiera marchamos más tarde —dijo Bononi—. Pero tengo que volver a mi patria en algún tiempo.

—Siempre queda el recurso de desertar —anunció Zhem—. Pero no se le permite vivir en el país como hombre libre a menos que te unas a la Legión Extranjera.

Dos días más tarde frenaban sus caballos a la entrada de una gran colina. Debajo estaba el Mzibi, o Sy, el Gran Río. Bononi se lo quedó mirando largo rato. Jamás había visto tanta agua. Debía tener por lo menos cuatro o cinco kilómetros, quizás más, de

anchura; se estremeció. Era como una gigantesca serpiente, una serpiente acuosa. Y tanta agua debía ser peligroso.

—Vale la pena cruzar medio mundo para ver esto —dijo Bononi —. Debra nunca me creerá cuando se lo cuente.

—De po e de wote —dijo Zhem—. El Padre de las Aguas. ¿Quieres que cabalguemos hacia Kaywo, hermano mayor?

—Sea Kaywo —contestó Bononi—. No puedo esperar más.

Cabalgaron hacia el norte siguiendo la orilla del gran río. Después de mediodía llegaron a una polvorienta carretera y la siguieron. Rodearon un poblado pequeño y amurallado. Zhem dijo que podían rebordear cierto número de zonas habitadas. Sin embargo, según lo que pudo comprender, los poblados y granjas fueron haciéndose más numerosos. Encontrarían también un fuerte armado. Luego, lo que ocurriese quedaría en manos del Gran Dios Negro.

Bononi se sintió sobresaltado al oír estas palabras; siempre había pensado que Jehová era blanco. Pero, ahora que lo había pensado, nunca vio a Jehová. Ni conoció tampoco a nadie que lo hubiese visto. Así que ¿cómo sabía qué aspecto tendría?

VIII

Bononi y Zhem habían cruzado la frontera Kaywo por un sitio encima de los puestos fronterizos. Según el negro, estos fuertes se alzaban dominando los caminos y carreteras importantes que conducían al imperio. Era probable que los soldados les encontrasen; así, sería mejor presentarse en la primera fortaleza que encontrasen. Después de medio día de cabalgar, hallaron lo que buscaban; entraron por la boca de un vallecito cuyas paredes estaban reforzadas por un muro hecho de peñascos cimentados con argamasa y que alcanzaban la altura de unos seis metros. Dos centinelas les dieron el alto cuando intentaron cruzar por la gran puerta de hierro. Zhem, hablando kaywo con imperfección, pidió que le presentasen ante el oficial de guardia. Se llamaron a otros dos soldados. Estos condujeron a los forasteros al interior del fuerte. A las puertas de un gran edificio de piedra, Bononi y Zhem desmontaron. Se les llevó al interior de la casa, cruzaron varias habitaciones, y por último quedaron frente al comandante del fortín.

El capitán era un hombre grande y moreno, con nariz respingona, labios gruesos y pelo rizado que le colgaba hasta la nuca. Llevaba un casco brillante repujado en plata, culminado con un penacho carmesí de crin de caballo teñida, una coraza moldeada que encajaba en su torso, un faldellín verde y polainas amarillas. Les preguntó qué querían. Bononi sólo pudo entender alguna palabra aislada, perdiéndosele la mayor parte del significado de las frases. Zhem hizo la traducción.

Zhem contestó que procedía del reino de Nngumwa. Su hermano de sangre venía de un lugar del que nadie oyó hablar jamás. Se llamaba Fiiniks y estaba en el centro de un desierto calcinante a

millares de kilómetros o más en dirección suroeste.

El capitán, Viyya, miró a Bononi con interés. Se levantó de detrás del escritorio y dio una vuelta alrededor del joven. Luego soltó una carcajada y dijo algo a Zhem.

—Dice que no ha visto a nadie con la piel como el hierro en las palmas de los pies —tradujo Zhem—. Dice que no deberías llamarte Rider, porque no tienes callos en tus posaderas. Que deberían llamarte Pies de Hierro.

—¿De modo que queréis uniros a la Legión Extranjera y luchar por la gloria de Kaywo y del Pwez Lezpet? —preguntó—. ¿Qué crímenes habéis cometido que tenéis que huir de vuestros países natales?

Zhem le narró la historia de su captura por Bononi, aunque descuidó mencionar que su grupo había asesinado a un granjero y su familia. Explicó también las razones de la presencia de Bononi.

—Extraño relato —contestó el capitán—. Un cuento sospechoso. Si no fuese por sus pies de hierro, lo dudaría. Sin embargo, ya veremos. Se os conducirá a la capital, en dónde el Usspika quizá muestre interés por vuestra historia. Ha ordenado que todo aquel que venga de tierras desconocidas sea llevado a su presencia. No sé por qué.

Dio entonces órdenes para que los dos entregaran sus armas. Mañana iniciarían el viaje, escoltados, a la capital. Allí podrían solicitar su adiestramiento como miembros de la Legión Extranjera. Si obtenían las calificaciones apropiadas de hombres de combate, prestarían juramento; si no las obtenían, se les enviaría como esclavos. Si se portaban mal, les cortarían las cabezas y las clavarían en el extremo de palos.

Bononi no comprendió todo el significado de la última observación. Al día siguiente, después de que les colocaron en la jaula de una carreta y dicho vehículo emprendió la marcha por una triste carretera, comprendió. A ambos lados del camino, a una distancia de irnos seis metros, había palos de madera de tres metros de altura. Una cabeza humana en diversos estados de podredumbre, o un cráneo, culminaban cada poste. Los cuervos volaban en tomo a ellas o se posaban en las calaveras y arrancaban jirones de carne. A lo largo de todos los kilómetros que separaban el fuerte de la capital, los cráneos parecían sonreír y las cabezas miraban con sus

cuencas vacías. La mayor parte de estas cabezas pertenecían a hombres negros.

—El Quinto Ejército trajo millones de cautivos cuando derrotó a los bárbaros invasores de Jujú —dijo uno de los prisioneros que estaba junto a Bononi—. Vendieron a muchos, pero casi la mitad fueron decapitados. Si se rebelaban, podrían causarnos muchas dificultades. Aún nos acordamos de la revuelta de los esclavos de hace seis años.

Hizo una pausa. Pero el prisionero añadió con orgullo:

—Kaywo es muy poderoso, hombres salvajes. Mientras atacaban Senglwi los Primero, Segundo y Cuarto ejércitos, el Quinto derrotaba a Jujú en el Sur. Y el Tercero destruía a los piratas del Río Hayo.

Fascinado e impresionado, Bononi contempló la exhibición del poder de Kaywo durante largo rato. Luego, mientras la carreta seguía marchando, comenzó a fijarse en el panorama. Las granjas se hacían más numerosas y próximas. La estructura de estas granjas y sus establos eran fundamentalmente iguales: tejados dobles muy escarpados, sin ventanas en el primer piso, tabujos muy estrechos en el segundo, y una torre de tres o cuatro pisos de altura, redonda y angosta construida cerca, con propósitos de atalaya, en piedra. Y en cada jardín delantero, un poste de madera de unos seis metros de altura, con los tótemes labrados conservando sus rostros animales y humanos. Cada poste quedaba culminado por un lobo de doble cabeza, el animal patrón de Kaywo.

Comenzó a ver más poblados; siempre estaban rodeados por altas murallas de piedra o madera, con muchas torres. De vez en cuando veía un fortín pequeño, también de piedra, en lo alto de una colina; ésos, descubrió más tarde, pertenecían a los
keff'wiy
, los aristócratas. Los
keff'wiy
y sus familias y soldados y las familias de estos soldados vivían allí.

El camino siguió el contorno del Gran Río llamado Sy por los kaywo. Se veían centenares de lanchas, algunas militares, la mayor parte comerciales. Unas cuantas eran de vela, pero la mayoría se veían impulsadas por remos, accionados por remeros.

Bononi habló lo mejor que pudo con los demás ocupantes de la

carreta. Eran criminales que iban ante el Tribunal de la capital, en donde habían sido sentenciados a servir en galeras, o minas o se les colocaría en un batallón especial de trabajo del ejército.

Para cuando llegaron a la capital, Bononi podía hablar kaywo con el cincuenta por cien de eficiencia mientras la conversación se mantuviera a un nivel sencillo.

En la tarde del cuarto día, la carreta penetró a través de la famosa Puerta de los Leones. Bononi se quedó mirando con fijeza las impresionantes estatuas de piedra de los leones barbados que guardaban la entrada, estatuas que tenían unos treinta metros de altura.

—Dhu wya —dijo al hombre que se sentaba a su lado—. Esos leones: ¿son sólo figuras de imaginación o existen en verdad leones con barba?

—Zhe —contestó el individuo—. Sí. Les he visto. Son como los leones de las grandes llanuras del oeste. Excepto que esos son más pequeños y que tienen barbas cortas de pelo oscuro, tanto el macho como la hembra. Hay algunos en los bosques del norte, entre Kaywo y Skego. Pero hay muchísimos en los bosques del Este.

Bononi continuó mirando con ojos muy abiertos las amplias calles, los edificios que llegaban a la altura de seis pisos, las multitudes, que jamás vio en tanta cantidad ni siquiera en el Mercado de Tregua en Fiiniks.

La carreta entró en un patio de unos doscientos metros de anchura, que daba acceso a la Avenida de la Victoria y penetró en el Círculo del Lobo. Eso se encontraba en el corazón de la ciudad; en mitad del Círculo había un alto pedestal de unos seis metros culminados por cuatro estatuas de granito. Esas representaban los fundadores legendarios de Kaywo: el hombre gigante y su compañera, el lobo de doble cabeza Biyccha y sus hijos mellizos Kay y Wo. Según la religión kaywo la loba parió a un cachorro de dos cabezas. Después de que Kaywo llegó a la edad adulta, luchó con el archi-enemigo de la humanidad, Lu, gigante caníbal de los Mares del Norte. Lu partió a Kaywo con su espada y lo dejó como muerto. Pero su madre, Biyccha, le devolvió la vida; ahora dos individuos, lucharon con Lu de nuevo y le mataron y le enterraron en el mismo lugar en donde se alzaba la estatua. Luego construyeron la ciudad de Kaywo, profetizando antes de morir que

Kaywo, aunque entonces pequeña, algún día crecería lo bastante como para gobernar el mundo.

En torno al Círculo del Lobo, estaban el Pwez Pálem (Palacio del Presidente), el Templo del Primero (una colosal pirámide truncada) y muchos edificios del gobierno. A dos kilómetros más allá del Círculo, la carreta se detuvo ante la entrada de las Legiones Kaywo. Aquí, Bononi y Zhem, fueron conducidos a los cuarteles. Y se les puso al cuidado de un duro sargento encargado de dar forma a los «salvajes» y convertirlos en soldados disciplinados.

Bononi había esperado que les presentasen ante el Usspika (el Hablador de la Casa de
Kell'wiy)
de inmediato. Pero pasaron semanas, y estuvo atareado del amanecer hasta oscurecer, con pico y pala, con la Instrucción de las armas, la doctrina, los desfiles, limpieza del equipo y afilado de las espadas y lanzas. Sin embargo, no tuvo que hacer ningún trabajo de cocina. Los esclavos realizaban esas tareas inferiores.

Los días se hicieron más cortos y las noches más frías. Bononi preguntó a Zhem por los inviernos. Sabía cuán intenso era el frío y lo que significaban las fuertes nevadas. Como parte del endurecimiento de cada joven fiinik, había pasado varios inviernos en las montañas, en el extremo noroeste de Fiinik, pero no le gustó la perspectiva de que le enviasen de guarnición en algún bosque remoto y nevado. Esto le hizo preguntarse si no sería más conveniente desertar ahora. ¿Cómo podría servir a los fiiniks efectuando tal servicio?

Zhem replicó que, cuando era muy pequeño, le dijo su abuelo que el invierno una vez había sido frío y nevado. Pero ya llevaban mucho tiempo en que hacía cada vez más calor. Si la creciente temperatura se mantenía subiendo, un hombre sería incapaz de decir cuando terminaba el invierno y empezaba el verano.

Oh, Bononi vería algo de nieve y se le congelarían las nalgas en una noche de maniobra. Pero eso no era tan malo.

Una semana después de esta conversación, los reclutas recibieron permiso para el fin de semana. Antes de que les dejasen salir de la muralla que circundaba el Campamento de la Legión, su sargento, Giyfa, les dijo exactamente lo que podían y no podían hacer. Específico en sus limitaciones, Giyfa entró más en detalles en

lo que les ocurriría si se desviaban fuera de la zona adecuada y se comportaban como un salvaje desenfrenado. El castigo, que variaba según el grado del delito, iba desde irnos ligeros azotes de diez latigazos hasta la decapitación. Sin embargo, era mejor perder la cabeza propia a que le asasen lentamente en una hoguera. Etcétera.

IX

Una de las cosas que impresionó a Bononi de todos los consejos de Giyfa fue que si necesitaban un desahogo a su espíritu reprimido no deberían buscarlo fuera del barrio de Funah, en la orilla del río. Aquella zona, habitada principalmente por las gentes más pobres, marinos, mercaderes extranjeros residentes, comerciantes y exesclavos, era más tolerante con los actos de los hombres salvajes. Además un crimen cometido allí, no era tan grave como en cualquier otra parte. Siempre y cuando, claro, ningún ciudadano kaywo de razonable riqueza o posición fuese perjudicado.

—¿No crees que Giyfa exageraba un poco? —preguntó Bononi a Zhem mientras salían de los cuarteles.

—Ojalá no tengamos necesidad de averiguarlo —respondió Zhem—. Ya sabes lo maligno que es con el látigo. Es capaz de quitarte toda la piel centímetro a centímetro con sólo diez golpes.

Bononi miró el dinero de la paga que tenía en la mano. Veinte monedas nuevas, hexagonales. Estampado a un lado estaba el perfil de águila del finado juez de Kaywo y en el otro el lobo de dos cabezas y el ojo en forma de rayo del Dios de Kaywo, el Primero.

—No se puede hacer mucho con esto —dijo Bononi.

—Cuando se sale con permiso siempre hay formas de conseguir dinero para beber —dijo Zhem—. Se acecha un borracho en un callejón oscuro…

—¿Pretendes que seamos ladrones? —preguntó Bononi.

—No te importará robar a un enemigo, ¿verdad?

—Pero, estamos prácticamente invitados aquí —dijo Bononi—. En cierto modo, es decir. No se roba a los anfitriones.

—Somos prisioneros —replicó Zhem—. Es cierto que somos prisioneros voluntarios; ¿cómo, si no, podríamos visitar Kaywo? Si

hubiéramos dicho a los centinelas fronterizos que queríamos recorrer Kaywo, nos habrían hecho arrestar. No, quizás sirvamos a este país. Pero esta nación es enemiga de mi pueblo y del tuyo. No lo olvides nunca. Cuando Kaywo haya conquistado Skego, buscará hacia el sur nuevas conquistas, y cuando domine el sur, Kaywo conquistará el país del desierto si cree que vale la pena.

—Lo que dices es indudablemente cierto. Pero mientras yo cobre el dinero de Kaywo, lo serviré —dijo Bononi—. Y eso significa que no seré un ladrón.

Zhem se encogió de hombros antes de contestar.

—Tienes ideas bastante raras, Pie de Hierro. Pero eres mi hermano mayor. Y si dices que no robemos, pues no robaremos. Pero eso significa que no tendremos mucha diversión.

—¿Cuál es tu concepto de la diversión?

—La cerveza de mi pueblo es buena —dijo Zhem—. Pero tengo entendido que la cerveza de Kaywo es todavía mejor. Y tienen algo llamado vev, hecho de uvas, que es dulce y hace que te dé vueltas la cabeza. Y también tienen, según he oído decir, una bebida mucho más fuerte llamada vhisyskiy. Media botella de eso y un hombre se cree que es dios.

—No lo he probado nunca —dijo Bononi—. Nosotros tenemos un licor llamado Jciyluh. Los Mek le llaman tekil y tenemos otro puk. Pero se bebe sólo en las ceremonias religiosas. Y únicamente los hombres. A mí se me ha prohibido tocar ese licor hasta que haya vuelto entre los fiiniks con una cabellera en el cinto.

—Hablaste una vez de cerveza.

—La conseguimos de los Mek durante el Mercado de Tregua —contestó Bononi—. Pero he advertido que los hombres que beben cerveza tienen poca resistencia y engordan. Eso no es para mí.

Zhem alzó las manos al aire y puso en blanco los ojos.

—*¡Gehsuk!* ¡Entonces sólo te quedan las mujeres! No es que sea malo, pero no tienes bastante dinero para comprar no más de una mujer durante una hora. Si te llega.

Bononi se volvió rojo y dijo:

—Cuando me confirmaron, juré castidad a Jehová. No pienso traicionar a mi Dios.

Zhem miró a Bononi como si fuese un monstruo.

—¡Pero, pero… tu Dios está muy lejos!

—Pero, sin embargo, puede verlo todo —replicó Bononi—. Y aun cuando no lo viese, yo he dado mi palabra y he jurado.

Zhem soltó una carcajada y se dio una y otra vez palmadas en el muslo. Después de controlarse dijo:

—¿Quieres decir que cada joven de tu país permanece virgen hasta que se casa? ¿Todos?

—Hay algunos que rompen su juramento con alguna esclava —repuso Bononi, pensando en algunas historias que oyó sobre Joel y otros—. Pero si te pillan, te azotan. Y entonces se les obliga a que se casen con esclavas libertadas, porque los padres honorables jamás permitirían que sus hijas contrajeran matrimonio con tales individuos y…

—No me digas más, hermano de sangre —le interrumpió Zhem —. ¡Tu gente debe de ser inhumana! ¡Pedir a los jóvenes de sangre caliente que vayan contra la naturaleza!

—Es lo que nos exige nuestro Dios —contestó Bononi de manera muy rígida.

—Vuestras almas deben de ser tan duras como las plantas de vuestros pies —apuntó Zhem y soltó otra carcajada—. Bueno, no importa, vamos al barrio de Funah. Pero no debes pedirme que obedezca las leyes extrañas de tu extraño Dios. O… ¿deshonraría a mi hermano de sangre si siguiese las costumbres de mi pueblo? —preguntó esto último con ansiedad.

—Cuando mezclaste con la mía juraste por mí, como yo juré por ti —contestó Bononi—. Puedes hacer lo que desees; después de todo, no te pediré que no comas ciertos alimentos porque yo lo tenga prohibido.

Guardaron silencio durante un rato, demasiado ocupados en mirar los edificios y las gentes de las calles. Al mediodía, estaban ya en el barrio de Funah; allí encontraron la variedad de vestidos y de lenguajes, incluso más exóticos que en la sección ciudadana de la ciudad. En el espacio que comprendía una manzana oyeron tres idiomas, ni una palabra de las cuales entendieron; vieron hombres que llevaban turbantes altos, máscaras sobre los ojos y largas barbas; vieron otros llevando cascos con cuernos de toro y vestidos de piel; vieron mujeres con anillos en la nariz y un hombre cuyo rostro estaba cubierto de tatuajes, verdes y azules.

—Kaywo se alza en la confluencia de dos grandes ríos —dijo

Zhem—. El Padre de las Aguas, que va de norte a sur y corta al mundo en dos, y el Hayo, que va de Este a Oeste y corta al mundo por la mitad hasta que se une con el Mzibi. Más hacia levante hay dos grandes naciones: los Iykwa y los Jinya. Esos dos pueblos están demasiado lejos de los kaywo para que guerreen con ellos. Es decir, están lejos de nosotros. Pero utilizan el Hayo para enviar sus productos comerciales a esta nación. Incluso los Skego, que están en guerra con los kaywo, utilizan el río
L'wan
y el Mzibi para comerciar con Kaywo. Los Skego dominan el Mar Miys y los otros mares del Norte están regidos por los Skanava.

Zhem señaló a un hombre alto, de amplios hombros, con una larga barba roja y un casco con cuernos.

—Un skanava. Dicen que su pueblo vino al gran río desde muy lejos del este, hace doscientos años y arrolló a los Kanuk en el norte. Hablan una lengua que no es probable que hayas oído nunca. Algunos dicen que el río que cruzaron era mucho más ancho que el Mzibi, pero no lo creo. Todo el mundo sabe que el Mzibi es el Padre de las Aguas y que todos los demás ríos son sus hijitos.

Cerca de la orilla vieron un edificio con un cartel colgando de la puerta. En el cartel había la imagen toscamente pintada de una criatura medio gato medio toro.

—Cuando veas ese kabuh —dijo Zhem—, sabrás que estás delante de una taberna.

Bononi, muy consciente de sí mismo y con algo de sentimiento de culpa, siguió a Zhem dentro de la taberna. Bajó un tramo de seis escalones y se encontró en una habitación de techo con vigas, bajo, de unos quince por veinte metros. Al venir de la plena luz del día, no pudo al principio ver muy bien. La habitación tenía sólo dos ventanas pequeñas, aunque varias lámparas ardían sobre una mesa en la mitad de la estancia; la luz se veía amortiguada por las espesas columnas de humo de tabaco.

Bononi olisqueó el fuerte hedor de la cerveza y del licor, y dijo:

—Este lugar huele mal.

—Pues para mí huele muy bien —contestó Zhem. Fue hasta el mostrador, colocó una de sus monedas y compró cinco cigarros. Luego gastó otra moneda en comprar un jarro de loza conteniendo una cerveza oscura.

Bononi rechazó el cigarro que le ofreció Zhem. Zhem se encogió de hombros, alzó el pesado jarro y bebió. La nuez de su garganta subía y caía, subía y caía. Hasta que el recipiente no estaba medio vacío, no lo dejó en el mostrador. Y entonces eructó fuerte.

—A ese paso te gastarás todo el dinero antes de que el sol se ponga —recomendó Bononi.

—No se puede evitar. Almacené una sed gigantesca mientras estábamos en los cuarteles. Sentémonos. Haz que te sirva una de esas chicas guapas.

Bononi no creyó que las chicas fueran tan lindas. Se veían demasiado viejas, no debían tener menos de veintiséis años y sus grandes senos carnosos y panzas pronunciadas indicaban un comercio carnal nada recomendable. Sintió una punzada de dolor pensando en el rostro hermoso, los ojos claros y la esbelta figura de Debra Awvrez.

Zhem, que debió advertir la mueca de Bononi, dijo:

—Bebe un poco de esto. Entonces te parecerán como reinas.

Bononi sacudió la cabeza y se preguntó si tendría que esperar aquí sentado todo el día y posiblemente la mitad de la noche. No encontraba diversión en aquello. Quería salir fuera, donde pudiese respirar y caminar, ver las maravillas de esta metrópoli. Y también descubrir los puntos débiles en sus defensas, por si acaso los Eyzonuh alguna vez atacaban Kaywo. Era una idea fantástica, lo reconoció, pero había visto muchas cosas extrañas desde que abandonó Fiiniks.

Por fin, pudo comer. Intentó encargar algo a una camarera, pero ella le preguntó si quería subir arriba antes de pedir nada más. De pronto se sintió incapaz de recordar las palabras para expresar el plato que deseaba.

Zhem vio el rostro colorado de Bononi; soltó una carcajada y luego dijo a la camarera que deseaba comer.

Bononi sintió ganas de salir. No sólo porque se encontraba a disgusto, sino también porque notaba que Zhem se le reía y que, quizás, dudaba de su virilidad. Pero se quedó. Si abandonaba a Zhem, quizás le considerase un cobarde. A los pocos minutos la camarera colocó ante él un plato de madera conteniendo carne, patatas fritas y ensalada de lechuga, tomates y cebollas. La boca de Bononi se le hizo agua y comenzó a cortar la gruesa carne. Pero

jamás llegó el jugoso pedazo de buey a su boca. Cuando lo levantaba al extremo de un tenedor de dos púas, oyó una voz tras de sí. Una voz alta hablando kaywo con acento bárbaro.

—¡Joel! —exclamó Bononi dejando caer el tenedor en el plato.

Se levantó del taburete, se volvió y vio a Joel plantado al pie de los escalones. Joel parpadeaba, sus ojos todavía no acostumbrados al cambio de luz. Llevaba el chaleco de piel de gato salvaje y el casco también construido en forma de cabeza del mismo animal; por ello Bononi supo que Joel era un soldado jurado del Salvaje Feykhunt (Quinientos). La funda de su arma iba vacía porque a nadie se le permitía llevar armas dentro de los muros de la ciudad a menos que fuese soldado de servicio o miembro del *Keff'wiy*. Sus compañeros, cuatro hombres salvajes, se hallaban junto a él, también parpadeando.

Bononi, gruñendo, incapaz de articular cargó contra Joel. Por causa de la débil luz y del humo del tabaco su compatriota no pudo verle y así pudo aferrar a Joel por la garganta con sus dos manos y hacerle caer hacia atrás contra los escalones de piedra.

El rostro de Joel, rojo por encima de las manos que le ahogaban, se contrajo y sólo pudo emitir una palabra:

—¡Bononi!

No se habría mostrado más sorprendido si se le hubiese aparecido Jehová.

Bononi saltó hacia adelante y golpeó la parte posterior de la cabeza de Joel contra el borde de un escalón, alzó a su enemigo y volvió a repetir el golpe.

Luego el rostro de Joel pasó ante él y Bononi se sintió desplomar al lado de su enemigo. Alzó la vista y vio uno de los compañeros de Joel plantado sobre su persona, y con un jarro de loza en la mano. Confundido como estaba, Bononi supo que aquel individuo le había golpeado la cabeza con el jarro. Sintió humedad entre el pelo y chorros de líquido que le bajaban por la cara, pero no supo si era sangre o cerveza. No le importaba; se encontraba demasiado atontado para defenderse. Estaba perdido; el individuo alzó el pesado recipiente de piedra para aplastarle el cráneo.

Pero el hombre se puso rígido y soltó el jarro. Dos jarros cayeron al suelo. Uno de ellos lanzado expertamente por Zhem a la nuca del

individuo. El salvaje se precipitó hacia delante, cayendo sobre Joel y volviéndole a derribar. Bononi comenzó a recobrar su sentido, giró a un lado, alejándose de los escalones y cerró su mano en tomo a la pata de un taburete.

En aquel momento, Zhem cayó sobre los otros tres soldados. Golpeó a uno entre las piernas, pegó a otro en la barbilla con el codo y cogió al tercero por la muñeca. Girándose, lanzó al desafortunado compañero de Joel por encima de su espalda y lo proyectó por los aires. Pero un desconocido, probablemente sin importarle de qué iba la pelea o quien ganaría, pero deseando disfrutar del combate, golpeó a Zhem en la barbilla con un puño cuando éste se enderezaba. Zhem se tambaleó hacia atrás y el desconocido le siguió, dándole dos puñetazos, uno de los cuales se perdió en el aire.

Antes de que Zhem pudiese responder, un segundo desconocido pasó su brazo en tomo al cuello del primero y comenzó a batirle la cara con el puño izquierdo.

Eso bastó. A los pocos segundos, todos los hombres de la taberna luchaban.

Bononi se puso en pie cuando precisamente Joel cargaba sobre él. Dejó caer el taburete en la espalda de Joel. Pero el hombretón golpeó a Bononi en el estómago con el hombro y lo levantó por los aires haciéndole retroceder hasta que la pared lo detuvo.

Bononi se quedó sin aliento; sintió como si las entrañas se le salieran por la boca.

Luego se encontró cayendo, porque Joel no sólo había llevado a Bononi, contra la pared sino que su cabezota recibió un golpe duro al chocar contra los ladrillos.

Joel se levantó primero y su enorme silueta se cernió sobre Bononi. Levantó el pie para patear a Bononi en las costillas y luego cayó pesadamente. Zhem, viniendo por detrás había tirado con fuerza del tobillo de Joel.

Zhem fue quien dio patadas a Joel en los costados y le volvió a derribar. Una figura salió de entre el humo e hizo que Zhem se precipitase de bruces en el suelo. Bononi luchó por ponerse en pie, cogió otro taburete y lo descargó sobre el hombre que estaba encima de Zhem. El individuo dejó de tratar de doblar el cuello de Zhem hacia atrás hasta romperlo y se desplomó. Bononi giró para

enfrentarse a Joel vio que éste se había quitado el cinturón y lo sujetaba por un extremo preparándose para utilizarlo como látigo. La hebilla de la otra punta, probablemente afilada para ocasiones como ésta cortaría como un cuchillo si entraba en contacto con la carne de Bononi.

Bononi aflojó su barbuquejo, se quitó el casco y lo empuñó. Cuando vio como Joel agitaba el extremo del cinturón preparándose para golpearle, lanzó el casco al rostro de su compatriota. El hierro golpeó a Joel de refilón en la coronilla porque el hombretón se había agachado. Bononi cayó encima de Joel, fuera del alcance del cinturón antes de que su enemigo pudiese recuperarse. Le golpeó en la cara; notó como su puño alcanzaba la gruesa mandíbula y luego se vio dentro de los brazos de Joel. Tenía sus manos sujetas a los costados en aquel abrazo del oso.

—¡Te romperé el lomo, traidor! —gritó Joel—. ¿Cómo diablos llegaste hasta aquí?

—¡Te enviaré al infierno! —contestó Bononi.

—¿De veras que vas a hacerme eso?

Y Joel comenzó a apretar.

Nada podía hacer Bononi excepto tratar de levantar la rodilla y golpear a Joel en el escroto pero su adversario conocía muy bien la lucha cuerpo a cuerpo para permitírselo. Bononi comenzó a golpear con la frente la barbilla de Joel, pero estaba tan cerca que sintió inútil su esfuerzo además de que se encontró a punto de perder él mismo el conocimiento. Luego comenzó a morder el cuello de Joel con los dientes y desgarró la piel y notó el gusto de sangre en la boca. Pero se quedaba sin respiración y notaba cómo si las costillas estuvieran a punto de quebrársele. Sus sentidos disminuían. Si no hacía algo de inmediato moriría en brazos de Joel. Y precisamente aquélla era la última especie de muerte que deseaba para sí mismo.

Luego los brazos de su enemigo le soltaron y Joel retrocedió hasta la pared, la punta de una espada pinchándole en el vientre.

X

Bononi se volvió y vio que la taberna se había llenado de soldados armados. Estos llevaban halcones disecados en lo alto de sus cascos. Eran policía civil.

Bononi fue conducido con los demás participantes en la pelea, al exterior de la taberna y allí se le permitió desplomarse apoyado contra la pared mientras la policía esperaba que llegase la carreta que conduciría a todos los culpables hasta la prisión.

Para cuando llegó el vehículo se encontraba, lo bastante bien como para levantarse y preguntar a Zhem si estaba herido. La negra cabellera de Zhem apareció manchada de sangre, pero soltó una carcajada y dijo que aquella pelea era mejor que los jarros de cerveza y una mujer.

Bononi entró en la gran jaula de la carreta y se sentó. Joel fue el último en subir. Se lanzó contra Bononi en cuanto cerraron la puerta de la jaula. Bononi se apoyó haciéndose un poco atrás, golpeó con ambos pies y sus duras suelas pillaron a la mandíbula de Joel y le hicieron caer pesadamente sobre el suelo y yacer allí inconsciente respirando ruidosamente. No recobró el conocimiento hasta poco antes de que la carreta se detuviese delante de la puerta de la prisión. Miró fulminante a Bononi, pero no mostró deseos de volverle a atacar.

Uno a uno los prisioneros fueron sacados de la jaula, encadenados por las muñecas unos con otros y conducidos a un despacho. Allí se identificaron, se les registró en busca de armas, se les quitó el dinero y se les condujo a celdas individuales.

—Menos mal que somos militares —murmuró Zhem a Bononi poco antes de que se vieran entre rejas—. De ser paisanos nos habrían metido en un calabozo. Y el hombre que sale de esos

calabozos vivo, tiene muy buena suerte. Los profesionales del crimen que están allí alojados, les pegan, quizás los matan, porque no simpatizan con los no profesionales. Caen sobre ti o esperan que estés dormido.

Bononi tenía hambre, pero casi se le pasó de golpe cuando vio el cuenco de comida que se le entregó para que fuese su cena y desayuno. Sobre la superficie del alimento había un moho azul y el joven sospechó que incluso podría haber gusanos dentro. De todos modos, comió, sabiendo que necesitaría algo que le diese fuerzas para soportar lo que pudiera comportarle el día de mañana.

Al amanecer le despertó una serie de mazazos dados contra los barrotes de su celda. Tuvo tiempo para consumir lo que le quedaba de la cena y luego fue conducido con el resto (seis que no huyeron por la parte posterior de la taberna) ante el juez.

El magistrado era un hombre grande, de pelo, blanco, con el rostro parecido al de un león. Llevaba una túnica escarlata y sombrero verde de tres picos. Y tenía en una mano un bastón culminado con las cabezas de lobo. Se hallaba sentado tras un gran escritorio en lo alto de un estrado; dos lanceros a sus lados estaban en posición de firmes.

Ninguno de los prisioneros pudo declararse inocente ni culpable. Los cargos fueron leídos por un policía. El juez pidió al capitán del pelotón que hizo los arrestos que identificase los culpables.

—Según las leyes de Kaywo, vosotros, soldados, estáis bajo mi jurisdicción si cometéis crímenes fuera de servicio —dijo el juez—. No hay duda de que sois culpables de emborracharos y de conducta desordenada y de daños en la propiedad de ciudadanos particulares. Si no podéis pagar esos daños, que importan seiscientos owf y las multas que suben a otros seiscientos owf, mil doscientos owf en total, tendréis que sufrir el castigo de la ley.

»Como castigo mando que se os den treinta latigazos y que perdáis la condición de hombres libres. Seréis vendidos como esclavos para pagar los daños. Y por cada owf que falte de lo procedente de la venta, pasaréis cada uno un año más como esclavos. Claro, después de azotaros, debéis ser entregados a los militares para que se os licencie oficialmente y podáis sufrir cualquier castigo que se os tenga preparado antes de vuestra venta como esclavos.

Los seis se miraron uno a otro, desvalidos, Les habían quitado el dinero cuando les condujeron hacia las celdas. El importe fue consignado por escrito y el sargento de día les dijo que se les devolvería, menos la cantidad necesaria para pagar el alojamiento y la comida, después de que los soltaran.

Bononi comenzó a abrir la boca para protestar, diciendo que no le habían devuelto el dinero, pero la cerró cuando Zhem le dio un codazo. Bononi, sobresaltado, miró a su amigo. Zhem se llevó el dedo a los labios, y le hizo una señal con la cabeza para indicar que guardase silencio.

—Capitán —dijo el juez—, ¿están estos hombres sin dinero?

—Entre los seis no tienen ni una moneda —contestó el capitán.

—¿Sí? Entonces los encuentro culpables de los cargos.

Y el juez golpeó con el extremo de su bastón en el tablero del escritorio.

Bononi, furioso ante tal injusticia, pero sabiendo que Zhem tenía sus razones para avisarle, rechinó los dientes. Marchó tras los otros, saliendo de la audiencia y volviendo a su celda. Por el camino susurró a Zhem:

—¿Qué hay del dinero que nos quitaron?

—De todos modos no habríamos tenido bastante. Y el capitán habría negado que nos lo quitase. Los partirá con sus hombres, quizás, o con el juez, aunque lo dudo. El juez es
keff'wiy
y piensan que es una deshonra robar, pero resulta tan culpable como la policía; defiende el sistema. Yo trataba de decirte que no abrieses la boca, porque el capitán te habría roto los dientes y te los habría hecho tragar por desacato al tribunal, y el juez habría doblado los latigazos. No se te permite hablar a menos que se te pida que contestes.

—¿Cuándo se nos azotará? —preguntó Bononi.

—Si no fuésemos militares, ya lo habrían hecho —replicó Zhem —. Pero los paisanos, no importa lo que haya dicho el poderoso juez no pueden nada hasta que los oficiales hayan repasado nuestro caso. Quizás salgamos libres con unos cuantos latigazos o puede que terminemos en las mazmorras. Depende de sus necesidades de soldados. Y yo diría que con la guerra de Skego haciéndose cada vez más cruenta, somos necesarios.

Bononi tuvo tiempo de pensar en la guerra con Skego, porque pasó los siguientes dos días en la celda. Sabía que aunque las dos naciones nunca oficialmente se declararon la guerra, luchaban a pequeña escala cada día en los bosques del norte. Skego ahora temía a Kaywo, pensando que esa nación había derrotado y devastado a Senglwi. Skego quería luchar antes de que Kaywo se recuperase de las pérdidas sufridas al tomar aquella ciudad. El comercio entre los dos países se llevaba a cabo como antes de la guerra senglwi. Es decir, mediante los ríos Sy y
L'wan.
Pero las caravanas terrestres ya no unían a las dos naciones; la mayor parte de ambas ciudades destacaron partidas para robar a los comerciantes extranjeros y los infelices que se vieron en medio del forcejeo, murieron o fueron reducidos a la condición de esclavos. No se hicieron quejas oficiales; ambos bandos parecían aceptar la explicación de que los salvajes y los bandidos eran los culpables de este estado de cosas. Pero cada cual sabía lo que hacía su contrincante.

Quizás, porque Kaywo necesitaba todas las espadas que pudiese reunir, daría el beneficio de una sentencia suspendida en el cumplimiento a los seis prisioneros, o a unos cuantos latigazos.

Bononi albergaba tal esperanza, que se apagó al amanecer del tercer día cuando le obligaron a salir al patio abierto y vio al verdugo, con su látigo, esperándole.

—Ya lo tenemos —dijo Zhem—. ¿Ves a ese oficial?

Señaló a un capitán de los feykhunt sentado en su caballo cerca del poste de la flagelación.

—Ha venido aquí para ver que recibamos lo que ordenó el tribunal civil y no más —continuó Zhem—. Luego iremos a los cuarteles para recibir el castigo militar.

Bononi contempló cómo el primero de los seis era desnudado de su camisa de piel de gato salvaje y atado al poste. Parpadeó a cada destello del látigo y deseó ser el primero. Luego habría estado ocupado con su propio dolor y no tendría que sufrir mientras los demás recibieran los azotes.

Siguieron dos más. Uno de ellos, un skanava corpulento, de pelo amarillo, se alejó caminando del poste; los otros fueron arrastrados, tirando de sus talones. Bononi, el siguiente en la línea esperaba.

Pero el oficial a caballo habló y los tres: Joel, Zhem y Bononi, fueron sacados del patio y metidos en la jaula de una de las carretas.

—¿Qué pasó? —preguntó en voz baja a Zhem.

Zhem se encogió de hombros y murmuró:

—No lo sé. Quizás algo bueno. Quizás algo peor que los azotes.

Bononi esperaba que le llevasen a los cuarteles. La carreta se detuvo ante el palacio del Pwez y se les ordenó que saliesen de la jaula. El capitán desmontó y, mientras dos guardias con espadas cortas mantenían a raya a los prisioneros, les condujo hacia una puerta lateral del gran edificio. Aquí aguardaron un rato en un despacho. Bononi aún no sabía qué sucedería. El capitán nuevamente anunció que había traído a los tres hombres salvajes como se le ordenó. Después de media hora, un oficial espléndidamente uniformado apareció y relevó al capitán de su misión. Les quitaron las esposas a los tres. Dos guardias de palacio sustituyeron a los feykhunt y el oficial les llevó a través de muchas habitaciones y subiendo tramos de escaleras. Se detuvo ante una puerta, al exterior de la cual había cuatro soldados con pleno armamento, y anunció que acababan de traer a los prisioneros. Uno de los soldados entró por la puerta y reapareció minutos más tarde.

—Apresuraos. Portaos bien —dijo—. El Usspika y el propio Pwez van a hablaros. No olvidéis inclinaros en cuanto se fijen en vosotros y no habléis a menos que se espere con claridad que así lo hagáis. Mala cosa es que no hayamos tenido tiempo de lavaros y quitaros la mugre de la prisión y el olor que lleváis encima antes de traeros aquí, pero no se pudo. No hubo más remedio. Ahora, seguidme y no tratéis de deshonraros.

Bononi no se sintió impresionado ni avergonzado; sentía arder en su interior la injusticia del juez. Además, aunque impresionaba la superioridad kaywo sobre los fiiniks en población, zona de soberanía y potencia militar, aún sentía que cualquier hombre llegado del desierto Eyzonuh era igual a tres individuos de otro país. Además, ¿qué clase de gente podía ser aquella que permitía que una mujer les gobernase? Eran grandes guerreros pero tenían en sí una tendencia afeminada.

Se le condujo a una habitación que era dos veces mayor que cualquier otra estancia de los fiiniks, y tan larga como la cueva del

consejo excavada en la roca de la Montaña Kemlbek. Había sólo cuatro personas en la enorme cámara, además del oficial y los tres prisioneros. Dos eran lanceros, en posición de firmes, cada uno al extremo de un escritorio curvado como una media luna. El mueble estaba hecho de alguna madera oscura, pulido, de un rojo profundo que Bononi no reconoció. Dos personas se sentaban tras él. En una silla colocada a nivel del suelo había un hombre muy arrugado y de pelo blanco, con rostro zorruno.

En otra silla, alzada en un estrado a varios palmos por encima de los otros asientos, se sentaba una mujer. Una mujer joven, muy hermosa, de piel morena, de pelo negro y ojos azules.

El oficial que dirigía a los tres se detuvo a unos seis pasos antes del escritorio y saludó llevándose el puño cerrado al pecho.

—¡Capitán Liy, Pwez! ¡Se presenta con tres hombres salvajes, como se lo ordenaron!

—Puede marcharse, capitán —dijo el Usspika con voz sorprendentemente profunda para el delgado cuello y el pecho hundido.

El capitán volvió a saludar, giró elegantemente y salió. Bononi se preguntó por qué el viejo y la mujer corrían el peligro de quedarse encerrados con tres hombres salvajes y sólo dos hombres para su defensa. Era verdad que el armamento de los centinelas era impresionante, y que en cambio los tres hombres salvajes no llevaban ninguna arma. Pero eran tres y si querían sacrificar a uno de ellos, podían acabar con la Pwez.

Bononi miró en su torno y vio que, muy alto, a lo largo de las paredes, había muchas aberturas estrechas. Sin duda, detrás de cada una de esas aberturas estaba en pie un arquero con una flecha preparada en la cuerda.

Trasladó su mirada de inspección a la Pwez Lezpet. ¡Vaya mujer! Hermosa, regia. Demostraba en cada movimiento, en cada aspecto de su porte, que procedía de una larga fila de hombres y mujeres acostumbrados a la limpieza y al poder, acostumbrados en cómo comportarse y dominarse. Llevaba su pelo largo peinado alto en la cabeza en un moño que ataba con una banda de plata. Una cadena de oro incrustada de diamantes le colgaba por el cuello largo y esbelto; su cuerpo curvo estaba abierto desde el cuello hasta abajo por un extraño tejido ligero, brillante y de azul pálido. La silla en la

que se reclinaba estaba cubierta por piel de jaguar. Bononi, al ver esto, adivinó que el comercio kaywo se extendía muy lejos hacia el sur, aunque quizás algún mercader vagabundo trajo esa muestra a Kaywo. Por su conversación con sus compañeros de cuartel sabía que el jaguar no era nativo de esa zona.

Lezpet, muy seria, le devolvió impertérrita su mirada. El Usspika tomó unos cuantos papeles de encima del escritorio. Los leyó despacio y dijo:

—Hace tiempo que sé que estáis en Kaywo. Tenía intención de traeros para que me dieseis informes; seamos francos, me había olvidado de vosotros. Hasta que estos documentos, pidiendo vuestro castigo, vinieron ayer a mi despacho, no me acordé de vuestra existencia.

El anciano se arrellanó miró con dureza a los tres y dijo después:

—Nos interesa vuestra historia porque puede tener importancia para el bienestar de Kaywo. Si eso es cierto, quizás no os condenemos a ninguna pena grave. Bueno, quizás no os asignemos unas obligaciones extrañas para vosotros.

Hubo silencio; los tres hombres salvajes recordaron la advertencia del capitán de no decir nada a menos que se les preguntase directamente.

La Pwez sonrió con ligereza. Alzó su mano y señaló con el dedo a Joel Vahndert.

—Tú —dijo con voz aterciopelada—, el más grande. Habla primero. Cuenta tu historia. Pero no te extiendas. ¿De dónde vienes? ¿Por qué estás aquí? ¿Cómo son tus paisanos? ¿En qué clase de tierra naciste? ¿Qué planeas en el futuro?

Joel, hablando con fluidez kaywo, pero con un acento peculiar, narró su historia. Dijo haber nacido al pie de la Montaña Kemlbek, en mitad del desierto Eyzonuh; de haberse hecho joven cazando conejos, coyotes, serpientes de cascabel, afilando brocas y bajo el sol quemante que le moldeaba a él y a sus compañeros de juegos. Habló de ataques hechos en las granjas limítrofes de los fiiniks por los mek desde el sur y los navajos desde el norte. Y de los ataques que hicieron sus mayores contra los mek y los navajos. Habló de los terremotos, de lava marchando suelta de los cráteres, salida de las entrañas de la tierra por las bocas de volcanes que se creían apagados y por el nacimiento de nuevos volcanes en las llanuras

planas. Habló de la costumbre de llevar a cada joven fiinik para mostrar su virilidad volviendo con una cabellera.

Y contó haberse encontrado a Bononi capturado por un grupo de navajos, matando a esos navajos, y libertando a Bononi. Sólo que entonces Bononi, a traición, le apuñaló y lo dejó por muerto.

Los ojos de Bononi se desorbitaron y su rostro llameó.

—¡Eso es mentira! —gritó—. ¡Está diciendo precisamente lo contrario de lo que pasó! ¡Yo fui quien le libertó y él me dejó para que muriese y…!

—¡Silencio! —ordenó el Usspika—. ¡No te han dicho que hables! ¡Hablarás cuando se te dé permiso!

—¡Pero es que él miente! —continuó gritando Bononi—. ¿Por qué se creen ustedes que yo le seguí hasta tan lejos? ¿Por qué se piensan que yo llegué hasta aquí? ¡Es la primera vez que cualquiera de Eyzounh ha llegado tan lejos en su sendero de guerra!

—¡Una palabra más y haré que te corten el cuello! —previno el Usspika—. ¡Una palabra más!

Bononi reprimió las acaloradas palabras que trataban de escapársele pues sabía que aquélla amenaza de muerte se cumpliría sin dilación. El anciano estaba preparado para levantar el brazo, para dar órdenes a los arqueros detrás de las estrechas ventanas de lo alto de las paredes para que disparasen.

—Así resulta mucho mejor —dijo el Usspika—. Me doy cuenta de que necesitas mucha más disciplina. Sin embargo, no esperamos que quien no es cuidado como nosotros, nacidos en Kaywo, se comporte de manera educada. Se te perdona mientras no repitas la ofensa. El Usspika dijo a Joel que continuase su historia desde el punto en que había sido interrumpido. Joel habló de haber matado a varios navajos, quitándoles las cabelleras y de continuar hacia el Este. En apariencia, había sufrido las mismas aventuras que Bononi. Sin embargo, llegó hasta el borde del desierto a oriente de la tierra navaja, pero no estaba seguro de si podría continuar. Luego, dijo, decidió que quería ver mundo y, al mismo tiempo hacer un gran servicio a su pueblo, por lo que cruzó el gran desierto y las grandes llanuras. Después de muchas peripecias, llegó a Kaywo. En la frontera se unió a varios comerciantes. Descubrió que no podía entrar en Kaywo a menos que fuese comerciante con prueba documental de su origen y comercio o de otro modo tenía que

unirse a la Legión Extranjera. Así que se hizo mercenario. En permiso de fin de semana entró en la taberna y fue atacado sin previo aviso por el hombre allí presente, que trató de matarle.

Hubo un silencio tras la historia. La Pwez y el Usspika miraron a Bononi durante largo rato, y con tanta dureza que éste se preguntó si ya le habían juzgado.

Finalmente, Jiwi Rohso, el Usspika, dijo:

—¿Qué tienes que decir en tu beneficio Rider? —pronunció Rider de una manera oscura con las «R» guturales.

Bononi contestó:

—La historia de mi paisano es cierta… hasta cierto punto. Pero fui yo quien le libertó del grupo guerrero navajo y él fue quien me dejó morir. No perecí, como pueden ver, sino que recuperé mi fuerza y seguí hasta el país navajo. No tanto para conseguir una cabellera navajo como para obtener la de él. Y…

—Dime, muchacho fiiniks —intervino la Pwez Lezpet—. ¿Es cierto lo que dijo Vahndert? ¿Que un joven en el sendero de guerra puede hacer lo que desea, incluso matar a otro hombre fiinik? ¿Que eso no le hace responsable? ¿Que, si tenía que matarte a ti, o tú a él, no sería ningún asesinato, sino una muerte legal?

—Es cierto, excelencia —contestó Bononi—. Y hemos sido enemigos durante mucho tiempo. Pero yo no puedo soportar que un fiiniks sea asesinado por un navajo. Le salvé, pero me pagó dejándome morir. Eso tampoco lo puedo perdonar. No es una hazaña propia de un guerrero; es la hazaña digna de un coyote rabioso.

—¿Y cruzaste el desierto y las llanuras para matarle? —preguntó la Pwez—. Tu odio debe de ser enorme, ¿no es así?

—Lo era. Pero también se me pidió que encontrase el Gran Río. Yo no creo que hubiese venido buscándolo de no haber deseado tanto matar a Joel Vahndert. Por otra parte, si no hubiese pensado en la necesidad que tiene nuestro pueblo de encontrar nueva tierra y, lo reconozco, la gloria que me comportaría si encontrase el Gran Río, no habría intentado seguir el rastro de ese coyote traidor.

Lezpet soltó una carcajada y dijo:

—Por lo menos, eres franco. Bueno, no tenemos todo el día libre. Nos quedan muchos otros asuntos que resolver, gobernando esta gran nación que, por ser la mayor del mundo, no es de fácil

gobierno. Ya has encontrado el Gran Río. Ahora, ¿qué harás? Cuando vuelvas al desierto Eyzonuh, si vuelves, no podrás decir a tu gente que deje el Valle del Sol y venga aquí, ¿verdad? ¿Acaso tu gente es lo bastante fuerte y lo suficiente estúpida para tratar de aniquilarnos? Serían barridos como el fuerte viento barre la pajuela que queda después de la cosecha de trigo.

—No, excelencia —contestó Bononi—. No podría decirles que viniesen aquí. Pero el Gran Río es muy largo y Kaywo gobierna una parte pequeña de él. Podríamos ir al sur e instalamos allí. O también ir hacia el norte.

La mujer sonrió y dijo:

—No podríais instalaros en el norte, porque el control Skego le domina. Las tribus salvajes de los Wiyzana y los Mngumwa y otras muchas viven a lo largo del sur del Sy, a partir de nuestras fronteras.

—Nosotros los echaríamos de allí —afirmó Bononi.

—Quizás. Pero días vendrían que tendríais que enfrentaros a los potentes ejércitos de Kaywo. Cuando hayamos ajustado las cuentas a los Skego, nos dirigiremos hacia el sur. No pronto, pero tampoco dentro de un futuro muy prolongado. ¿Y entonces qué?

—Aunque he estado recluido —dijo Bononi—, mantuve las orejas abiertas, y sé que Kaywo tomó a Senglwi a grandes costas y que conquistará a Jujú perdiendo la mitad de su Quinto Ejército. Y que ahora se enfrenta a una hazaña más formidable que Senglwi. Skego con sus aliados Skanava. ¿Quién sabe si Kaywo llegará a existir en un próximo futuro?

Lezpet contuvo el aliento y su tez se tomó pálida. El anciano, sin embargo, le sonrió.

—Eres un hombre bravo, fiinik. O un estúpido. O ambas cosas, o quizás lo bastante inteligente para conocer la verdad y decirla, confiando en la grandeza de la Pwez para que no se considerase ofendida.

»Si lo que dices es cierto Kaywo necesita ayuda en este momento. No es que seamos derrotados si no recibiésemos tal ayuda, porque Primero nos ha prometido que gobernaremos el mundo, pero somos prácticos y utilizaremos todas las colaboraciones que podamos conseguir. Después de todo, el Primero quizás te haya enviado aquí para que nos ayudes. Por eso hicimos

que vosotros, hombres salvajes, entraseis; para descubrir si podéis sernos útiles y, claro, si nosotros podemos ser útiles a vosotros.

Hubo otra vez silencio. Bononi y Joel no hablaban, porque ninguno de los kaywos había dado permiso, pero Bononi ardió de impaciencia y curiosidad. ¿Qué podrían necesitar ellos de seres como él?

—Si los Eyzonuh cruzasen el desierto y viniesen aquí —dijo el Usspika—, ¿cuántos combatientes podrían aportar?

—¿Eyzonuh? —preguntó Bononi—. ¿Toda la Confederación? Yo diría que ocho mil fiiniks, tres mil meysuh, medio centenar de flegtef. Pero no sé si toda la Confederación planea abandonar Eyzonuh. O si querrían venir aquí.

—Me parece que podríamos inducirles —dijo el Usspika—. Sé breve. Si los Eyzonuh cruzan su desierto y vienen, hombre, mujer, niño caballo perro y cuantas posesiones pueden transportar y juran lealtad a nosotros les daremos tierra propia para que sea suya siempre. Tendrán sus propios gobernantes y sus propias leyes.

—Puedo hablar —inquirió Bononi. La Pwez asintió y Bononi dijo:

—¿Dónde viviríamos si aceptásemos su oferta?

—En una tierra libre de terremotos y volcanes. Lejos del polvo seco y del sol quemante, en una tierra junto a un río ancho. Una tierra con un terreno rico y negro, no la arena y la roca que conocéis tan bien. Una tierra fresca y sombría con muchos árboles, llena de cerdos salvajes, de ciervos, de pavos.

—¿Al norte de Kaywo? —preguntó Bononi—. ¿A lo largo del río L'wan?
¿Entre vosotros y la amenaza de Skego?

El Usspika sonrió otra vez y dijo:

—No careces de inteligencia hombre salvaje. Sí, en el bosque de L'wan,
entre nosotros y los skego. Vosotros podríais constituir una especie de marca, un cuerpo de guardia. A cambio de esta tierra rica y apreciable, repeleríais cualquier intento de marchar sobre Kaywo. No solos, porque el poder de Kaywo estaría a vuestra disposición.

—¿Puedo hablar? —preguntó Zhem.

La Pwez asintió de nuevo y Zhem dijo:

—¿Y qué tengo yo que ver con estos dos del desierto? ¿Por qué

me encuentro aquí?

—Si puedes convencer a tu tribu que deje Mngumwa y viva en los límites sur de nuestra frontera, como lo harán los Eyzonuh al norte, podréis ayudamos contra los Jujú. Es cierto que diezmamos el ejército que nos enviaron en contra nuestra, pero sabemos que los jujú son muchos y que han formado una alianza con la nación blanca que queda al norte suyo: los Jinya. Están planeando enviar diversos ejércitos en nuestra contra, aun cuando vivamos a millares de kilómetros de distancia. Sospechamos que tras todo esto se mueven los skego, que esos skegos han advertido falsamente a esos dos que planeamos atacarles en cuanto conquistemos Skego.

»Se equivocan, claro. Pasarán algunos años antes de que estemos en situación para hacer la guerra con las otras naciones del sur.

Bononi no pudo evitar la idea de que los jinya y los jujú habían sido avisados, con verdadera previsión del futuro, de que debían guerrear ahora contra los kaywo en vez de luchar entre sí, y tratar de destrozar al enemigo poderoso antes de que fuese capaz de reforzarse y mientras éste se encontraba luchando por su supervivencia con los skego. Pero no dijo nada.

—Si crees que hay alguna posibilidad de que tu pueblo acepte nuestra oferta generosa, os enviaremos con nuestros embajadores a vuestros países. Los guiaréis. Cuando lleguéis a vuestras patrias hablaréis a nuestro favor. Les diréis el poder que posee Kaywo de cómo destrozaremos a los salvajes jujú y a los civilizados senglwi. Les diréis que tienen mucho que ganar y muy poco que perder.

Excepto nuestras vidas, pensó Bononi.

—Antes de iros —continuó el Usspika—, debéis pasar algún tiempo aprendiendo mejor nuestro idioma. No demasiado, porque no tenemos mucho disponible, pero sí lo bastante para que podáis hablar de nosotros a vuestra gente con autoridad. Y nuestros embajadores también tienen que aprender vuestro idioma. Claro que continuarán sus lecciones mientras cabalguen en compañía vuestra hacia los diversos países de vuestra procedencia.

»Ahora, ¿qué decís?

—¡Yo digo que sí! —exclamó Joel en voz alta—. ¡Estoy seguro de que mi gente aceptará vuestra oferta!

Después de eso, nada podía decir Bononi, porque él también pensaba que la oferta sería aceptada por su pueblo. En cualquier

caso, no se perdería nada transmitiendo los deseos de los kaywo.

No dijo que pensaba realmente que cuando los kaywo pudiesen ser sinceros, también representarían una situación peligrosa a los Eyzonuh.

—¡Bien! —exclamó Rohso—. Ahora, Zhem, ¿qué opinas tú?

—Creo que mi gente consideraría la idea. Pero yo no puedo llevársela hasta ellos.

Las cejas blancas del Usspika se alzaron y las oscuras de la Pwez se doblaron en un ceño.

—¿Por qué no? —preguntó ella con viveza.

—Me dejé hacer prisionero —dijo Zhem—. Caí en el deshonor eterno. Se me mataría nada más pusiese el pie dentro de las fronteras del territorio de mi tribu.

—¿Aun cuando fueses acompañado de muchos de nuestros soldados?

—Aún entonces.

—Te haremos ciudadano de Kaywo —dijo el Usspika—. Claro que tu pueblo no se atreverá a matar a uno de nuestro pueblo.

—Quizás —replicó Zhem—. Pero tendríais que explicar cuidadosamente lo que significa ser ciudadano de vuestra nación antes de que me viesen.

—Lo haremos, aunque, nos es necesario, en tu caso que te tengamos como guía, porque no tendríamos muchas dificultades en localizar a tu pueblo. Pero esos dos… —añadió señalando a Joel y a Bononi—, vienen de una tierra tan lejana que nunca tuvimos noticias de ella. Los necesitaremos para que nos muestren el camino y también para que actúen como intermediarios.

—¿Pueblo hablar? —preguntó Bononi. Viendo el asentimiento de la Pwez, continuó—: En nuestro camino hacia Fiinik, me gustaría investigar una extraña cosa que vi en las grandes llanuras. Es una casa grande, o un fuerte, o alguna especie de edificio, hecho de un metal plateado y sin costuras. Tiene la forma de la aguja y está habitado por una extraña gente. Es…

—¡Los hombres Peludos de las Estrellas!

Fue el Usspika quien murmuró aquellas palabras y se cogió al borde de la mesa con sus manos curvadas.

—¡El navío de los hombres Peludos de las Estrellas!

—¿Qué… quéeee? —exclamó Bononi.

El Usspika se volvió a sentar, y luego de recobrar el aliento y dejar de respirar con tantos jadeos, adoptó parte de su compostura y dijo:

—¿Acaso no sabéis de lo que estoy hablando?

—No —contestó Bononi.

El viejo pareció pensativo, pero no dio ninguna explicación. La Pwez, cuyo rostro se vio iluminado ante la descripción de Bononi del edificio de metal, pero que había mantenido más control sobre sí misma, anunció:

—Eso lo discutiremos más tarde. No es que no nos interese, pero debemos ocupamos de cada cosa a su tiempo. Primero, resolver un problema; luego, abordar los demás.

»Ahora mi honorable tío quizás os haya dado la impresión de que los dos fiiniks fueseis enviados como portadores de nuestra oferta. Pero él no quería indicar esto, estoy segura.

Bononi vio como los ojos del Usspika parpadeaban en dirección a ella y estaba seguro de que precisamente ésa era la impresión que trató de causar el anciano. Pero la Pwez no quería que ellos pensasen que estaba pasando por encima de lo dispuesto por su tío. Que el Usspika no objetase, demostró a Bononi quien gobernaba; ella, pese a ser mujer y joven. También le indicó que probablemente dependía de la sabiduría del anciano y de su consejo y que tampoco deseaba ofenderle abiertamente actuando de madera autócrata. No obstante, cuando tomaba una decisión, la seguía hasta el final.

—Uno de vosotros miente —dijo ella—. Uno de vosotros es traicionero, indigno de confianza. No queremos enviar a un hombre de esa clase para que sea nuestro abogado, porque nos traicionaría a la primera oportunidad que se le presentase para mejorar él mismo. Por tanto, debemos determinar quién dice la verdad y quién miente. El embustero morirá, porque se ha atrevido a mentir a la Pwez, que es lo mismo que mentir al pueblo de Kaywo y al Dios de Kaywo.

Hizo una pausa y Bononi notó cómo gotas de sudor le caían por los sobacos y por las costillas. Conocía bastante las costumbres de esta región para saber que incluso el demostrar su inocencia sería difícil. Además, ¿cómo podrían él o Joel demostrar algo? No había testigos de la traición de Joel.

El Usspika dijo:

—Si mi amada sobrina y reverenciada superior quiere oír a un viejo en privado, quizás aprenda en poco tiempo a determinar quién es el culpable. Y no será preciso sufrir un largo y quizás infructífero intento de arrancarles la verdad a esos dos. Ambos parecen tan duros como la piel de las suelas de sus pies. Morirían y quizás nos quedásemos sin guía. Incluso si uno sobrevivía, podría odiaros tanto a causa de la prueba, que nunca podríamos fiarnos de él. Si se me perdona por la intromisión, puedo aclarar esto en breve tiempo.

—Desde que era una niña escuché yo a mi tío —dijo Lezpet—. No estoy ofendida.

Habló a los tres que estaban plantados ante ella.

—Podéis iros a los apartamentos que se os han preparado, pues esperábamos que aceptaríais nuestra propuesta.

Seríamos locos si no lo hiciésemos, se dijo Bononi. Probablemente locos de escasa vida. Más muertos que…

—Me imagino que tendréis hambre después de vuestros días de prisión —dijo ella sonriendo brevemente—. Se os irá a recogeros a vuestra habitación y se os proporcionará lo que deseéis. Mañana comenzaremos un adiestramiento intensivo. Dentro de dos semanas sabréis lo bastante para hablar en nuestro favor. Es decir… —añadió—, dos seréis nuestros invitados… uno quedará libre de nuestros asuntos. O, mejor dicho, de los suyos propios.

Bononi comenzó a sudar todavía más. Sabía que ella, como la mayor parte de su raza, era cruel. Era mucho mejor prescindir de la angustia dentro de pocos minutos, como había dicho el Usspika, de ser torturado con la incertidumbre toda la noche. Y ella era capaz de hablar con tanta tranquilidad de la posibilidad de quitarles la vida, que resultaba inconcebible. No podía imaginar a Debra, suave y amable, hablando de tal modo.

Minutos más tarde, Bononi y Zhem se encontraban dentro de un conjunto de habitaciones que serían, por lo menos para uno de ellos, domicilio permanente durante las siguientes dos semanas. Joel fue conducido a otro lugar contiguo al de los dos amigos. En apariencia, la Pwez y quien ordenó su alojamiento había decidido que lo más prudente sería mantener a los dos fiiniks separados. De otro modo, quizás uno hubiera muerto antes de que cayese la noche o amaneciera.

XI

Bononi y Zhem estuvieron solos hasta pasado algún tiempo. Dos esclavas les lavaron las manos y caras, tal y como requería la costumbre religiosa kaywo, antes de que se sentasen a la mesa. Luego, otras dos chicas les sirvieron la comida. Y Zhem, hambriento por lo poco y mal alimento durante su estancia en la prisión, comió como un descosido. Bebió también mucho del vino que se le ofreció, de modo que no pasó casi un minuto después de comer cuando se quedó dormido sentado en la silla, hablando con Bononi.

Bononi no comió tanto como su compañero, porque desde la infancia se le enseñó que era una ofensa contra sí mismo y contra su Dios atiborrarse la panza. Un hombre no podía ser rápido y gordo a la vez. Además, nunca hubo abundancia de comida en el Valle del Sol; la necesidad había convertido a la moderación en virtud. Vagó por las habitaciones, inspeccionando los muebles. El conjunto se componía de tres grandes cámaras. La antesala y dos dormitorios. Las paredes de piedra quedaban ocultas por cortinajes escarlata y dorados, los suelos tapados por espesas alfombras en el que aparecían escenas de la primera historia de Kaywo y los muebles eran de una madera de denso grano pardo oscuro que debió ser importada de algún lugar del sur.

La cosa más interesante, para Bononi, eran las ventanillas. Altas y estrechas, con suficiente anchura para que un hombre se deslizase de costado de no prohibirlo los dos barrotes de hierro que impedían el paso.

Bononi acabó su inspección poco antes de que regresasen más esclavos con una bañera portátil de madera y muchos cubos de agua. Para alivio de Bononi, eran esclavos varones, no chicas. No le gustaba la idea de que le bañasen los hombres, pero menos le

agradaba el verse frotado por las mujeres. Más tarde descubrió que algunos de los machos
kell'wiy
eran bañados por mujeres, pero que esa costumbre era nueva, no muy extendida. En palacio, gobernado por la rígida moralidad de los aristócratas del viejo estilo, tal cosa hubiese sido improcedente.

Zhem fue despertado y bañado; Bononi hizo lo propio y recibió ropas limpias. Le peinaron el largo cabello que le caía hasta los hombros y se lo afeitaron; luego llegaron los nuevos tutores, hombres que les enseñarían mejor el idioma kaywo, y el origen y el desarrollo de la nación, la religión y el destino de Kaywo, que debía ser glorioso.

Una hora antes de cenar, sus tutores se fueron. Necesitando ejercicio, preguntaron los dos amigos a los guardianes delante su puerta si podían descender al patio. Les llevaron a la planta baja y en un recinto cerrado en torno del palacio; allí los dos practicaron con espadas sin filo y con escudos hasta que apenas podían alzar las armas. Luego lucharon a tres caídas. Bononi ganó por dos, pero perdió la tercera. Jadeando, sudorosos, pero sintiéndose estupendamente regresaron a sus habitaciones se volvieron a bañar y comieron. Zhem repitió su festín del mediodía y bebió hasta quedarse otra vez dormido. Bononi le llevó y lo dejó en su cama. Zhem se dejó poner en el lecho y roncaba mucho antes de que Bononi llegase a su propio cuarto.

Bononi tomó un libro que dejó uno de los tutores y se sentó bajo la lámpara de aceite para leerlo. O intentó hacerlo, porque el alfabeto kaywo difería bastante de los fiiniks y el vocabulario utilizado por el tutor se basaba en el dialecto literario, la forma de kaywo que había dejado de hablarse hacía cien años, excepto en la Uss a Spika (House of Speakers - Cámara de los Oradores) y durante las ceremonias religiosas públicas.

Después de luchar durante una hora, se dio cuenta de que sólo podría leer con ayuda de un kaywo educado. Así que, levantándose, se comió una manzana del gran frutero de la mesa y se fue a la cama. Pero no pudo dormir. Estaba demasiado preocupado acerca de lo que podía ocurrirles a los eyzonuh si aceptaban la oferta de Kaywo de convertirse en marca, en cuerpo de guardia fronterizo.

Primero, estaba el problema de la emigración de toda la nación

a través del cruel desierto y de las amplias praderas. Una cosa era que un hombre solo o que un grupito de guerreros atravesaran aquellos peligros; se podía atravesar rápidamente sin llamar mucho la atención. Pero toda una nación, con niños pequeños y mujeres, con sus perros y gatos, su ganado y aves de corral, sus carretas, sus ropas y muebles, y cuando necesitaban para el éxodo… Iba a ser una epopeya.

Tendrían que marchar muy despacio acompasando su velocidad a la marcha más lenta de las carretas. Luego, tendrían que abrirse paso luchando para salir del Valle del Sol, porque estaba seguro de que los navajos se enterarían de esta gran emigración y reunirían todas sus fuerzas para atacar. Después de batallar contra los navajos, atravesar el desierto entre las montañas eyzonuh y las grandes llanuras sería el siguiente paso. Necesitarían mucha agua que llevar consigo para cruzar. Y se verían acosados por los navajos. Posiblemente, por jinetes de los Deseret al norte. Luego, después de llegar a las llanuras, hallarían no sabía qué clase de peligros. No pensaba en los leones y en los perros salvajes, que en su opinión no resultaban un peligro demasiado excesivo; la presencia de tanta gente les haría huir, aunque, sería muy probable de que tratasen de atacar a cualquiera que se separase del grupo principal. Pero hay muchas tribus nómadas en las llanuras; había visto las bastantes para asustarse. La noticia de esa gran masa moviéndose hacia el norte llegaría a oídos de los salvajes que vivían a lo largo de su ruta.

Pero si los eyzonuh sobrevivían a todos los peligros, ¿qué ocurriría? ¿No encontrarían más peligros que en su propia tierra surcada por volcanes y sacudida por los terremotos? ¿No había una posibilidad más fuerte de que se viesen aplastados en la guerra con los skego y kaywo? ¿No serían exterminados, o, peor, hechos esclavos? Sí los eyzonuh podían luchar, harían que sus conquistadores pagasen su osadía duramente. Pero era preciso ser realista. Si la tierra de los skego estaba tan densamente poblada como la de los kaywo y si, además, teniendo una horda de aliados que convocar, los skego podrían abrumar a los eyzonuh aunque sólo fuese por el número.

Los kaywo debían saberlo. Podían esperárselo. Momentáneamente querían sacrificar a los eyzonuh esperando que

la gente del desierto contuviese a los hombres de los Mares del Norte lo bastante para que Kaywo reconstruyese su fortaleza, esperando también que los eyzonuh causaran tales pérdidas a los skego que éstos quedasen debilitados.

Pero, supongamos, ¿y si los kaywo apoyaban a los eyzonuh para que repeliesen a los skego? ¿Y si los kaywo llegaban incluso a ganar la guerra? ¿Qué pasaría?

Si venía la paz, si los eyzonuh se instalaban en las ricas tierras negras a lo largo del río
L'wan,
si construían pueblos, cultivaban cosechas, se multiplicaban, si se hacían ricos en comida y mercancías comerciales, ¿qué ocurriría? Al sur de ellos, y cerca, estaría su poderoso amo Kaywo. Las fronteras de Kaywo, con su población creciendo rápidamente avanzarían hacia el norte, tocarían incluso la marca de los eyzonuh y esa nación, con una civilización superior y mayor número de habitantes, influiría en Eyzonuh. Las costumbres kaywo y el idioma serían admirados y adoptados. La religión actuaría en los jóvenes eyzonuh. Al cabo de una generación o dos, Eyzonuh sería, en todo, menos en su nombre, Kaywo. Y el siguiente paso sería dar a los eyzonuh la ciudadanía de Kaywo.

O, lo más probable, si los eyzonuh fueran tozudos y resistieran todas esas influencias, manteniendo con tesón sus estúpidas costumbre y cultura, ¿qué ocurriría? Una vez pasado el peligro de Skego, la gratitud de los kaywo duraría menos que la nieve de primavera bajo el sol de mediodía. Sería fácil buscar un motivo de disputa, marchar contra Eyzonuh, aplastándoles, esclavizándoles para añadirlos a la riqueza de Kaywo. Y enviar a sus propios ciudadanos a vivir en el
L'wan.

Bononi se agitó y dio vueltas en la cama durante mucho rato antes de dormirse finalmente… Sus últimos pensamientos fueron que prevendría a su pueblo contra la oferta. Emigrar sí, pero no a
L'wan.
Podrían ir a cualquier otra parte; el mundo era grande y tenía muchas tierras estupendas. Claro, su negativa a ceder a la petición de Kaywo, les significaría ser clasificados de enemigos, pero Kaywo no sobreviviría a la guerra de Skego, probablemente. Pero si lo

lograban estarían demasiado atareados lamiéndose las heridas durante largo tiempo para prestar atención a los eyzonuh. Especialmente si ni siquiera sabían dónde se encontraban los eyzonuh.

Se sumió en un sueño que no era tan profundo que le impidiese soñar en Debra Awvrez. Pero el rostro de Debra se fundía, se convertía en el de Lezpet.

—Veamos… —decía ella. Y nunca terminaba. Le despertaron gritos y el clamor del entrechocar de acero contra acero.

Bononi saltó de la cama y corrió desde el dormitorio hasta la puerta de la antesala. Alzó el picaporte que permitía abrirse la puerta hacia dentro y encontró que la hoja no se movía. Evidentemente, la barra del exterior había sido colocada en sus soportes de la pared para cerrar la puerta.

Apretó el oído contra la gruesa madera para oír la conmoción en el corredor, distinguiendo voces, captando unas cuantas palabras aquí y allá. El sonido de la espada contra espada ahogaba la mayor parte del estrépito.

Tras él, Zhem dijo:

—¿Qué… qué ocurre?

Bononi se volvió para verle plantado muy cerca, el rostro mostrando huellas de sueño, los ojos enrojecidos.

—No lo sé —dijo—. Pero hay tal batalla dentro de palacio que sólo puede significar una cosa: traición, un intento de asesinar a la Pwez. O quizás agentes de Skego que lograron abrirse paso y tratan de matarla.

Zhem estiró las manos ante Bononi.

—Estamos desarmados y las ventanas tienen barrotes. ¿Qué podemos hacer?

—No estoy seguro si tendríamos que hacer algo aunque pudiésemos —contestó Bononi—. Sin embargo, aceptamos la hospitalidad de la Pwez, estamos bajo su techo, comiendo su comida.

—¿Has olvidado que pudo habernos matado esta misma mañana? —preguntó Zhem—. Tú eres su prisionero, no su invitado.

—Si esto es un intento de asesinato —dijo Bononi—. Si los skego están detrás de todo esto, tampoco querrán que ninguno de nosotros viva. No les importará que llevemos la oferta de la Pwez a nuestro

pueblo Así, pues, probablemente nos matarán.

»Además, si luchamos por la Pwez, demostraremos que somos dignos de confianza.

—No puedes esperar gratitud por parte de ella —afirmó Zhem.

—Haré lo que pueda por ganarme su aprecio —dijo Bononi—. Si me recompensan con la hoja de la espada del verdugo, moriré después de haber obrado bien.

—El obrar bien no sirve de nada a un cadáver —dijo Zhem—. Eres un hombre muy duro, Bononi; naciste en un lugar extraño y tosco, de gente también extraña y tosca.

—Haz lo que quieras —determinó Bononi—. Voy a salir de aquí y unirme a la pelea.

Caminó hasta el extremo del pasillo entre los dos dormitorios, apartó a un lado las pesadas cortinas y miró por la ventana del extremo. Los dos barrotes que le cruzaban eran dos veces más gruesos que su pulgar y el final de cada uno estaba enterrado profundamente en las masivas piedras que formaban la abertura.

—¿Qué podrías hacer si pudieses quitar los barrotes? —preguntó Zhem, que le había seguido en silencio y tan cerca como una sombra.

Bononi asomó la cabeza apoyándola contra los barrotes y miró a los lados todo lo más lejos que pudo. El cielo nocturno estaba sin nubes y la media luna alta. Vio que el largo palacio en que se encontraban se unía a otra ala a su izquierda en un ángulo menor de cuarenta y cinco grados. Mirando hacia adelante pudo ver antorchas y lámparas iluminando muchas de las altas y estrechas ventanas. Bajo las ventanas pasaba una cornisa estrecha casi por toda su longitud. Pero se detenía a unos tres metros antes de la ventana más próxima a la unión de las dos alas.

—Quizás tú no comprobaste nuestra situación desde el momento en que entramos en palacio —dijo—. Pero yo sí. Y estoy seguro de que las habitaciones de la Pwez se encuentran en las esquinas entre esas ventanas. Y, aun cuando no pueda verlas, sigo convencido de que la cornisa que pasa bajo nuestras ventanas es la misma que va directamente a esa zona.

Debajo de él sonaba el entrechocar de las espadas y los escudos y los gritos de los hombres que combatían y los alaridos de los heridos y moribundos.

—¿Y qué? —preguntó Zhem.

—¿Me ayudarías a quitar los barrotes?

Sin decir palabra, Zhem cogió uno de los hierros por su centro. Bononi agarró la misma barra y apoyaron los pies en el borde de la ventana. Poco, muy poco a poco, el barrote comenzó a doblarse.

—Somos más fuertes de lo que me imaginé —dijo Zhem, jadeando—. Más fuertes que el acero kaywo.

—Ahorra las palabras —dijo Bononi y tiró hasta que sus músculos le dolieron y le pareció que la espalda se le rompía. Cuatro veces Zhem y él tuvieron que dejarlo y apoyarse a la pared para recobrar el aliento. Pero, cada ocasión que volvía, el garrote se curvaba más, como el arco de un arquero. Y, como se imaginaban, en el momento que pensaban abandonar por quinta vez, los dos extremos del hierro salieron de sus casillas de piedra y la pareja de amigos cayó de espaldas en el suelo alfombrado.

Bononi no descansó sino que trepó por la ventana y trató de pasar su cuerpo entre la piedra y el otro barrote.

—Es inútil —dijo gruñendo—. Hemos de sacar también el barrote restante.

—Me parece que ya no me queda fuerza para enderezarme siquiera —jadeó Zhem. Pero se levantó, cogió el hierro y dobló otra vez su hombro.

En esta ocasión necesitaron seis descansos. Por último el barrote, rechinando en sus extremos salió de su sitio como disparado y volvieron a caer de nuevo en la alfombra.

Bononi deseaba descansar, pero no pudo. Se asomó por la ventana y vio que su deducción era cierta. A un metro más abajo pasaba una cornisa de piedra de unos cinco centímetros de anchura.

—No es mucho, pero servirá —dijo.

—¿Luego qué harás? —preguntó Zhem desde el suelo.

—Yo no sé lo que harás tú, pero yo iré a ayudar a la Pwez —repuso Bononi—. Es una cosa lógica que si lo que oímos es un intento de asesinato, los asesinos traten de llegar a las habitaciones de la Pwez. Quizá ya esté muerta. Quizás llegue demasiado tarde. Debo intentarlo. No puedo pasar por la puerta. Nunca lograríamos derribarla Y si llegásemos al pasillo, quizás nos atajen. Pero si penetramos por la ventana de la Pwez…

Zhem se quedó boquiabierto y se puso de pie de un salto.

—¿Estás loco? ¿Cómo vamos a poderlo hacer?

Bononi, advirtiendo el uso del plural, sonrió ligeramente.

—Yo no sé si lo lograremos, pero sí que podemos intentarlo. Somos fuertes como toros, Zhem; lo hemos demostrado al arrancar esos barrotes. Ahora veamos si somos capaces de caminar como un gato. Y luego volar como un pájaro.

—Ve tú primero, hermano de sangre. No es que tenga miedo; es que si llegase primero no sabría lo que hacer.

XII

Bononi pasó de lado por la abertura de la ventana, sacando el pie y tentando hasta encontrar la cornisa. Nada más tocó la piedra de ella, trasladó su peso de una pierna a la otra y se cogió con las puntas de los dedos al borde de la ventana, tanteando el camino para no caer. Apretándose contra la parte exterior del nudo, el lado izquierdo de su cara apretado contra la fachada, ambas manos fuera y sólo sujeto por el débil punto de apoyo de las yemas de los dedos, comenzó a avanzar por la cornisa como un cangrejo. Fue un trabajo lento, pesado. A pesar de la gelidez del viento nocturno invernal, sudaba. Sólo los dedos de los pies y parte de las plantas se apoyaban en la cornisa. El resto de los pies sobresalía en el aire. Era una caída de cinco pisos hasta estrellarse en la superficie pétrea del suelo.

Zhem, también en la comisa, murmuraba extraños nombres para sí, indudablemente invocando a sus dioses o canturreando alguna fórmula para pedir la protección divina.

Le pareció que pasó mucho tiempo antes de notar el final de la cornisa. Pero supo que no debían de haber transcurrido ni cinco minutos. No se atrevió a detenerse, aun cuando ahora se preguntaba si no había sido un estúpido al correr tal riesgo. Se había enfriado parte de su cálida impulsividad; lo que le había parecido fácil, aunque atrevido, ahora lo consideraba alocado.

Quizás, de no haberle acompañado Zhem, hubiera regresado. Pero nunca podía hacerlo cuando otro hombre le miraba. Especialmente su hermano de sangre.

Al final de la cornisa tenía que darse la vuelta y que su espalda se apoyase en la pared y que sus talones fueran la única parte de los pies que le sostuvieran. No se podía efectuar esta maniobra

rápidamente, por el peligro de perder el equilibrio, que era muy fuerte. Vio que se había precipitado al obrar, que hubiera sido mejor que lo planease antes. De hacerlo así, habría salido por la ventana cara hacia el exterior y marchado por la cornisa de espaldas a la pared. De este modo, sin embargo, habría estado mirando hacia afuera y hacia abajo, y quedado en posición para el siguiente paso de su plan.

Ahora tenía que darse la vuelta.

Maldiciéndose por ser un estúpido, comenzó la lenta tarea. Se quedó plantado sobre las puntas de los dedos de su pie derecho, mientras alzaba el izquierdo. Despacio, apretando su cuerpo contra la pared para prevenir la pérdida del equilibrio, pasó su pierna izquierda tras de sí y alrededor de su otra pierna. Cuando notó la cornisa bajo el pie, lo bajó hasta que descansó con firmeza contra el lado derecho de su pie derecho también. Luego inició el lento y agonizante giro. No había manera de eludirlo; tenía que retorcerse para que la masa de su cuerpo quedase sostenida por el aire prácticamente y perdiera la mayor parte de su contacto con la pared.

Lo hizo. Al realizarlo, vio que Zhem no esperaba sino que efectuaba la misma maniobra.

Zhem sonrió y dijo:

—Si caemos, espero que lo hagamos sobre uno de esos beystuh de abajo. No sería una muerte totalmente desaprovechada.

Bononi no respondió, sino que continuó girando. Cuando hubo llegado al punto en donde su pie izquierdo podía darse la vuelta, en donde los dedos podían efectuar el relevo de la tarea de soportar el peso hasta los tacones, avanzó el pie derecho en ángulo paralelo a la pared. Luego alzó lo máximo el brazo diestro, la palma apretando contra la piedra, girando sobre la pierna izquierda.

Y giró sobre el pie derecho, retorció el cuerpo y ambos talones estuvieron en la cornisa y se encontró con la espalda contra la fachada.

Miró a su derecha, a Zhem.

—Todo bien, estupendo —susurró.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Zhem.

Bononi miró a través de la brecha a la fachada del ala opuesta a la suya. Veía directamente por una ventana. Estaba al final de un

vestíbulo, mucho más amplio que el de sus propias habitaciones, y más largo. Conducía a una habitación muy iluminada. Tres o cuatro mujeres estaban plantadas en la pared extrema, junto a una enorme puerta. Todas las mujeres llevaban o una espada o una lanza.

Lezpet apareció desde el lado derecho y empuñaba un florete con una mano mientras que en la otra tenía un pequeño escudo redondo. Llevaba casco y una coraza.

—Todavía no han entrado —dijo Bononi a Zhem—. Quizás no logren hacerlo. Por el modo que actúan las mujeres, diría que deben de estar ahora golpeando la puerta.

—¿Y cómo vamos a cruzar? —preguntó Zhem—. Y, si lo hacemos, ¿cómo arrancaremos los barrotes?

—Iremos por pasos —replicó Bononi—. Cada cosa a su tiempo.

Midió a ojo la distancia desde la cornisa a la ventana opuesta. Un poco más de dos metros; al alcance de sus facultades si estuviera en tierra firme y saltara para batir una marca. Pero aquí, a cinco pisos de altura, con sólo la piedra como punto de apoyo y los barrotes de la ventana como asidero, sin poder efectuar un segundo salto si fallaba o resbalaba en el primero…

Se levantó todo lo más que pudo, colocándose de puntillas, los talones contra la piedra y a mayor altura que las puntas de los dedos; dobló las piernas y se apoyó empujándose en la piedra. Salió disparado hacia fuera, los ojos fijos en los barrotes de hierro, las manos extendidas delante suyo. Su derecha se cerró en un barrote. La izquierda falló. El cuerpo se estrelló contra la pared, dejándole sin aliento.

Frenéticamente agitó la izquierda arañando la piedra; luego la cerró en torno al mismo barrote que se agarraba su mano derecha y se quedó colgando al exterior de la ventana.

Tenía los brazos rígidamente extendidos ante él y aguantando el peso de su cuerpo. Los barrotes, muy adentro en la ventana, estaban lo suficientemente lejos para que el borde del alféizar se le clavase en el pecho bajo los sobacos. Dos o tres centímetros más de profundidad y no hubiera podido agarrarse al barrote. Ahora está allí, colgando sin soporte para sus pies.

Durante un largo minuto no hizo el menor esfuerzo, no hizo nada excepto recuperar aliento y fortaleza. Luego, flexionando los brazos, se aupó al borde de la ventana a pulso. Una vez que estuvo

dentro, soltó el barrote y comenzó a temblar.

Pero no tenía tiempo para disfrutar de los efectos posteriores. Podía oír los profundos golpes de algo duro y pesado proyectado contra la puerta de las habitaciones de la Pwez. La puerta aguantaba, pero cada vez que el ariete o lo que fuere chocaba contra los paneles de madera, éstos se curvaban hacia dentro. Unos pocos más de esos golpes y la gran barra que mantenía en el lugar las hojas de la puerta, se rompería, permitiendo el paso a los atacantes.

—Salta, Zhem —dijo Bononi—. Yo te subiré hasta el barrote con una mano mientras me sujeto con la otra.

Los dientes de Zhem brillaron a la luz de la luna mientras sonreía con fanfarronería, o con miedo, porque pensaba que podía hacerlo. Con los brazos se dio impulso en el borde de la cornisa y en la pared, y saltó.

Sus manos no habrían podido cogerse al barrote; no tenía brazos tan largos como Bononi.

La mano libre de Bononi cogió el brazo izquierdo de Zhem y tiró hacia adelante y hacia arriba sobre el borde de la ventana. Tiró con tanta fuerza, que las manos de Zhem chocaron contra el barrote y se despellejó parte de la cara y del pecho. Bononi le izó y Zhem se plantó junto a su amigo dentro de la cavidad formada por el marco de la ventana. Por fortuna, era éste mayor que el de sus habitaciones; tenía espacio para estar de pie; uno cara a otro, las narices casi tocándose.

—Ahora, hermano mayor del gato y del pájaro —dijo Zhem—, ¿qué hacemos?

Bononi no respondió, sino que gritó a través de la ventana. Su voz debió llegar al vestíbulo por encima del estampido del ariete contra la puerta, porque todas las mujeres giraron y miraron en su dirección.

La Pwez Lezpet vino corriendo, el florete extendido ante sí. Detrás se acercó una mujer que levantaba una antorcha que sacó de uno de los ganchos de la pared de la antesala.

—¡Tú! —gritó Lezpet, viendo el rostro de Bononi a la luz—. ¿También vienes a matarme?

—No —contestó Bononi—. Ni siquiera sabemos quién trata de matarte. Oímos el ruido, e imaginamos lo que debía ocurrir. Pero

no podíamos salir por nuestra puerta, así que salimos por la ventana.

Los ojos de Lezpet se desorbitaron todavía más.

—¿Saltaste hasta mi ventana?

—Sí; déjanos entrar.

—¿Arriesgaste la vida por ayudarme? —repitió despacio, como si no pudiese creerle.

—¿No puedes, con ayuda de tus servidores, arrancar los barrotes? —inquirió Bononi—. Necesitarás dentro de un momento dos buenos combatientes.

—Puede que sea una treta —apuntó la mujer de la antorcha—. ¿Cómo sabéis que no han sido contratados por los Verdes o los skego?

—No lo sé —dijo Lezpet—. Pero si son asesinos, ¿por qué van desarmados?

Bononi pensó que ella no tenía pánico, sino que razonaba con frialdad.

—Hemos arriesgado nuestras vidas, excelencia —dijo—. No desperdicies ese riesgo y echéis a perder nuestras vidas y las vuestras.

—Creo que es un truco —dijo la otra mujer—. Que se queden ahí; mientras estén fuera de los barrotes, no nos pueden hacer daño. Aun cuando quieran ayudarnos, no tenemos tiempo ni fuerza para quitar los barrotes. Después de todo, son sólo dos hombres salvajes.

—Si han saltado desde la otra ventana para ayudarme —apuntó Lezpet—, son algo más que simples hombres salvajes.

—No tienes mucho tiempo —indicó Bononi, señalando hacia el vestíbulo.

—Pero carecemos de fuerza para arrancar los barrotes —repuso Lezpet.

Como toda respuesta, Bononi cogió uno de los barrotes con ambas manos y rápidamente fue imitado por Zhem. Con una fuerza que nunca imaginaron poseer, pero indudablemente fortalecidos sus músculos por el miedo a la muerte, doblaron el barrote. En esta ocasión no fue necesario arrancar el hierro de sus encastraduras. Lograron, a costa de perder parte de la piel, pasar entre el barrote y la pared lateral de la ventana.

Zhem y Bononi apartaron a las dos mujeres y corrieron pasillo

abajo hasta la antesala. Aquello era una tremenda cámara con una enorme chimenea a un lado. A los dos costados de la chimenea, en panoplias colgadas de la pared, había muchas armas, trofeos de victorias.

Bononi tomó un arco corto hecho de dos cuernos de cornilargo unidos y un carcaj lleno de flechas. También se colocó un cinturón con funda, quitó la larga espada que contenía y colocó en su lugar una más corta.

—No hay tiempo ni espacio para esgrimir una espada ancha y larga en esta zona de palacio —dijo.

Zhem, aunque armado con arco y flechas y espada, cogió con una mano cinco jabalinas. Bajó las armas mientras Bononi ordenaba que ayudase a las mujeres a amontonar muebles junto a la puerta.

Los golpes del exterior estaban haciendo su efecto; de pronto apareció una rendija en la barra que aguantaba la puerta; ya los paneles estaban destrozados, pero aún resistían.

—Venid conmigo —dijo Bononi y se retiró al pasillo. Aquí él y Zhem desaparecieron en la oscuridad y colocaron flechas en sus arcos.

A una orden de Bononi le siguió al extremo del pasillo y corrió las cortinas, tapando la ventana.

—No podrán vernos en la oscuridad —dijo Bononi—. Por lo menos al principio. —Llamó a la Pwez—. Ponte a un lado. Cuando la puerta se abra y entren, arrójales lanzas. Tú —dijo dirigiéndose a la mujer que discutió la procedencia de dejarles entrar—, toma esa lámpara y vierte el petróleo a través del suelo entre la puerta y la barricada.

Ordenó a las otras mujeres que hiciesen lo mismo, y cuando hubieron terminado dijo:

—Cuando entren, arrojad una antorcha al petróleo. Había un gran griterío en el exterior; el estrépito aumentó cuando el ariete logró destrozar la puerta. Bruscamente la barra transversal se partió por medio y los hombres que llevaban el ariete, una gruesa viga de madera, cayeron en la habitación.

Al mismo tiempo, una mujer arrojó la antorcha en el petróleo y las llamas y el humo les rodearon.

Gritaron y se pusieron de pie de un salto y brincaron hasta lo alto de la barricada formada por los muebles amontonados. Algunos

ardían, con sus capas verdes y sus faldillinas en llamas.

Bononi y Zhem dispararon sus primeras flechas, apuntando tal y como planeaba Bononi. Él disparó al del extremo izquierda; Zhem, al de la derecha. Ambas flechas dieron en el blanco, atravesando el corpiño de malla en forma de corselete y penetrando en la carne. El individuo elegido por Bononi cayó hacia atrás dentro del fuego. La víctima de Zhem giró en redondo y derribó al hombre de su lado, haciéndole caer a las llamas.

Lezpet arrojó una jabalina y pilló un hombre en la región sin protección de su cuello, entre casco y corselete. Dos jabalinas dieron en sus blancos, aunque sólo una produjo heridas.

Bononi y Zhem volvieron a disparar y otros dos hombres cayeron. El florete de Lezpet salió como una lengua de lagarto y se introdujo en el ojo de un hombre hasta llegar al cerebro. Cayó, arrancando el acero de manos de ella.

Pero los hombres detrás de los caídos eran valientes y decididos. Llegaban desde el pasillo exterior, atravesaron el fuego y se arrojaron sobre la barricada. Bononi y Zhem dispararon por tercera vez. La flecha de Bononi falló y se clavó en la madera de la jamba de la puerta. La de Zhem atravesó una malla y entró en el cuerpo de un hombre.

Luego, viendo que tenían tantas posibilidades de acertar a una de las mujeres como a los atacantes, Bononi y Zhem dejaron caer sus arcos, empuñaron una jabalina y se unieron a la pelea.

Bononi se lanzó contra un hombre que esgrimía una espada corta y metió la punta de la jabalina en la garganta del individuo. Otro atacante le lanzó un tajo; Bononi interpuso su jabalina y la espada cortó la madera del mástil.

Bononi lanzó el pedazo que tenía en las manos a la cara del hombre, desenfundó su espada corta y la clavó en él. Su espada rozó contra la hoja de arma enemiga y quedó contenida por el faldellín. Bononi retrocedió, y al hacerlo el borde afilado de su arma alcanzó la mano del individuo. Con los tendones cortados, la diestra dejó caer su espada. Bononi dio un tajo al cuello del individuo.

Dos hombres saltaron sobre Bononi y tuvo que retirarse. Uno de los individuos cayó, la punta roja de una jabalina sobresaliendo de su pecho, el asta asomando por la espalda. Bononi tuvo tiempo de ver que fue Lezpet quien mató aquel individuo. Luego se encontró

tratando de defenderse contra un grandullón pelirrojo que era maestro de la esgrima.

Dos veces recibió corte, uno en el brazo, otro en la pierna. Y el hombre le obligaba a retroceder, esperando arrinconarle. Bononi pensó que era un buen espadachín, pero que su oponente, más grande y de brazos mayores, era superior a él.

Ningún individuo, sin embargo, por muy excelente esgrimista que sea, puede hacer nada contra una silla arrojada contra su espalda. Cayó hacia adelante, bajando la guardia momentáneamente por la sorpresa. Bononi bajó también el borde de su arma, apoyándolo contra la muñeca del enemigo, y casi la cortó del todo. El pelirrojo giró para echar a correr, pero no pudo dar ni un solo paso en su huida. La hoja de Zhem se hundió en la nuez de su cuello.

Luego, el sonido de las espadas cesó; todo había pasado. Pasado, por lo menos, en esta habitación y durante algún tiempo, porque el griterío y el estrépito del acero llegaban de cualquier parte del edificio.

XIII

Todos los atacantes estaban muertos, excepto dos hombres que sufrían graves quemaduras. Tres de las mujeres también habían muerto y otra se encontraba gravemente herida. Nadie había salido ileso.

Lezpet, envolviendo con un chal su brazo para contener la hemorragia, dijo:

—Te has probado a ti mismo, Rider. Culpable o no de dejar que muera tu compañero eyzonuh, has demostrado lo que vales.

Bononi contestó, extrañado:

—¿Todavía no lo has determinado? Pues creí que el Usspika dijo… —Y su voz se apagó, porque era evidente que la Pwez pensaba en otra cosa. La mujer tenía muchas cosas que debatir. Acerca de traición, de cómo iba la lucha en palacio, acerca de su futuro, aún en el caso de que los traidores palaciegos fueran ajusticiados.

Al poco rato se oyó un sonido de pies corriendo y estrépito de armaduras. Lezpet dijo:

—Si ésos no son mis hombres y hay muchos, si son enemigos, mátame en seguida. No quiero que me hagan prisionera ni sufrir indignidades de sus manos.

—Estaré demasiado ocupado matándoles para poder desperdiciar un golpe de espada contra ti, Excelencia —contestó Bononi.

Se colocó a un lado de la puerta, junto a la barricada de muebles. El petróleo se había quemado y se preguntaba si debía verter algo más en el suelo. Luego vio al jefe de los que se acercaban y respiró más tranquilo. Era el general del Primer Ejército. Llevaba capa escarlata. Puesto que los atacantes vestían

capas verdes (indicando que eran miembros del grupo opuesto a la familia de los políticos Rohso) y puesto que los miembros del grupo escarlata llevaban capas de acuerdo con su título, aquel individuo debía ser leal.

No obstante, era inútil correr el riesgo de que fuese un traidor. Así que Bononi colocó una flecha en la cuerda del arco y apuntó al general hasta que se declarase partidario de uno o de otro.

El militar, un hombre de mediana edad, con pelo gris, se plantó en el umbral, mirando fulminante a su alrededor, la ensangrentada espada en la diestra. Luego al ver a la Pwez, se iluminó su rostro y dijo:

—¡Excelencia! ¡Estáis a salvo! ¡Alabado sea Primero!

—Sí, querido primo —contestó Lezpet—. Lo estoy. Gracias a estos dos hombres salvajes y a mis valientes doncellas. Dime, ¿qué ha pasado?

—La situación fue crítica durante un momento, pero vencimos; por lo menos, hemos vencido dentro de palacio. No conozco detalles, claro, pero me parece como que el grupo Verde, o miembros de él, de todos modos, conspiraron con agentes skego para asesinaros. Algunos de vuestros propios guardias personales participaban en el complot. Todos están muertos. Es decir, los traidores de vuestro cuerpo de guardia. Pero hemos cogido vivos a varios Verdes traidores y, por lo menos, a un agente skego. Sin embargo, morirá pronto, porque está gravemente herido.

Hizo una pausa durante un instante y luego añadió:

—Tengo malas noticias. ¡Jiwi, el Usspika, tío vuestro y mío, ha muerto!

Lezpet lanzó un grito y se tambaleó. Pero dominándose dijo:

—¿Dónde se encuentra?

—Hallamos su cuerpo en su habitación, Excelencia. Os agradará saber que aunque viejo, se comportó como un Rohso. Mató a un joven fuerte e hirió gravemente a otro. No hay león como el león viejo. Pero le cortaron la cabeza y se la llevaron. Corrimos tras los criminales hace unos pocos minutos y los decapitamos. Ya he entregado sus restos a los esclavos, para que preparen a nuestro Usspika un funeral digno.

—Le entregaremos, cien, mil cabezas para compensar la pérdida de la suya —dijo Lezpet con aire ceñudo—. Pero no es momento de

pensar ahora en el funeral. Estoy segura de que los traidores Verdes tomaron otras medidas para asegurarse el éxito de su traición. Envía hombres para descubrir lo que pasa en la ciudad.

Bononi y Zhem se curaron las heridas y siguieron a la Pwez hasta el despacho en que fueron entrevistados la mañana antes. Allí Bononi vio qué gran jefe era la mujer. Se convirtió en un torbellino de energía y de rápidas decisiones. Si le quedaban dudas acerca de su clasificación cómo gobernante, las perdió. Los hombres de ella también parecían pensar lo mismo, porque hicieron muchas preguntas y quedaron satisfechos con las respuestas.

En aquel momento apareció Joel. Llevaba una espada ensangrentada y fanfarroneaba en voz alta, diciendo que se había escapado de su habitación al oír los primeros ruidos de los presuntos asesinos. Arrancó la espada de un soldado caído y mató a tres Verdes. Ahora se encontraba aquí para servir a la Pwez, para defenderla con su vida.

Lezpet le dio las gracias, aunque brevemente, y dijo que había tenido buena suerte al contar con tres hombres salvajes, como sus invitados, aquella noche.

No obstante, cuando Joel no pudo oírla, ordenó a un oficial que investigara su historia. Después, cosas más urgentes ocuparon su tiempo. Bononi al oírla, se preguntó qué es lo que sospecharía. Pero el oficial fue muerto aquella noche y la joven debió olvidarse de la orden.

Mientras transcurría la noche, la imagen de lo que había pasado se hizo más clara. Bononi consiguió comprender mejor las interioridades de la política kaywo. Ya conocía algo de la historia de la nación; sabía que la ciudad, originariamente, fue una democracia, un gobierno elegido por aquellos que poseían más de cinco acres de tierra. Pero sólo un siglo atrás, la familia Rohso obtuvo el monopolio práctico de la presidencia y una mayoría de asientos en la Cámara de Oradores, la única cámara legisladora. Se eligió presidente a un miembro de la familia o de las familias estrechamente emparentadas. Mientras, los Oradores se pasaron por alto los requerimientos de los votantes en cuanto a elegibilidad. Ahora, un hombre o una mujer necesitaba tener trescientos acres para poder votar. Para tener una posibilidad de conseguir un asiento en la Cámara, necesitaba obtener mil acres, o su

equivalente, en propiedad.

Algunas de las clases inferiores sufrieron agitación durante largo tiempo ante este abuso de los que gobernaban. Los Verdes, aristocráticos oponentes de los Escarlata, o del grupo Rosho, se aliaron entre sí con los comuneros. Sabían que el viejo Jiwi Rosho deseaba establecer un gobierno dinástico de su familia. Había logrado el éxito suspendiendo la constitución, el llamado Acuerdo Eterno de los Ancianos de Kaywo, durante las recientes guerras con Juju y Senglwi. Y había planeado la guerra próxima con los skego para continuar la suspensión y mantener a su hermano como Pwez. Sin embargo, su hermano y dos hijos de él murieron durante un ataque de los senglwi, en circunstancias sospechosas. Los Verdes se alegraron, porque tenían una oportunidad de elegir a uno de los suyos. El viejo zorro se les adelantó. Según la ley kaywo, un Pwez tenía derecho a nombrar su propio sucesor en caso de que muriese mientras desempeñaba el cargo. El sucesor jamás había sido nombrado oficialmente; los Verdes se contentaban al pensar que el hermano de Jiwi había olvidado ese asunto. Jiwi sacó el testamento de su hermano, teniendo como testigo para el caso al Gran Sacerdote de Primero (un Rosho) nombrando a su sobrina como Pwez.

Los Verdes protestaron violentamente sosteniendo que el testamento era un fraude, y que ninguna mujer podía ser Pwez; pero Jiwi destacó que el Acuerdo Eterno no especificaba que fuese un varón quien detentase el cargo. Los Verdes, pensando que cuando se produjese una elección sería improbable que una mujer saliese nombrada y también que ella inevitablemente deshonraría la familia Rosho por su incapacidad, accedieron a aceptarla.

Para su desaliento, ella demostró ser una gobernante triunfadora. Parte de esto era porque se apoyaba descaradamente en el consejo de su tío. Pero era popular, y lo sería mientras siguiera cosechando triunfos.

Y así, los Verdes, pensando que una guerra con Skego podría arruinar a Kaywo y que matarla era un deber patriótico, conspiraron con los skego.

Aquella noche, un número de Verdes, y una cantidad menor de skegos, hicieron su tentativa. El Tercer Ejército, cuyos oficiales y suboficiales eran casi todos Verdes, iniciaron la sublevación.

Luchaban primero contra una minoría leal del Tercer Ejército. Si ganaban, marcharían contra palacio y reclutarían gente durante el camino.

Hubo un combate durísimo en las calles y en los establecimientos públicos aquella noche. Parte de la ciudad fue incendiada. Antes de que amaneciese, un barrio (el más pobre) quedó calcinado. Pero en la guarnición ciudadana y parte del Primer Ejército, que apresuradamente vino de sus campamentos a unos diez kilómetros de la ciudad, ganaron.

Bononi y Zhem aún pelearon más aquella noche. Lezpet salió de su despacho y condujo a sus partidarios hacia las batallas callejeras. Aunque tomó poca parte en los combates actuales, se mantuvo cerca del frente y se mostró en genio estratégico en aquella trágica noche. ¿Por qué no?, decían sus partidarios emborrachados por la victoria. ¿Acaso no era la nieta de Viyya Rohso, el gran general que diezmó a los bárbaros invasores de Tenziy?

Todo el día siguiente, en lugar de descansar, Lezpet interrogó a los prisioneros mediante el látigo y el fuego. Ordenó el arresto de todos los Oradores Verdes y sus familias. Algunos de éstos, comprendiendo lo que sucedería, ya habían huido hacia el norte con sus deudos. O, en muchos casos, dejando a parientes detrás. Esos desgraciados fueron despojados de su ciudadanía y vendidos como esclavos. Sus propiedades quedaron confiscadas por el gobierno.

Al atardecer del cuarto día, Lezpet tenía a Kaywo firmemente en sus manos; el Acuerdo Eterno había sido suspendido temporalmente, claro; durante la emergencia, la mayor parte de los Verdes estaban arrestados o exilados. Y un grupo de comuneros entusiastas y de
keff'wiy
escarlata la ofrecieron una corona. Pwez, desde este momento, significó Imperio.

Ella, sin embargo, se negó, diciendo que el Acuerdo Eterno debía ser restaurado; que el ser ciudadano kaywo debió siempre significar ser libre, etcétera.

La multitud la vitoreó entusiasmada y dijo que ni siendo hombre podría ser mejor Pwez.

Bononi se maravilló preguntándose qué ocurriría ahora en

Kaywo. Si ella había sido débil antes, ¿qué fuerza tenía en estos momentos? Destrucción de parte de la ciudad, el Tercer Ejército reducido a la mitad, muchos de sus oficiales muertos, huidos del país, para luchar al lado de los skego. Si Eyzonuh venía a luchar con Kaywo, ¿podrían llegar antes de que los skego hubiesen bajado desde los Mares del Norte y pasado por las armas a sus habitantes y a los esclavos?

El quinto día, cuando se encontraba plantado en una esquina después de un desfile triunfal del Primer Ejército, conoció a un hombre extraño. Ese individuo era alto, llevaba un turbante gris y unas ropas sueltas blancas, y un velo por la parte inferior de la cara. El velo era evidentemente, utilizado sólo con propósitos decorativos o religiosos, porque era demasiado transparente para ocultar los rasgos. Estos consistían en una piel muy oscura, ojos azul profundo, nariz ganchuda y finos labios. Su barba le llegaba hasta la mitad del pecho y era negra con una salpicadura de pelos grises. Sus zapatillas pardas estaban hechas de la piel de algún animal, quedando curvas las puntas. En torno al cuello llevaba una sarta de cuencas que constantemente pasaba con los dedos.

Bononi le vigiló durante algún tiempo hasta que de pronto se dio cuenta de que el individuo también le miraba. Por último, cuando la multitud se dispersaba, el individuo habló a Bononi. Sus palabras, aunque en correcto kaywo, contenían algunos raros sonidos.

—Desconocido y hermano —dijo—, permítame que me presente. Soy Hji Alatu ib Abdu de la Tierra de Khemi, aunque, a veces, como burla y otras en serio, me llaman Aw Hichmakani. Lo que significa «de ninguna parte», si se me permite una traducción liberal. Desconocido, ¿me considerarías curioso si te preguntase tu nombre y distante país del que procedes.

—En absoluto —contestó Bononi, sonriendo, aunque un poco intranquilo—. Soy Bononi, hijo de Hozey, y vengo de la nación de los Fiiniks en la tierra de Eyzonuh. Pero, dime, cómo supiste que yo no era kaywo?

—Te oí decir unas pocas palabras con el negro antes de que se separase de ti —contestó Alatu ib Abdu—. Si perdonas mi aparente inmodestia, tengo un conocimiento extenso de los idiomas, probablemente más que ningún hombre en la tierra… y también un oído muy agudo. Puedo decir al instante que no perteneces a una

zona que tenga parentesco lejano con el kaywo. Ni cercano.

—¿De veras? —preguntó Bononi. Imaginaba qué su lengua descendía del mismo idioma pariente del de Zhem, pero el kaywo era tan extraño que no había considerado que tuviese relación ninguna con el ingklich.

—Eyzonuh, ¿eh? Entonces lo que he oído es cierto. Esos dos hombres salvajes, si me perdonas el término, han cruzado millares de kilómetros o más desde el oeste, procediendo de un terrible desierto, de una tierra de montañas que lanzan fuego y de temblores del suelo, ¿no?

—¿Dónde está Khemi? —preguntó Bononi.

—Mucho más lejos que el desierto, amigo mío. Diez veces más lejos en línea recta. Y yendo por el camino que yo he seguido, cuarenta veces más lejos. Como un cuervo hablando de eso, ¿me permitirías que te invitara a una copa?

—No bebo —contestó Bononi, preparado para tomar a ofensa si el hombre se reía.

—Ah, alegra mi corazón encontrarme con un camello tan lejos de las orillas de mi río nativo. Pero yo sí bebo. Mi religión prohíbe el consumo de bebidas alcohólicas, motivo por el cual consumo cuantas puedo conseguir. Ven, te invitaré a una taza de ese brebaje repugnante que llaman café.

—Te doy las gracias, pero tengo una cita que no puedo evitar.

—Mala cosa. Quizás en alguna otra ocasión… Aunque, en vista de los acontecimientos recientes, es mejor no planear nada estable para el futuro. Nuestro lugar de reunión podría ser destruido o uno o ambos muertos o huyendo para salvarse. Mala cosa. Sin embargo, dime, ¿sería terriblemente peligroso viajar hacia tu lejana tierra? No digo eso riendo, claro, porque nunca hice otra cosa que no fuesen viajes peligrosos. Ah, volver otra vez a la patria, ver otra vez las pirámides y la mujer leona de piedra y las aguas frescas del río junto al que vi por primera vez la luz del día asomarse por Levante.

Bononi, aunque tenía temor de no llegar a palacio a tiempo para su conferencia con la Pwez, se sentía abrumado por la curiosidad. Este nuevo país acababa de despertar su interés y ahora su antagonista podía marcharse para siempre, dejando nada más que retazos de nombres extraños e inquietas referencias a distancias y tierras de las que él jamás soñase.

—Hablas cómo si hubieses estado más al este de Jinya —dijo—. ¿Cómo es posible? ¿Qué queda más allá de eso, el fin del mundo?

—No me río ante tu conmovedora inocencia, amigo. La he oído muchas veces desde que vine a este país. Y vi muchísimos rostros enrojecidos y muchísimos puños crispados cuando expresé sorpresa ante tanta ignorancia. Sí, vengo de más hacia el este; el borde del mundo no está cerca de Jinyá. Dígame Alatu ib Abdu, «hombre que sabe», porque estoy en proceso de dar la vuelta al mundo, aprendiendo cuanto puedo con el fin de hacer un informe y quizás, escribir un libro. El Consejo de Africa me encargó que lo hiciese.

»Y así crucé el mayor que todos vuestros Mares del Norte y caminé en dirección Norte a través de muchos países hasta que llegué al amargo clima de los Skanava, los terribles terrores de mi mundo, aunque no son tan terribles como los Yagi de Asia, y tomé pasaje a bordo de un barco skanava y crucé un mar que es el mayor del mundo… aunque he oído decir que hay otro mayor al oeste. Y vine bajando por un río hasta los Mares del Norte y viví en Skego durante algún tiempo.

»Luego, bajando por el río Sy, un río muy grande en verdad, llegué a Senglwi poco después de que Kaywo lo arrasase. Y de allí a esta nación.

»Sé hablar fluidamente cuarenta lenguajes, conozco tres idiomas muertos muy bien y cierto número de dialectos. Puedo decir, aunque me duele hacerlo porque podría parecer fanfarronada, que conozco más mundo que cualquier otro ser vivo.

—¿Dar la vuelta al mundo? —Bononi estaba turbado—. Sé que hay quien dice que el mundo es redondo; otros opinan que es plano; unos cuantos que tiene forma cúbica; otros que no tiene principio ni fin sino que se funde con el firmamento, más allá del cual está el cielo y el infierno. No me sorprende que sea redondo, pero sí que sea tan grande como dices. De todos modos, tengo que marcharme.

—La sabiduría y la verdad tratan de detener a un hombre y éste huye —dijo Alah tristemente—. Bueno, no importa.

—Sólo una cosa —intervino Bononi—. Has visto Skego. ¿Crees que Skego ganará?

Alatu dejó de pasar las cuentas entre sus dedos y alzó las manos al aire.

—¿Quién sabe? Sólo Awwah lo sabe. Lo digo desde un punto de

vista puramente estadístico; Skego parece ser quien goza de mejor posición. Pero Skego tiene también sus propios problemas. Toda historia, que yo te confío, como toda nuestra tierra y la mayoría de la mía, donde las personas saben muy poco de historia, yo diría que muestra que una joven nación puede encontrarse en peores dificultades que Kaywo, y sin embargo, sobrevivir para convertirse en regidora del mundo conocido. Pienso en Roma; ¿nunca oíste hablar de Roma? Me imagino que no. Bueno, no querrás quedarte a escuchar.

»Pero te daré en este continente un consejo, amigo mío: Olvidad las guerras mutuas, uníos, porque algún día una amenaza más terrible de la que hayáis soñado jamás, recorrerá el océano Lantuk. Los Yagi, que redescubrieron el antiguo secreto perdido de los viejos tiempos. Explosivos. Amenazaban el Imperio de Africa cuando yo me fui. Ellos, los yagi, quiero decir, hacían pedazos nuestros ejércitos. Por todo cuanto sé, que quizás no exista de vuelta a la esquina del mundo y regrese. Espero que no, pero hágase la voluntad de Awwah. O, por así decir, cúmplase el destino de quienes no hicieron caso a los sabios.

—Si vas hacia el oeste —dijo Bononi—, cuidado con… —Y le contó su extraño encuentro con la casa en forma de aguja de metal plateado que existía en las grandes llanuras Al oír eso, Alatu se mostró excitado y exclamó:

—¡Los Hombres Peludos de las Estrellas!

Bononi quiso preguntarle que quería decir, porque era la segunda vez que oía tal frase. Pero se dio cuenta de que acudiría tarde a la cita y sabía que la Pwez no toleraba los retrasos.

—Te veré más tarde —dijo, mientras se alejaba.

—¡Vuelve, amigo! —gritó el hombre del velo—. ¡No puedes provocar mi curiosidad y abandonarme! ¡Va contra la naturaleza del hombre y la voluntad de Dios!

Bononi entró presuroso en la Cámara en la que vio por primera vez a la Pwez. Aquí se vio saludado por la Lezpet y el nuevo Usspika, su primo el general del Primer Ejército.

—A causa de tu brillante lealtad a mí, y del modo con que luchaste en mi honor —dijo—, te hago miembro de mi fuerza de guardia personal, los Lobos Rojos. Mi bien amado primo te tomará juramento.

Lezpet Rohso colocó su espada sobre la mesa y luego pidió que los tres pusiesen sus manos derechas en la hoja.

—¿Juráis los tres por vuestro Dios o Dioses y por esta espada, obedecer a la Pwez de Kaywo y dar vuestra vida por la de ella si fuese necesario? ¿Juráis por vuestro Dios o Dioses y por esta espada protegerla de todo daño hasta que se os libere de este juramento?

Bononi dudaba; se preguntaba porque los tres tenían que hacerse miembros de su guardia personal sólo unas pocas semanas antes de que tuvieran que marcharse hacia sus tierras nativas. Luego comprendió la razón. Ella les obligaba a hacerlo para asegurarse de que no la traicionarían, de que hablarían en favor de Kaywo durante las negociaciones del tratado, y que no conducirían expediciones de su gente contra ella.

Lezpet le miró de manera extraña.

—¿Por qué no juras? —preguntó—. Tus compañeros no se lo pensaron dos veces.

—No acostumbro a jurar a la ligera —dijo Bononi—. Una vez dada la palabra, siempre está dada.

Sorprendentemente, ella sonrió.

—Me gusta —dijo—. ¿Lo has pensado ya?

—Sí. Juraré que cuanto me sea posible por impedirte todo mal mientras sea miembro de los Lobos Rojos. Y mientras tú seas amiga de mi pueblo.

El rostro de la mujer se hizo inexpresivo mientras contestaba con voz fría:

—La Pwez no tiene por costumbre discutir con hombres salvajes, pero, puesto que esto es un caso especial, y puesto que no podemos razonablemente dudar que jures nada que pueda poner en peligro a tu pequeño estado ciudadano, de acuerdo. Sin embargo, corregiremos el juramento. Jurarás protegerme mientras yo no sea enemiga de tu pueblo.

Bononi estaba algo turbado por la diferencia implicada en ser amigo o no amigo, pero no vio ningún daño, así que juró.

Lezpet se relajó un poco y pidió que sirviesen vino para todos.

—Brindaremos por el éxito de vuestras misiones —dijo.

Bononi pensó rehusar durante un momento, pero decidió que no sería incorrecto beber. Después de todo, el vino y el licor se permitían durante las ceremonias religiosas y esto, por lo menos,

era semireligioso.

Después de consumido el vino, la Pwez dijo:

—Quizás vosotros dos, fiiniks, os preguntéis por qué uno de los dos no fue juzgado y ejecutado al día siguiente de que decidiésemos determinar quién mentía. Os lo diré. Mi difunto tío me dijo que sabía quién era el culpable. No me explicó cómo había logrado saberlo, porque afirmó que algún día tendría que prescindir o pasarme sin sus consejos y guías. Yo tendré que descubrirlo por mí misma, aunque él me ha proporcionado algunas pistas. A menudo lo hacía como parte de mi adiestramiento como gobernante de Kaywo.

»Debo confesar que no conozco lo que él sabía. Tenía planeado pensar en el asunto a primera hora de la mañana, pero, ya sabéis lo que pasó aquella noche. Y él murió… por fortuna para vosotros dos. Sin embargo, he determinado que no importa cuál dejó al otro por muerto en aquel lejano desierto. Ambos me habéis mostrado lealtad. Y no puedo censuraros que mintáis para perjudicar a vuestro enemigo. Vuestro Dios ha dicho que es bueno hacerlo así.

»Claro, si os hubiese hecho jurar para entrar como Lobos Rojos, y luego os hiciese la pregunta y mintierais, el que lo hiciese sería traidor. Pero no voy a hacerlo ahora. Así que, consideraos afortunados.

Bononi estaba sorprendido. Se le enseñó desde el día que comprendió el significado de una mentira, que decir embustes sería condenado bajo cualquier circunstancia. De manera reconocida los eyzonuh no siempre llevaban a la práctica su ideal, siendo buen ejemplo Joel Vahndert, pero, por lo menos, su pueblo tenía ese ideal, mientras que los kaywo la tenían opuesta.

¿Podían los eyzonuh confiar en la palabra de los kaywo?

XIV

Durante las siguientes dos semanas no tuvo mucho tiempo para pensar en esas cosas. Su educación siguió adelante a pasos agigantados. Y luego, una mañana, un mensajero de la Pwez interrumpió una sesión con un historiador kaywo. Tenía que partir dentro de dos días al amanecer. Cien jinetes y dos embajadores acompañarían a él y a Joel.

—Yo tengo que marcharme en la misma mañana —dijo Zhem con tristeza—. Hermano de sangre, me siento muy pesimista en este asunto. Presiento que pronto nos separaremos para siempre.

—Espero que no —dijo Bononi—. Pero si es así, será la voluntad de Jehová.

La noche anterior a su partida él y Zhem se quedaron levantados hasta muy tarde, hablando de lo que había ocurrido y de lo que podía ocurrir. Zhem, a punto de llorar, dijo:

—¿Por qué no abandonamos la ciudad esta noche? ¿Por qué no vamos hacia el Este? Dicen que los Iykwa adoptan a todos los fugitivos y les dan asilo en su nación. Nos iba a venir muy bien. Habitan en el bosque de las montañas, pasan la mayor parte de su tiempo cazando y pescando. Podríamos casarnos con algunas de las mujeres piel-rojas y quedamos allí hasta que nos enterrasen, disfrutando de la vida.

—Me parece bien —contestó Bononi—. Pero hemos jurado ante la Pwez y el destino de mi pueblo depende de mi misión. Además, amo a Debra Awvrez. Su rostro se aparece en mis sueños.

—Me has dicho que a veces la cara de la Pwez aparece en tus sueños también —apuntó Zhem—. ¿Qué opinas de eso?

—Ningún hombre es responsable de lo que sueña —contestó Bononi—. Y sería un estúpido si pensase en casarme con la Pwez.

Ella no me considera más que un hombre salvaje.

—Sí, serías un estúpido; pero también los hombres salvajes pueden ser estúpidos.

Zhem apuró media botella de vino y pronto se durmió. Bononi permaneció despierto algún tiempo, preguntándose si obraba bien. Luego, pensando que sólo el tiempo decidiría la oportunidad de sus actos, se durmió igualmente.

Le pareció que acababa de cerrar los ojos cuando volvió a abrirlos. Un Lobo Rojo, con plena armadura, le sacudía por el hombro y le gritaba para que se despertase.

Bononi se incorporó, sentándose en la cama y dijo:

—¡Pero si todavía no amaneció!

—¡Fuera de la cama, soldado, y ponte tu equipo de batalla! —gritó el soldado—. ¡Tienes quince minutos para formar delante de palacio!

El soldado salió presuroso de la habitación y Zhem y Bononi obedecieron la orden a toda prisa. Cuando se hubieron puesto su armadura y ajustado sus mochilas de campaña a la espalda, descendieron hasta los establos. Allí vieron que los esclavos habían ensillado sus caballos. Después de inspeccionar a los animales para asegurarse que la impedimenta estaba bien colocada, montaron y cabalgaron hasta el Círculo del Primero, delante de palacio. Allí ocuparon su sitio en las filas de Lobos Rojos Feykhunt.

Al poco tiempo apareció la Pwez con su caballo blanco. Ella también vestía armadura e iba acompañada con su primo, el Usspika y general de la caballería del Primer Ejército.

Sonaron trompetas, batieron tambores. Lezpet refrenó su caballo.

—¡Soldados de Kaywo! —dijo en voz alta que recorrió todas las filas—. ¡Debemos cabalgar inmediatamente hacia el Norte! ¡Adentramos en los bosques junto al río
L'wan!
¡Acabamos de recibir un mensaje portado por una paloma mensajera de nuestros agentes! ¡No os lo contaré ahora, porque cada segundo es importante! ¡Pero en nuestra primera campaña se os informará! ¡Confiad en mí, en bien de una buena causa y puedo prometeros una dura cabalgada y una dura pelea después de que lleguemos a nuestro destino! ¡El destino de nuestro país depende de

vuestro caballo y de vuestra espada!

Giró su blanca montura y comenzó a cabalgar al galope por la Avenida de la Victoria, en dirección norte. Todo su séquito marchó tras ella al mismo paso frenético. Segundos más tarde, le seguían los Lobos Rojos.

Cabalgaron el resto de la noche y todo el día. De vez en cuando se detuvieron para descansar los caballos; algunas veces desmontaron y caminaban lo más aprisa posible mientras llevaban las riendas de sus monturas. La caballería de choque del Primer Ejército iba detrás de los Lobos Rojos. Estos se componían principalmente de jóvenes aristócratas de Kaywo, los mejores jinetes del país, devotos fanáticos de la Pwez.

—Dicen que los infantes del Primer Ejército han recibido caballos y que nos siguen lo más de prisa posible —observó Zhem —. ¿Has visto las carretas de aprovisionamiento? Son vehículos muy ligeros tirados por grupos de seis caballos. Las carretas sólo tienen comida, agua, mantas y armas. Únicamente lo esencial, nada de tiendas.

—¿Cuál será la emergencia? —preguntó Bononi—. Debe ser algo muy grave para que se nos convoque también a nosotros.

Aquella noche acamparon al exterior de un gran pueblo. Encendieron hogueras y cocinaron su comida, porque aquella expedición no tenía que ver refrenada su marcha llevando como carga inútil sirvientes y esclavos. Cada hombre tenía dos caballos extra, requisados de los pueblos, ciudades y granjas por las que pasaron durante el camino. Los jinetes descansarían poco, porque era esencial para el éxito el que éstos ocupasen por turno los caballos de repuesto. Después de comer, los hombres se reunieron alrededor de una gran hoguera del centro del campamento. Habían construido una plataforma de troncos para que la Pwez pudiese hablar a las tropas desde lo alto.

Ella vio a Zhem, Bononi y Joel en las filas delanteras de los Lobos Rojos, y sus ojos parecieron desorbitarse. Les llamó ante la plataforma y les dijo en voz baja:

—¿Qué hacéis aquí?

—Se nos ordenó que viniésemos —contestó Bononi.

Lezpet se mordió los labios y dijo:

—Con las prisas nunca se me ocurrió que pudierais venir con

nosotros. Después de todo, sois miembros de mi cuerpo de guardia y di órdenes de que todos se reuniesen inmediatamente. Debí pensar que vosotros tres estabais ya en camino con vuestra escolta.

—La escolta cabalga también con nosotros —contestó Joel.

—No se pudo evitar —dijo Lezpet—. Ahora, quizás no importe. Si nuestra misión tiene éxito, no tendremos ninguna prisa porque llevéis a cabo vuestra misión. Y, si fracasamos… entonces no importará tampoco.

Les mandó que se reintegrasen a las filas y comenzó su arenga diciendo:

—¡Soldados de Kaywo! Nuestros espías en los bosques de L'wan enviaron una paloma mensajera a palacio con un mensaje muy urgente. Se decía que el pueblo de Pwawwaw, una ciudad independiente de hombres salvajes junto al río L'wan, estaba excavando para establecer los cimientos de nuevas murallas en torno a su ciudad. Mientras cavaban, los pwawwaw se encontraron con un extraño objeto. Era un edificio grande, en forma de aguja, hecho de un metal plateado. Debía llevar enterrado bajo tierra mil años. ¡Debe ser uno de los navíos caídos de los Hombres Peludos de las Estrellas!

Un murmullo recorrió a los reunidos. La Pwez alzó su mano reclamando silencio y continuó:

—¿Quién sabe lo que ese navío puede contener? Quizás nada, porque a lo mejor le despojaron de cuanto poseía y permaneció enterrado durante un milenio. Ya vacío, la nave fue vista recientemente por uno de nuestros Lobos Rojos, un hombre salvaje de Eyzonuh. La vio en las grandes llanuras. Una tribu de salvajes vivía en ella porque no quedó del todo enterrada en el suelo.

»Pero la nave descubierta por los pwawwaw puede ser un caso diferente. Es posible que hiciese un gran agujero cuando cayó y que rápidamente quedase cubierta. O que cayó después de desbastar la zona y que no tardó en quedar enterrada bajo el polvo levantado por el viento. En cualquier caso, si no ha sido saqueada, si indudablemente contiene muchos de los aparatos mágicos de los Hombres Peludos de las Estrellas, quien se apodere de ellos encontrará los poderes de los demonios.

Un fuerte murmullo se alzó y de trecho en trecho se oyeron gritos. La Pwez tornó a levantar la mano y continuó.

—Indudablemente los skego tienen sus espías y habrán enviado informes, así que podéis apostar con toda seguridad que los skego enviarán soldados y que incluso ya están cabalgando ahora hacia Pwawwaw.

»¡Debemos llegar primero! ¡Debemos exigir que se entregue a Kaywo esa nave! Si los pwawwaw se rehúsan, se la quitaremos. ¡Y si llegan los skego, también debemos derrotarles!

Los soldados estallaron en vítores. Sus espadas destellaron a la luz de la hoguera mientras juraban tomar el navío o morir hasta el último hombre en la intentona. Luego, apaciguados, se disolvieron y volvieron a sus mantas.

Lezpet hizo un signo a los tres hombres salvajes para que se acercasen a su hoguera.

—Ahora —dijo a Bononi—, ¿comprendes por qué mi tío estaba tan excitado cuando te oyó describir esa estructura de plata de las llanuras?

—Sí. Vuestros Hombres Peludos de las Estrellas deben ser los mismos seres que llamamos nosotros, los eyzonuh, demonios. Nuestros predicadores afirman que, hace mil años, salieron de la tierra y guerrearon contra el hombre. El hombre los volvió a confinar a las entrañas del suelo y aprisionó a su jefe, Seytuh, en el subsuelo. A veces Seytuh forcejea por libertarse y por eso tiembla la tierra y las montañas vomitan fuego.

Lezpet soltó una carcajada y dijo:

—También tenemos nuestras historias, parte integrante de nuestra religión, como supongo que son las vuestras. Ya te las contaré.

»Una vez había un pueblo muy sabio y poderoso. Cubrían la tierra con sus millones y no eran un solo puñado aquí y otro allá, desparramados como lo estamos nosotros. También eran felices, porque podían controlar el tiempo, cultivar cuanta comida necesitasen y poseían tal maestría que incluso sometían al Dios Sol y a los demonios de la tierra. Pero el Dios Sol y los demonios, que eran enemigos, estaban irritados por verse esclavos y enfadados ante la arrogancia del hombre. Así, a pesar de su enemistad, se aliaron; los demonios fueron hasta las estrellas distantes en un

vehículo proporcionado por el Dios Sol, y los demonios hicieron un trato con sus hermanos que vivían en una estrella o estrellas. Esos demonios eran medio diablos, medio humanos.

»Un día, los mediodemonios, que se parecían a los hombres peludos, con orejas velludas, aparecieron sobre la tierra con sus naves. Dijeron a los habitantes del planeta una mentira; que su mundo estaba ardiendo y que no tenían dónde vivir, que el Dios Sol estaba encolerizado con ellos y destruiría su planeta. ¿Querría la Tierra darles espacio vital?

»Pero la tierra dijo que no. El hombre no tenía bastante sitio para sí. Y en aquellos días cada individuo y cada mujer vivían mil años y daban origen a muchos hijos que también vivían un milenio. Así que los Hombres Peludos de las Estrellas dijeron que harían espacio y guerrearon contra los hombres. Fue la guerra más horrible que la tierra sufriera jamás. A su final, todos los Hombres Peludos de las Estrellas habían muerto. Pero el precio de la victoria fue muy grande para la humanidad. Sólo uno de cada cien mil sobrevivió. Los supervivientes olvidaron su magia, olvidaron todo en su lucha por la existencia, y se convirtieron en salvajes, en infelices hombres fieros. En los últimos doscientos años, la humanidad ha sido lo bastante numerosa y sabia para comenzar a construir una nueva civilización.

—No es exactamente así como me lo contaron —dijo Bononi precavido. No deseaba verse envuelto en una discusión religiosa—. Jamás oímos hablar de los Hombres Peludos de las Estrellas. Según lo que afirman nuestros predicadores, los demonios de la tierra trataron de dominar a los hombres. Ellos convocaron a los demonios del aire para que les ayudasen, pero la mayor parte de éstos fueron capturados y también enterrados con Seytuh en el suelo.

Lezpet soltó otra carcajada. Dijo:

—Esa historia y la que alguien contó a mi país, son bastante buenas para la gente común, niños y estúpidos. Decían algo que puedan comprender. Pero yo pienso de otro modo. Creo que los Hombres Peludos eran personas como nosotros. Vivían en un planeta como el nuestro que giraba en torno a una estrella, que era para ellos un sol. Alguien los expulsó obligándoles a dejar su mundo; quizás su sol se puso demasiado caliente. En cualquier caso,

vinieron a la tierra en su vehículo. Pidieron que se les permitiese vivir aquí. El hombre rechazó su petición, ignoro porque motivo. Se inició una guerra y la civilización quedó destrozada.

»Pero no creo en ningún Dios sol o demonio terrestre. Yo no creo que haya un primer Dios, ni creo que Kaywo fue fundada por el hijo de dos cabezas de una loba de dos cabezas.

»Claro, si repetís esto, tendré que negar haberlo dicho y os haré quemar como blasfemos. Lo mejor que podéis hacer es suscribir públicamente la creencia general. Es una mentira útil, una paparruchada decorativa.

Bononi estaba sorprendido. No creía en ningún Dios Sol, tampoco. Pero sí creía en los demonios terrestres. ¿Acaso no sintió temblar la tierra y abrirse lanzando fuego cuando Seytuh forcejeaba con sus cadenas bajo la superficie de la corteza del suelo?

—Pareces impresionado —dijo Lezpet—. No lo hagas. ¿No has descubierto que muchas cosas que creías eran inverosímiles mientras vivías allá tras las montañas de tu desierto, y que, sin embargo, aquí no parecen lo mismo? Pues también encontrarás que otros muchos conceptos que ahora albergas positivamente, se convierten en cosas falsas.

XV

Bononi volvió a su hoguera un poco turbado. Durante los siguientes cuatro días tuvo tiempo de pensar. Estaba atareado, pero la mayor parte de lo que hacía lo efectuaba de manera automática y su cerebro quedaba libre. ¿Podría ser cierto lo que dijese Lezpet? ¿Ambas religiones eran falsas? Después de todo, si, digamos Jehová era el verdadero Dios, ¿por qué su adoración era sólo conocida en el Valle del Sol? ¿Por qué no por todo el mundo?

Pero Jehová había sido antaño sólo conocido por un grupito pequeño, los hebreos. Y ellos, gente del desierto, llevaron su adoración a la tierra de Canaán y de allí la extendieron por el planeta. Así que, ¿por qué no los eyzonuh? Quizás era como decían los predicadores: Jehová siempre conservó a un núcleo de fieles. Los eyzonuh habían heredado la antorcha de la verdadera religión de los hebreos, que debieron perecer, ya que no conoció a nadie jamás fuera del valle que hubiese oído hablar de ellos. ¿O podrían ser del país del que procedía el hombre del velo, Alatu Ib Abdu? De cualquier forma, los predicadores decían que los eyzonuh sólo conocían el verdadero Dios. Todos los demás pueblos adoraban a Seytuh. Por ejemplo, los navajos y los mek.

Pero, se dijo Bononi a sí mismo, ¿por qué no se me ocurrió pensar en esto antes? Debí saber muy bien que los navajos jamás habían oído hablar de Seytuh y que los mek adoraban a un Dios llamado Thiys. Nunca pensé en esto antes.

Para cuando llegaron a Senglwi, había decidido dejar de pensar durante algún tiempo, por lo menos. Era más fácil vivir disfrutando del presente y pensar sólo en la pelea que les esperaba.

Durmieron aquella noche en el terreno al exterior de las murallas medio derruidas de la ciudad conquistada. Al amanecer,

ellos y sus caballos abordaron a una flota de largas, bajas y rápidas galeras. Habían avisado por delante mediante tambores para que preparasen las embarcaciones. Utilizando una tripulación extraordinariamente grande de remeros, trabajando en turnos de día y noche, las galeras podían recorrer más distancia que los caballos. No tenían que pararse a descansar.

Bononi durmió la mayor parte de aquel día, porque estaba cansado. Pero al día siguiente le tocó su tumo de remar. Trabajo de esclavos, cierto, pero la Pwez así lo había ordenado. Si los esclavos podían descansar mientras los hombres libres se rompían el lomo durante varias horas, los esclavos remarían mucho más duro cuando les llegase el turno. Y el que marcaba el ritmo mantuvo su tamborilear para que las naves diesen toda su velocidad.

Iban contra la corriente del amplio y lodoso río Sy, el Padre de las Aguas, marchando cerca de la orilla en donde la corriente era más débil. Luego, volvieron hacia la derecha entrando por la boca del río
L'wan
y remaron hacia el norte. Dejaron la zona civilizada y comenzaron a pasar por pueblecitos habitados por los hombres salvajes de
L'wan.
Día y noche remaron trabajando en los remos comiendo y durmiendo por turnos. Ni una vez se detuvieron porque llevaban cuanto necesitaban. Y los hombres salvajes, viendo esa gran flota remontar el río no les molestaron. O bien cerraron las puertas de sus pueblos fortaleza amurallados o huyeron a los bosques.

Una mañana, dos horas después del alba vieron una banda de jinetes plantados en la orilla izquierda. Llevaban armadura brillante y el portaestandartes a su cabeza enarbolaba un largo poste en el que habían montadas dos cabezas de lobo. Lezpet dio la orden y su galera se acercó a la orilla.

El jefe un joven teniente, crispó el puño llevándoselo al pecho.

—¡Excelencia! —dijo—. ¡Estáis sólo a quince kilómetros de Pwawwaw! Podéis seguir con toda seguridad en sus lanchas el resto del camino. En este punto controlamos el río.

—¿Qué ha pasado hasta ahora? —preguntó Lezpet.

—Hicimos lo que se nos ordenó. Hasta el momento, las cosas han resultado como se planearon. Al recibir vuestro mensaje de

Kaywo, el Segundo Ejército abordó las galeras, dejando detrás las suficientes para que las utilizasen vuestras fuerzas. Parte del ejército fue por tierra, porque no teníamos bastantes naves. Quedamos citados precisamente por debajo de Pwawwaw. Una parte atacó la ciudad. Les obligamos a meterse en el fuerte, pero no teníamos bastantes hombres para irrumpir en él. El resto siguió remontando el
L'wan
en las galeras. Y fue buena cosa que lo hiciesen.

»Nos tropezamos de noche con una flota de soldados skego. Hubo una batalla. Cada kaywo luchó sin pensar en hundirse. Hundimos sus galeras y matamos a cuantos soldados y esclavos enemigos habían, a un coste terrible, porque luchaban como demonios. Perdimos todas las embarcaciones menos una y todos nuestros soldados excepto cincuenta. Yo, teniente, era el de mayor rango de los que quedaron.

»Volvimos hasta junto a los sitiadores en torno a Pwawwaw y os esperamos. Pero nuestros espías nos han dicho que otra flota skego viene de prisa, está a unos sesenta kilómetros río arriba. También unos dos mil jinetes skego se encuentran por el camino del bosque a menos de cuarenta y cinco kilómetros. Son la avanzada que precede en treinta kilómetros a un gran ejército.

—¿Cuántos hombres del Segundo sitian Pwawwaw?

—Ochocientos cincuenta.

—Vosotros sois cincuenta y hay mil guerreros en estas lanchas. En total 1900. ¿Cuántos pwawwaw hay?

—Yo calcularía alrededor de un millar. Pero sus mujeres lucharán también; son excelentes arqueras.

—Es natural que luchen como furias para defender a sus hijos —comentó Lezpet—. Y dispararán desde detrás de las murallas. Bueno, no tenemos tiempo de esperar a que se rindan muertos por el hambre. Pwawwaw deberá ser asaltado una hora o dos después de empezar el ataque. Tenemos que conseguir el navío de los Hombres Peludos, llevarnos lo que es valioso y marcharnos de inmediato. Luego, será una carrera para regresar a Senglwi.

Ordenó a los soldados que subiesen a bordo y las galeras siguieron avanzando hacia el norte. Lanzaron una paloma mensajera; voló hacia el sureste, en dirección a su palomar en

Senglwi. Transportaba un mensaje ordenando a la guarnición que marchase inmediatamente hacia la confluencia del Sy y
L'wan.
Allí, si las galeras es que perseguían a los kayvo, podrían preparar una emboscada y las galeras propias darían la vuelta y lucharían.

Todos los hombres a bordo tomaron su turno en los remos, remando hasta el agotamiento. Las azules aguas del
L'wan
se volvieron blancas ante las proas; al cabo de una hora, el vigía del navío de vanguardia vio el brillo del sol en la armadura del Segundo.

Pwawwaw era el mayor pueblo de los hombres salvajes de
L'wan.
Yacía cerca de un río, en la orilla izquierda y estaba rodeado por una muralla de tierra en lo alto de la cual había otra muralla de pesados troncos. Los habitantes vivían dentro de las murallas en cuadradas cabinas, también de troncos. Sin embargo, sobre el acantilado detrás del pueblo, había un gran fuerte de tronco, casi un castillo de madera. Aquí, se habían retirado los pwawwaw después de ver por primera vez las galeras kaywo del Segundo. Los kaywo habían bajado a tierra y quemado el poblado hasta dejarlo reducido a ceniza. También apostaron sus tropas cerca de las dos puertas del fuerte del acantilado, dejándolas al alcance de un tiro de flecha.

—Si los pwawwaw tuviesen algún sentido común —dijo Lezpet —, habrían salido desde detrás de sus murallas y luchado contra los sitiadores. Hasta ahora eran superiores en número.

—Los
L'wan
temen desde que el Tercer Ejército, hace diez años, efectuó una campaña de castigo arriba y abajo del valle del río y quemó muchos poblados e hizo infinidad de cautivos —dijo Usspika—. Aprendieron que los salvajes indisciplinados y sin armadura nada pueden hacer contra Kaywo.

—Según el informe, el navío está enterrado dentro del emplazamiento del fuerte —comentó Lezpet—. Mala cosa que se encontrase en el poblado. Pero eso no tiene remedio.

Dio órdenes para que encadenasen a todos los esclavos a sus bancos en las galeras. Se les tenía que proporcionar comida y agua

para que no sufriesen mientras tenía lugar el combate. Pero hizo que quitasen los remos de la galera, puesto que no quería ver cómo los esclavos huían. Después de dejar sólo a unos cuantos soldados para vigilar a los cautivos galeotes, condujo a su cuerpo de guardia y a la caballería del Primer Ejército acantilado arriba.

A los pocos minutos descubrió que las altas escaleras de sitio se habían fabricado con madera cortada de los árboles del bosque vecino. Y muchas murallas y torres sobre ruedas también habían tomado forma para que los kaywo pudiesen avanzar bajo su protección y acercarse al fuerte, quedando prácticamente inmunes a los disparos de las flechas.

Después de felicitar al comandante por su previsión, la Pwez volvió a su caballo cara a los soldados reunidos.

—¡Hijos del Lobo de dos Cabezas! ¡El destino de Kaywo está en vuestras manos! ¡Los skego vienen rápidamente en gran número! ¡Tenemos que conquistar Pwawwaw dentro de las siguientes dos horas si deseamos el éxito! Eso significa que no podemos reparar en lo que nos cueste y que ningún hombre debe volver la espalda, ni siquiera para recobrar fuerzas para otro ataque. ¡Una vez suene la trompeta de carga, debemos seguir adelante sin pausa! ¡Hijos del Lobo, debéis convertiros en lobos!

Una trompeta emitió la larga llamada a la acción. Los soldados, cantando: «¡Kaywo! ¡Kaywo!», comenzaron a empujar los altos y espesos escudos de madera sobre ruedas ante ellos. Detrás venían filas de hombres llevando las largas y también pesadas escaleras de sitio.

Bononi, Joel y Zhem, no estaban entre los atacantes. Les habían apostado a unos cincuenta metros tras ellos, con un grupo de trescientos jinetes. Con Lezpet a su cabeza, esperaron hasta que llegase el momento adecuado.

En cuanto las paredes móviles llegaron al alcance de las flechas de los pwawwaw, una nube de dardos emplumados partió de las diversas torres y de detrás de las paredes del fuerte. La mayor parte de éstas se clavaron en los escudos kaywo; unas cuantas encontraron su blanco entre los que se habían retrasado demasiado con respecto a sus protectores. Después de dos andanadas, los pwawwaw, viendo que desperdiciaban flechas, dejaron de disparar. Pero un potente tamborilear salió del fuerte y los hombres salvajes

gritaron con su extraña lengua, insultando a los atacantes.

Cuando las paredes sobre ruedas llegaron a cincuenta metros de las murallas pwawwaw, se detuvieron. Ahora, la mitad de los hombres detrás de esos escudos móviles colocaron flechas en sus arcos. Los otros agarraron las escaleras y esperaron. Los pwawwaw, incapaces de contenerse más tiempo, comenzaron a disparar. Los disciplinados kaywo no contestaron, a pesar de sufrir algunas pérdidas; aguardaron hasta que su comandante diese la señal.

Él, mirando por la tronera de una de las murallas móviles, eligió el momento entre dos andanadas. Entonces bajó la mano, una trompeta emitió la señal de asalto y los soldados salieron de detrás de sus cobijos.

Los arqueros rápidamente se agruparon en filas de cuatro en fondo. A las órdenes de sus sargentos, comenzaron a disparar andanadas fila por fila. Y los que llevaban las escaleras corrieron hacia el pie de las murallas que tenían una altura de unos nueve metros. Ahora, las flechas de los pwawwaw comenzaron a encontrar carne. Caían kaywos, varias escaleras rodaron por el suelo y no volvieron a ser recogidas; la mayor parte de los que las portaban estaban muertos o heridos.

Pero los arqueros kaywo también acertaban. Muchas cabezas de pwawwaw asomaban sobre el borde de los puntiagudos troncos y fueron alcanzadas por las flechas y otros que momentáneamente abandonaron la protección de la empalizada, vieron su pecho perforado. Los pwawwaw dejaron de enviar fuego concentrado y quedaron a su iniciativa individual.

Los kaywo lanzaron un fuerte grito y alzaron las escaleras altas, las plantaron, sus pies en el suelo dejando que la parte superior cayese contra los muros. Los arqueros kaywo ahora apuntaron las zonas en donde estaban las escaleras. Cuando un valiente pwawwaw salió de detrás de su muralla para apartar una de las escaleras, quedó convertido en un erizo asaeteado por las flechas.

Lezpet se volvió en su silla e hizo un gesto a una carreta que había detrás. El vehículo había sido adaptado especialmente atándole en lo alto de su armaron un gigantesco tronco. También se había colocado en dirección opuesta al fuerte y a su larga lanza se habían unido doce caballos. Las ruedas posteriores de la carreta tenían un eje rotativo; este eje se podía girar varios grados a

derecha o izquierda por medio de cables y de una enorme rueda estilo timón colocada en lo alto del vehículo. Un soldado agazapado tras una silla volvía el timón; miraba a través de un agujero puesto en el centro de un espeso escudo de madera, que ocupaba la mayor parte del espacio de la parte superior de la carreta; el escudo del piloto y la rueda se encontraban a un lado, habiéndose colocado vigas en dichos costado para sostener la mitad del asiento y escudo del piloto que sobresalía.

La Pwez cabalgó hasta la carreta ariete y dijo unas cuantas palabras al soldado agazapado detrás del volante o timón. Luego volvió a una posición a pocos metros tras el equipo que iba a empujar a la carreta. A sus espaldas, los trescientos jinetes formaron en filas de cuatro en fondo.

Un trompeta, a una señal de Lezpet, emitió el toque de carga. Lezpet y alguno de los oficiales comenzaron a espolear los flancos de sus caballos y a azuzar el tiro de la carreta con látigos y gritos. Al principio, los animales parecían no querer galopar, como si tuviesen miedo de aquel extraño aparato al que debían empujar, en lugar de tirar. Pero bajo la escocedura del látigo comenzaron a alcanzar velocidad. Mucho antes de que la carreta llegasen a las puertas del fuerte, viajaba al máximo de la velocidad posible.

Bononi, en la fila delantera de la caballería, pudo ver a Lezpet delante suyo, pero la enorme masa de la carreta y del tronco que transportaba le tapaban la mayor parte del panorama. Así que al principio no vio que algún atrevido e inteligente pwawwaw abría las puertas. Su intención era mantenerlas abiertas lo suficiente para permitir que la carreta pasase por ellas y quizás unos cuantos de los jinetes. Luego cerrarían los portalones y los kaywo habrían perdido su única posibilidad inmediata de destruir la vía de entrada.

Sin embargo, Lezpet advirtió de inmediato lo que preparaban los pwawwaw. Espoleó a su potro para correr en torno al tiro y alcanzó el lado de la carreta. A pesar del estrépito hecho por las ruedas del vehículo, logró gritar una orden… y se retiró hacia atrás.

El piloto giró las ruedas delanteras a tiempo; la carreta osciló; la gran masa de la punta del tronco, sobresaliendo dos metros por delante del vehículo, se estrelló contra el borde de la puerta derecha y la hizo rebotar contra la pared, enviando por los aires y aplastando a los pwawwaw que la sujetaban. El ariete chocó contra

la puerta y la pared de detrás con un impacto que la arrancó de sus goznes y dobló los troncos de la muralla hacia su interior.

Los caballos que conducían la carreta se amontonaron en la parte posterior del vehículo al romperse sus arneses y se convirtieron en una masa coceante y estruendosa. La camareta del piloto salió despedida estrellándose contra la puerta, matando a su ocupante.

Pero el impacto no sólo abrió una vía libre a la caballería, sino que hizo caer a los arqueros de aquella zona de la puerta, enviándoles por los suelos. Y así quedó reducido el fuego efectivo hecho contra los jinetes, quedando limitados a los disparos que se hacían por el hueco de la puerta.

Los siguientes diez minutos fueron de confusión. Bononi se encontró metido en una turba atorbellinada, pero los pwawwaw iban todos a pie y podía golpear hacia abajo. Su espada subía y caía, subía y caía. Los kaywo que le acompañaban fueron cayendo cuando flechas disparadas desde la muralla acertaron a sus caballos: o las pwawwaw saltaban del suelo y les arrastraban, arrancándoles de su silla.

Pero, para entonces, muchos de los kaywo de las escaleras de sitio habían logrado trepar de rodillas, cruzar las murallas y saltar a las plataformas de los arqueros. Después de limpiar unas cuantas zonas de defensores, lucharon contra otros mientras los arqueros propios comenzaron a disparar a los pwawwaw en el suelo dentro del recinto.

Una de las flechas atravesó el vientre del jefe de los pwawwaw. El jerarca, plantado en una plataforma y dirigiendo el combate, cayó en medio del torbellino de la multitud que le rodeaba. Otro pwawwaw, un subjefe, cogió el estandarte caído, un palo con la cabeza de un oso salvaje a su extremo. Bononi, con su caballo apretado casi contra la plataforma por el peso de la multitud, golpeó con su espada y medio cortó la pierna del subjefe. El estandarte cayó al alcance de Bononi; lo recogió, se alzó en sus estribos para ser mejor visto por todos y agitó el emblema.

Los kaywo vitorearon y comenzaron a agruparse en torno a Bononi para defenderle contra los pwawwaw que forcejeaban por recuperar su insignia. Parte del valor parecía desaparecer en muchos de los bárbaros. Quizás, en su creencia, el estandarte

significaba la fuerza de los pwawwaw y quien lo poseía, heredaba también su fortaleza.

Cualquiera que fuese la explicación, la batalla se decidió rápidamente en favor de Kaywo. Minutos más tarde, los kaywo irrumpían dentro de la gran casa de troncos del centro del fuerte. Aquí encontraron a los niños y a muchas de las mujeres apiñados, esperando que les matasen o que les capturasen para dedicarlos a la esclavitud. Pero Lezpet había ordenado que los desarmasen lo antes posible y si los hombres pwawwaw veían que sus hijos y esposas no sufrían el menor daño, quizás no luchasen con tanta desesperación.

Lezpet gritó órdenes; los kaywo lograron formarse en dos líneas. Entre la avenida formada por las líneas, las mujeres y los niños huyeron por las puertas. Muchos cayeron y fueron aplastados bajo los pies de sus compañeros presos del pánico, pero la mayoría logró salir. Desde allí siguieron su fuga hacia los bosques. Luego los kaywo se reagruparon y lucharon hacia el otro extremo del fuerte. Después de llegar a él, abrieron la otra puerta y dejaron pasar a sus compañeros del exterior.

Desde entonces todo fue matanza y lucha. Los pwawwaw varones, encontrando que los kaywos no hacían esfuerzos por impedirles que saliesen por las puertas, echaron a correr.

Los kaywo no tuvieron dificultad en encontrar el navío de los Hombres Peludos de las Estrellas. Yacía en medio de una enorme excavación junto a la muralla norte.

Bononi refrenó su caballo junto a Lezpet y dijo:

—¡Es exactamente igual al que vi en las llanuras!

Lezpet saltó de su montura, bajó los escalones hasta la excavación y se detuvo ante la impresionante masa. El navío había sido desenterrado sólo parcialmente; dos tercios aún quedaban bajo tierra. Pero una rampa del suelo apisonado conducía hasta una ventana y así ella pudo ver su interior.

XVI

Bononi se plantó junto a ella, porque la ventana era un círculo de tres metros de diámetro y también miró. El vidrio-metal era claro. El sol formaba el ángulo correcto para inundar de luz su interior. No tuvieron dificultad en distinguir los detalles.

Había muchas cosas que parecían extrañas; le resultaban incomprensibles. Eso era de esperar. Los seres que controlaban su poder utilizarían máquinas dentro de su comprensión de gentes extrañas, no al alcance de un salvaje como él.

Una cosa sí que comprendió; los esqueletos en el suelo de la cámara interior de la nave. Los Hombres Peludos de las Estrellas habían muerto cuando cayó su nave. Eran seis, yaciendo esparcidos. El cráneo de uno estaba abierto, indudablemente a causa del impacto ocurrido hacía muchos centenares de años.

Los cráneos y esqueletos parecían semejar a los de los seres humanos. Desde esta distancia, Bononi pudo notar sólo dos diferencias notables. Cada cráneo tenía pómulos prominentes. Cada mano poseía seis dedos.

Lezpet se echó atrás y dijo:

—¿Cómo entraremos? No parece que haya ninguna puerta.

Ordenó a un prisionero pwawwaw, un hombre herido, que fuese a su lado. El individuo hablaba sólo su lengua nativa, pero uno de sus oficiales, especialista en pwawwaw, tradujo.

—¿Cuántos entrasteis en esto? —preguntó.

El oficial transmitió la pregunta; el individuo habló con una especie de jerga gutural.

—Dice que han intentado penetrar. Pero que, hasta ahora, no han encontrada nada que se parezca a una puerta. Además, el metal ha resistido a todos sus esfuerzos. Le golpearon dos días

precisamente en la ventana y ni siquiera la rayaron. Es más, rompieron todas sus herramientas.

Lezpet se mordió los labios y dijo:

—El Primero se reiría de nosotros si sacrificamos a tantos y luego tuviéramos que marcharnos con las manos vacías. Quizás haya alguna entrada más abajo en la nave. Pero no tenemos tiempo para excavar toda esa tierra que la rodea.

Bononi dejó la rampa y caminó en torno al casco plateado y curvo de la embarcación. Registró ambos lados y regresó junto a la Pwez.

—La piel de la nave es absolutamente lisa —dijo—. Excepto por seis ligeras diferencias. Forman un círculo, no tan grande como mi mano.

—Quizás significan algo —contestó Lezpet—. ¿Pero qué?

Bononi volvió a mirar dentro de la habitación. ¿Tendrían que dejar el navío tal como lo encontraron? ¿Deberían irse sin los misteriosos tesoros de los Hombres Peludos?

—Por lo menos, excelencia —dijo— si no podemos entrar, tampoco lo conseguirán los skego.

—Los skego tendrán cuánto tiempo necesiten para desenterrar el resto del navío —dijo furiosa—. Y también tiempo para estudiar medios de entrar. ¡No, tenemos que encontrar su secreto ahora! ¡Dentro de los próximos minutos!

Bononi volvió a mirar a los esqueletos. Seis dedos en cada mano. Trató de imaginarse qué aspecto tendrían esas manos cuando estaban cubiertas de carne.

Luego, bruscamente, giró en redondo y corrió bajando la rampa de tierra.

—¿Qué pasa? —le preguntó la Pwez, pero no se molestó en contestar. Recorrió el costado del navío hasta la parte posterior medio hundida en la muralla de la excavación. Entonces extendió la mano con los cinco dedos y la otra con uno solo. Y oprimió en las seis muescas que formaban círculo.

Inmediatamente, una gran rendija circular apareció en el liso casco.

Bononi gritó y Lezpet vino corriendo.

—¿Qué ocurre?

No necesitaba explicación. Una sección del casco se hundía

hacia dentro. Al cabo de un minuto, la porción circular se había hundido medio palmo, luego empezó a correrse hacia la izquierda, introduciéndose en el propio casco.

Bononi le dijo lo que había hecho. Ella, olvidando su dignidad por un segundo, gritó de alegría:

—¡Alabado sea el Primero! ¡Hizo falta un hombre salvaje que resolviese el problema! ¡Nos has cubierto de vergüenza a los de Kaywo!

Hizo un gesto a los soldados para que trajesen al prisionero pwawwaw. Mediante el intérprete, dijo:

—Me mientes. ¿Acaso ninguno de los de tu pueblo oprimió esas muescas?

El prisionero tenía los ojos desorbitados al ver la puerta corrediza. Contestó:

—Sí, lo hizo uno de nosotros. Pero no pasó nada.

—Eso es porque utilizaron sólo cinco dedos en su mano —aclaró Bononi.

Ahora que podían ver el interior, se quedaron atrás. La parte interna estaba oscura y silenciosa, con un millar de años y los peligros de seres de una estrella tan distante que hacía dudar hasta el más valiente que desease penetrar.

Lezpet miró a su alrededor, notando la impresión que sus súbditos no lograban disfrazar. Luego, volviéndose, entró por la puerta. Si sentía el mismo temor al descubrir el secreto que los demás, no lo demostró.

Bononi tomó una antorcha que tenía un hombre y la siguió. La antorcha mostró una pequeña cámara sin nada excepto unos cuantos botones y una bombilla o bulbo de metal en la pared. Más allá había un corredor; se unía con otro en ángulo recto que parecía atravesar todo el navío en su longitud.

Lezpet se detuvo y dijo:

—Yo me adelantaré con tres hombres hasta la habitación que vimos por la ventana. Tú, Rider, irás hasta la parte posterior con tres más. Coronel, envía a dos hombres a cada una de las cámaras. Coge todo lo que se pueda transportar y sácalo fuera. Busca cualquier cosa que pueda ser un arma. Pero en bien del Primero, no hagas nada sino sacarlo al exterior. No queremos poner en libertad poderes desconocidos.

Bononi condujo a sus hombres por el pasillo principal descendiendo hasta la parte posterior. Al final del corredor había una gran habitación. Las paredes estaban cubiertas con grandes cajas metálicas, doble de altas que él mismo. A los lados de estas cajas había ventanitas de cristal y agujas señalando símbolos extraños. No sabía el uso de las cajas, por lo que era inútil que las examinase. Estaban clavadas en el suelo. De todas formas, resultaban demasiado grandes para transportarlas en una carreta o en una de las galeras a remos.

Indicó a cada hombre que entrase en una diferente cámara posterior. Él lo hizo, en la que le correspondió. Era un cuarto grande, con muchas sillas y mesas atornilladas al suelo metálico. Una plataforma estrecha corría a lo largo de una pared y una lámina blanca de metal por encima de la plataforma cubría el resto del muro.

En la mesa metálica del centro de la habitación había una gran caja metálica. Estaba atornillada a la mesa. Tenía varios botones en el costado y una ventanilla circular metálica a un extremo. La ventanilla señalaba hacia la hoja metálica también blanca de la pared…

Bononi miró por la ventanilla, pero nada pudo vez excepto negrura. ¿Para qué podría servir aquel extraño aparato? Quizás, si apretaba uno de los botones del costado, entraría en funcionamiento, igual que ocurría al oprimir las muescas del lado del navío que activaron la puerta.

Pero la Pwez, con buenos motivos, había prohibido que experimentasen.

Bononi no comprendía que esta cosa pudiera ser un arma. En primer lugar, las sillas y las mesas y los restos esparcidos mostraban que debía ser alguna especie de salón. Oh, quizás, una sala de lectura. El que leía podía plantarse en la plataforma, para comunicar en alta voz a los demás lo que decía su libro.

Incapaz de resistirse, Bononi oprimió uno de los botones y se echó hacia atrás. No pasó nada.

Tembloroso, extendió la mano y oprimió otro. Y saltó hacia atrás también. Nada.

Había un tercer botón. Casi estaba decidido a olvidarlo y continuar su búsqueda en otro cuarto. Pero no había dado más que

dos pasos cuando regresó junto a la caja. En esta ocasión, cuando oprimió el último botón, recibió una respuesta que casi le hizo correr por la entrada.

Una luz salió disparada del ojo de la caja y un cuadrado de brillantez apareció en la hoja metálica blanca de la pared.

Bononi se quedó petrificado, su dedo en el botón. Si era ésta alguna arma horrible, si la pared comenzaba a fundirse, la pararía.

Pero la brillantez pronto cambió y se convirtió en una configuración de sombras.

Durante un momento, porque jamás había visto tal cosa, no distinguió nada, no captó sentido alguno de las sombras de la pared. Luego, como si alguien le hubiese oprimido un botón dentro suyo, vio que las sombras eran imágenes que se movían.

¡Y qué imágenes! Grandes edificios que hacían parecer a las estructuras gigantescas de Kaywo como montones de arena. Hombres y mujeres en ropas extrañas y con el aspecto bestial de los Hombres Peludos con trajes de una piel rojiza, orejas puntiagudas y monstruosamente prominentes pómulos.

Las imágenes parecían luchar en las calles. Evidentemente, habían sido tomadas durante la conquista de una ciudad por los Hombres Peludos. Había muchos tipos de aparatos que convertían en polvo las fachadas de los edificios. Pero el que más le interesó fue una arma de mano. Los Hombres Peludos apuntaban con ella a sus enemigos y los enemigos desaparecían en una nube de humo.

Al oír voces en el pasillo, Bononi oprimió apresuradamente el botón que había puesto en acción a la caja de las imágenes. Las figuras de la pared continuaron moviéndose. Oprimió otro botón; las imágenes aceleraron su acción, se convirtieron en un torbellino.

Sudando, temeroso de poder ser descubierto en plena desobediencia, oprimió el tercer botón. La luz parpadeó apagándose y las imágenes desaparecieron.

Bononi salió al pasillo y preguntó al teniente que encontró allí si había descubierto algo de valor. El oficial se encogió de hombros y dijo que habían encontrado muchos objetos portátiles. ¿Quién sabía si servían de algo? Indudablemente lo fueron para los Hombres Peludos, pero tendrían que ser evaluados después de que los llevasen a Kaywo.

Bononi localizó a los tres hombres que había enviado a buscar y

les interrogó.

Uno le llevó hasta un gran cuarto que, evidentemente, era un almacén. Aquí, en una especie de cubo, Bononi encontró doscientas de las armas de mano que había visto en las imágenes movibles. Y, en otro cajón cerca del primero, millares de cilindros metálicos. Estos sabía que, según las imágenes, se colocaban en las armas y se descargaban.

Bononi se plantó delante de los recipientes durante varios momentos, indeciso. Unos pocos kaywos, equipados con sus armas podrían derrotar a un ejército. Si los skego aparecían en grupo en aquel instante, serían destruidos. Si las armas se llevaban a Kaywo, los hombres sabios quizás analizasen su funcionamiento, incluso fabricasen más iguales a ellas. Lo que significaría que Kaywo no tardaría en conquistar todo el planeta. No necesitarían a los eyzonuh. De hecho, era inevitable que su pueblo fuera derrotado y esclavizado.

Sin embargo, había jurado lealtad a la Pwez, para salvarla de todo daño aunque significase entregar su vida.

Si mantenía el juramento, traicionaría a sus paisanos. Si llevaba a cabo su deber para con ellos, quebrantaría el juramento.

Por último vio claro su camino. Durante un momento, por lo menos. No había nada que pudiese hacer para impedir que las armas fuesen llevadas a Kaywo. Pero sí podía aplazar el momento de que se averiguase su modo de funcionar manteniendo silencio. Tarde o temprano, los kaywo lo sabrían. Cada momento de ignorancia por su parte, sin embargo, significaba otro momento de supervivencia y esperanza para su pueblo.

Si tomaba una arma y los cilindros se los llevaba a Eyzonuh, allí podrían duplicarlos. Eso daría a los eyzonuh una oportunidad de luchar contra los kaywo. Su lealtad a la Pwez iba sólo tan lejos como las palabras literales de su juramento. Podría luchar por ella contra los skego o cualquier enemigo que apareciese durante su regreso a la nación de la Pwez. Y, si era preciso, daría su vida por protegerla de ella.

Pero nadie, ni siquiera Jehová, podía esperar que traicionase a su raza. Y, a la primera ocasión que tuviera, renunciaría formalmente al juramento. Era la única salida.

Envió fuera a los kaywo con el pretexto que necesitaba más

gente para sacar al exterior los artefactos. En cuanto el último hombre salió de la habitación, Bononi dejó caer dos de las armas y varios centenares de cilindros en su mochila. Regresó a la habitación en donde estaba la caja de imágenes y la inspeccionó. En la parte trasera del aparato había una puerta que se abría cuando se tiraba de su mango. Dentro había una abertura más pequeña; y una manecilla sobresalía de su parte central. Tiró de la manecilla y una cajita negra salió. Delante de la caja había dos cortos espigones metálicos; éstos encajaban en dos receptáculos del extremo opuesto de la cámara en la que se colocaba la cajita.

Bononi prefirió mejor dejar caer la caja en algún lugar en donde los skego no la encontrasen. No conocía su propósito, pero esperaba que la caja mayor no funcionase sin ella. Para probarla, oprimió el botón de puesta en marcha y la caja no proyectó ninguna imagen.

Rápidamente, registró la habitación, encontró un cajón lleno de cajitas pequeñas con dos espigones del mismo tamaño que la que había quitado. Entró al pasillo y ordenó a los soldados que se llevasen aquello. Ahora, los skego no sabrían cómo hacer funcionar las armas de mano aun cuando lograsen capturarlas.

El navío había sido despojado de todos los objetos móviles y éstos se trasladaron a tres carretas. Precisamente cuando se sacaba la última carga de la nave, un oficial vino a caballo colina arriba e informó a la Pwez.

—Acabamos de divisar una flota inmensa de galeras doblando el recodo del río —dijo—. Está sólo a unos cuantos kilómetros de aquí. Y la vanguardia de la caballería skego ha aparecido saliendo del camino del bosque. Si no nos damos prisa, nos veremos aislados en el valle.

Lezpet cabalgó hasta lo alto de la colina para verlo por sí misma, seguida por Bononi. El informe del oficial era cierto. Un centenar de galeras llenaban el río, sus largos remos subiendo y bajando en un agitado frenesí. También los primeros de una larga fila de jinetes corrían hacia las panzudas galeras de los kaywo, a dos kilómetros de distancia.

—Habrá una fuerza muy grande entre nosotros y las galeras antes de que podamos bajar hasta allí —dijo Lezpet—. Lo bastante para retrasarnos hasta que lleguen las naves skego. No podremos realizarlo —se volvió a su primo, Usspika—. Tendremos que

escapar por tierra. Seguiremos el camino del bosque del que me hablaste, el que conduce a lo largo de los acantilados durante un rato, luego se hunde hasta el camino del río.

—No podemos correr mucho si llevamos consigo a nuestros heridos —dijo Usspika.

—Me sabe mal hacerle esto a los hombres que lucharon tan bravamente por mí y por Kaywo —replicó Lezpet—. Pero no podemos perder todo lo que luchamos por conseguir. Mata a todos los que estén demasiado heridos para cabalgar. Diles que sus nombres serán escritos para siempre en la Columna de los Héroes y que sus familias nunca pasarán hambre o estarán sin hogar mientras existan.

Usspika saludó y se fue a caballo. Lágrimas aparecieron en los ojos de Lezpet. Viendo a Bononi mirarla, se le acercó y sacudió la cabeza furiosa.

—Primero es Kaywo —dijo—. Esos hombres morirán con el nombre de su tierra madre en los labios y bendiciéndome.

Volvió hasta la vanguardia de su columna que se formaba apresuradamente. De los novecientos que subieron el acantilado hasta el fuerte pwawwaw, menos de la mitad estaban ahora sentados en sus monturas.

—Un alto costo —dijo—. Pero valía la pena.

Un oficial refrenó su caballo ante ella.

—¡Los skego ya empiezan a subir al acantilado! ¿Queréis que alguno de nosotros ataque, para contenerlos y daros más tiempo?

—No podréis retrasarlos mucho —dijo ella—. No valdría la pena. Vuestras espadas serán más valiosas después.

Miró a su alrededor para asegurarse de que si todo el sangriento asunto de acabar con los heridos se había realizado. Luego, dio la señal de marcha. Y espoleó su caballo hasta obligarle a un galope desesperado. Detrás vino la caballería y las tres carretas llenas hasta rebosar con los artefactos sacados de la nave.

El camino era un sendero polvoriento, rebordeado por espesos árboles, lo bastante ancho para que pasasen dos caballos cada vez. Serpenteaba recorriendo el acantilado durante seis quilómetros; luego, de pronto, descendía por las rocas y se dirigía hacia el río. En la cumbre de la colina, Lezpet detuvo su caballo y miró hacia el norte. Muy abajo y en esa dirección se veía una larga fila de jinetes

galopando por el polvoriento camino que seguía la corriente de agua.

—Les llevamos unos cinco kilómetros de delantera —dijo—. Y nuestros caballos deben de estar más frescos que los suyos. Creo que nuestra oportunidad es muy buena.

Descendieron despacio por el acantilado, pero el camino era escarpado. Desde el pie de las rocas, el sendero formaba ángulo hacia el camino general del río. Tres kilómetros de pueblo y llegaron a la orilla. Aquí, la senda se quedaba a su derecha en dirección a los acantilados y el río a la izquierda. No podían ver a los jinetes perseguidores, pero sí vieron la primera de las galeras, aun chorreando agua.

—Si tomamos por el bosque, les perderemos —dijo Lezpet—. Pero nunca lograremos hacer pasar las carretas a través de los árboles. No, seguiremos corriendo hasta que encontremos Un buen lugar para resistir quizás… bueno, no importa. ¡Adelante!

En una de las paradas que hicieron para dar un corto descanso necesario a los caballos, Bononi se deslizó en los bosques. Aquí abrió la parte posterior del arma de mano como había visto hacer a los Hombres Peludos en las imágenes que se movían. Los cilindros, que sobresalían ligeramente por su extremo, los fue colocando en los veinte receptáculos de la cámara giratoria interna del arma. Cerró la tapa y luego apuntó a lo largo del cañón de aquel revólver. Había un saliente pequeño cerca del extremo de dicho cañón; eso, supuso, le ayudaría a apuntar. Un botón dentro de la culata que quedaba en la palma de la mano debía ser, según razonó, oprimido para disparar. Era el único saliente externo. Le hubiera gustado probar el arma, pero tenía miedo de que el resultado alarmarse a los kaywo. Si descubrían que estaba ocultando los conocimientos, la cosa sería mala para él.

XVII

Se reunió con la columna y montó en su caballo. Los kaywo reanudaron la marcha con un trote; era inútil esforzar a los caballos hasta que cayeran reventados.

Al cabo de tres kilómetros, llegaron a un punto en donde el camino giraba hacia la derecha y entraba en un valle estrecho formado por dos abruptos acantilados. Los constructores de aquella tosca carretera se habían visto obligados a seguir por allá, porque el precipicio a la izquierda terminaba en la misma orilla del río.

Lezpet detuvo su montura.

—Este será un buen sitio para dejar una fuerza de choque que contenga a nuestros perseguidores —dijo.

—¿Y qué impedirá a los skego dar la vuelta por el otro lado de este acantilado? —preguntó el Usspika.

—Nada les impedirá intentarlo —contestó ella—. Pero tendrán que cruzar un bosque muy espeso y les costará mucho tiempo dar la vuelta. Creo que intentarán abrirse paso luchando a través del valle antes de probar eso otro. Para entonces, ya tendremos las carretas a muchos kilómetros de distancia. Y nunca nos alcanzarán.

Un explorador recorrió la longitud de la columna y refrenó su caballo vivamente ante la Pwez.

—¡Las galeras skego están a menos de un kilómetro de distancia!

—Deben hacer trabajar a sus esclavos hasta que saquen espuma por la boca —comentó Lezpet—. Si podemos mantener la delantera con respecto a ellos, les agotaremos.

Pidió voluntarios para que se apostasen a la entrada del valle. Cada hombre alzó su espada para indicar su ofrecimiento. Bononi estaba entre ellos. No es que desease luchar en lo que sería una batalla a muerte, bajo circunstancias ordinarias, pero se daba

cuenta de que podría salir con bien utilizando el arma de los Hombres Peludos y luego, quedándose retrasado con respecto a la Pwez, desertar sin remordimientos de conciencia.

Pero ella no le eligió entre los doscientos, que era el número aproximado de la fuerza que iba a quedarse allí.

Ciento cincuenta se apostaron detrás de las rocas amontonadas tapando la entrada del valle. Otros cincuenta treparon a la cumbre a ambos lados para desde allí disparar flechas y dejar caer piedras entre los skego. La Pwez, después de saludar a los valientes que habían decidido quedarse, condujo el resto a la otra salida del valle. La cañada tenía unos cinco kilómetros de largo entre las dos partes casi verticales del acantilado. Su progreso fue lento a causa del suelo fangoso y resbaladizo. De pronto, las paredes de piedra acabaron y la carretera abierta apareció ante ellos.

También ante ellos estaban los skego. A pie.

La Pwez detuvo su caballo.

—Las galeras llegaron primero —dijo—. Por lo menos, algunas; tendremos que cargar, tratando de pasar por entre sus filas.

Bononi, calculando sus posibilidades, vio que no podrían presentar un amplio frente a los skego. Saliendo de un valle estrecho, no podrían extenderse antes de tropezarse con sus enemigos. Y los arqueros estaban ascendiendo por los costados de las colinas y subiéndose a los árboles.

Bononi, esperando que nadie se fijase en él porque todos miraban a los skego, sacó una de las armas de la mochila. La empuñó con la mano izquierda y sostuvo su espada con la diestra. Cuando cargaran, intercambiaría las dos armas.

El Usspika dijo:

—Debéis volver al centro de la columna, Excelencia. Los de primera línea morirán. No podemos correr el riesgo de que te maten. O, peor, te hagan prisionera. Los hombres se desanimarían. Y los skego podrían entonces capturar el tesoro de los Hombres Peludos.

Lezpet dudó un momento. Luego dijo:

—No me gusta actuar como una mujer cobarde, primo. Pero, en bien de Kaywo, haré lo que me dices.

Bononi, Joel y Zhem, como parte de su guardia personal, retrocedieron con ella hasta el centro de la columna. Bononi estaba

satisfecho. Verse rodeado por tanta gente toda la atención de éstos puesta en los skego, sería más fácil utilizar el arma.

La trompeta dio la señal de carga. Gritando «¡Kaywo! ¡Kaywo!» la columna se lanzó hacia adelante, luego comenzó a cobrar velocidad. Para cuando los primeros kaywo dejaron el valle, toda la fuerza iba al galope.

Los skego permanecieron agrupados al exterior de la entrada, formando un sólido cuerpo de relucientes lanzas. Otros venían corriendo del río para unírseles, tan rápidamente como las galeras últimamente llegadas, arribaban a la orilla y sus soldados podían saltar por la borda.

Los primeros kaywo cayeron, las flechas clavadas en sus cuerpos, en las carnes de sus caballos. Los de detrás saltaron sobre ellos y también se desplomaron cuando se vieron pillados por las zancadillas realizadas por las patas de los otros animales caídos. Entonces, los kaywo habían chocado ya con las lanzas de los skego, cayendo traspasados en sus filas delanteras. Detrás vinieron las espadas oscilante de sus compañeros y también cayeron skego.

Poco antes de llegar a la boca del valle, Bononi espoleó su caballo dirigiéndole a un lado y luego disminuyó la marcha. Trasladó la espada a la izquierda y el arma extraña a la derecha. Alzó el aparato, apuntó a lo largo de su cañón a un grupo de skego que corrían subiendo por la orilla y oprimió el botón.

El arma retrocedió ligeramente. Una nube de humo y un fuerte ruido salió del grupo al que había apuntado. Cabezas y brazos y cuerpo rotos asomaban por entre el humo. Cuando éste se disipó, había por lo menos veinte cuerpos destrozados. Y los hombres cerca de sus compañeros estaban plantados como paralizados, sin saber lo que había pasado.

Bononi se sintió impresionado por los resultados y en cierto modo asustado también. Y, sin embargo, volvió a apuntar, esta vez al borde del grupo combatiente, en donde un cierto número de skego trataban de acercarse lo bastante para utilizar sus lanzas. Otra nube de humo y un estallido como la palmada de un gigante. Una docena de cuerpos destrozados.

Los ruidos tuvieron un defecto infortunado. Asustaron a los caballos cercanos a la explosión de modo que retrocedieron y se libraron de la mayor parte de sus jinetes. Eso no se pudo evitar.

Tampoco pudo evitarse que cuando él disparó por tercera vez despedazó a varios kaywo junto a un buen número de skego.

Ahora, por encima de las cabezas del grupo, apuntó a una galera que acababa de llegar a la orilla y estaba descargando sus cincuenta soldados. Bajó un poco la puntería y apretó otra vez el botón. En esta ocasión la mitad delantera de la embarcación quedó destruida. Volvió su atención a las rocas y a los árboles que contaban con arqueros skego. Mantuvo el botón apretado y vio aparecer una nube tras otra, cuerpos y ramas desmoronarse y los arqueros soltando los arcos corrieron como si el propio Seytuh les persiguiera.

Cuando soltó el botón, fue sólo porque el arma había dejado de funcionar. Un trabajo de menos de un minuto, abrir la tapa y colocar veinte cilindros más dentro de la cámara giratoria. No había rastro de los cilindros gastados; supuso que se autoinmolaron una vez realizado su trabajo.

Enfundó la espada y espoleó su caballo para que galopase. Para entonces los skego se habían retirado y los supervivientes kaywo cabalgaban descendiendo por el camino, las tres carretas entre ellos. Cuando Bononi salió del valle, los demás le llevaban bastante delantera. Los skego, viendo un jinete solitario, corrieron a interceptarle.

Dos disparos mataron a una docena de los más avanzados; los otros dieron media vuelta y corrieron tan rápidamente en dirección opuesta, como habían aparecido. Y se vio libre.

No le costó mucho alcanzar a sus compañeros. Los kaywo se habían detenido y estaba mirando a una barricada de troncos cruzada en el camino que debían seguir.

—¡Escapaste! —exclamó Zhem muy alegre—. Pensé que te habían matado.

—¿Quién levantó eso? —preguntó Bononi, señalando la barricada.

—Hombres salvajes. Pwawwaw de algunos poblados cercanos. Pero no lo han hecho por propia idea. Hemos visto unos cuantos individuos con cascos y penachos de crines rojas. Agentes skego.

Bononi llevó su caballo cerca de la Pwez y dijo a Zhem:

—¿Por qué no cargamos contra ellos?

—Los hombres salvajes nos superan en número en la proporción de dos a uno. Debe haber un millar.

Bononi señaló el río.

—Aquí llegan más galeras skego.

La Pwez estaba hablando a un coronel, segundo en el mando, ya que ahora el Usspika había caído.

—No sé lo que causó esas explosiones —decía—. Quizás fueron rayos arrojados por el Primero para ayudarnos, como tú dices. Pero si así lo fueren, ¿por qué el Primero no destruye esa barricada? ¿Y por qué no destruye también con ella a los salvajes?

—Quizás lo haga, cuando carguemos —contestó el coronel.

—Debe de haber alguna otra explicación —continuó Lezpet—. Quizás tengan un arma nueva, pero que no ha sido probada suficientemente y que estalla antes de lo que se suponía.

—Tenemos que cruzar por entre los
L'wan
o rodearles —dijo el coronel—. Los skego no tardarán en desembarcar de esas nuevas galeras.

—Sería un suicidio cruzar el bosque. Debe haber un
l'wan
detrás de cada árbol. No pasaremos por ahí.

El corneta había muerto y nadie recogió un cuerno de avisos. Así que la Pwez dio la señal y los quinientos cargaron. Bononi, cabalgando detrás de la Pwez disparó. Los troncos de la barricada salieron volando entre el humo. Con ellos, pedazos de cuerpos.

Las explosiones ensordecedoras, sin embargo, asustaron a las cabalgaduras, que se detuvieron, se alzaron de manos y marcharon desbocados hacia el bosque. Los caballos que siguieron detrás corriendo en línea recta, chocaron con los que se habían detenido. Luego, si hubiesen cargado los
l'wan
habrían pillado a los kaywo en una malísima situación. Pero estaban demasiado ocupados corriendo para salvarse en el bosque.

Para cuando los caballos habían sido dominados y el orden restaurado, siete galeras skego estaban ya en la orilla.

—¡Tomad los botes! —gritó Lezpet—. ¡Si podemos capturar algunas galeras, tendremos mejor posibilidades de escapar! ¡No más emboscadas!

Espoleó su montura hacia los hombres que saltaban de las lanchas en las aguas poco profundas de la orilla. Los demás la

siguieron. Todos… excepto Bononi.

Cabalgó hasta el borde del río y apuntó a las cinco galeras que venían en ayuda de las demás ya en la orilla. Ahora mantuvo el botón apretado y corrigió su puntería según las salpicaduras del agua producidas por los fallos. Tres de las lanchas estallaron antes de que tuviese que recargar. Dos de las supervivientes hundieron sus proas en el blando barro de la orilla y los skego saltaron a tierra. Bononi terminó de recargar, hundió a la tercera y luego destrozó un grupo que se reuma en orden de batalla. Eran un centenar cuando empezó a disparar. Después de aclararse el humo, cincuenta estaban eternamente fuera de combate. El resto corría hacia el bosque.

Vació el arma contra ellos para estimular su pánico. Luego recargó y volvió a guardarla en su mochila. Con la espada en la mano, dirigió su caballo a la refriega.

Fue un trabajo sangriento durante cinco minutos, antes de que irrumpiesen los skego supervivientes. Trataron de hacer retroceder a sus galeras dentro del río; dos embarcaciones consiguieron alejarse y comenzaron a flotar corriente abajo con sólo unos pocos hombres a bordo. Las otras lanchas fueron salvadas; los presuntos refugiados vieron cortados su camino en las aguas poco profundas cercanas a tales embarcaciones.

—¡Es demasiado tarde, Excelencia! —exclamó el coronel. Estaba pálido agarrándose una herida sangrante en su brazo derecho y tambaleándose en la silla—. ¡Mirad! ¡Estarán sobre nosotros antes de que podamos siquiera ponernos en marcha!

Lezpet miró a las veinte galeras que marchaban raudas hacia ellos y frunció el ceño. El coronel decía la verdad. Podían subir a bordo de las lanchas capturadas, pero, para cuando pudieran empezar a remar, su ruta de escape quedaría cortada.

—Mala cosa es que hayamos perdido tanto tiempo y hombres tratando de apoderarnos de estas embarcaciones —dijo—. Así sea. Quizás el Primero intercederá algo más para salvarnos.

Bononi dudó durante un minuto. ¿Debería decirla la verdad? Si lo hacía, los kaywo podrían tomar las armas de las carretas, cargarlas con cilindros y hundir a las veinte naves skego. Pero entonces Kaywo sería el conquistador inevitable de Eyzonuh. Y Lezpet le ejecutaría por no haberle dicho nada cuando descubrió el

principio del uso de las armas.

No, mejor sería esperar y ver lo que podría ocurrir.

—Cabalguemos por el camino del río —dijo Lezpet—. Quizás el Primero no haya terminado con sus truenos.

—¿Por qué no confían que el Primero hunda esos navíos en nuestro favor? —preguntó el coronel.

Lezpet abrió la boca para responder, pero no dijo nada. El coronel se había desmayado y caído del caballo.

Un soldado desmontó para examinarle. Alzó la vista y dijo:

—Creo que se ha roto el cuello, Excelencia. Ha muerto.

XVIII

Se alejaron al trote, porque sus caballos estaban cansados. Ningún l'wan
o agente skego apareció para cerrarles el paso. Bononi, de pronto, viendo que podrían escapar, detuvo su caballo. Descendió y fingió examinar el casco de una de las patas del animal, como si estuviese herido, en apariencia; su treta resultó, porque los demás siguieron cabalgando. Zhem no se había fijado en su parada; marchaba con los otros cerca de Lezpet.

En cuanto el último de la columna desapareció en torno a un recodo de la carretera Bononi llevó su caballo hasta el bosque. Cerca de la orilla ató el animal a un arbusto y luego se acercó al margen fluvial. Las galeras skego venían de frente suyo cuando llegó hasta el árbol. Allí se encontraban a menos de veinte metros de distancia. Se arrodilló junto al tronco, apretó el arma apoyándola en un saliente y oprimió el botón.

Una tras otra las galeras estallaron. Recargó y vació el arma hasta que la última de las embarcaciones se partió por la mitad y se hundió.

Bononi hizo una pausa momentánea antes de colocar más cilindros en la cámara giratoria de la pistola. Había resultado hasta ahora perfectamente su plan. En unos momentos, alcanzaría a los otros y les diría que el Primero había hundido a las embarcaciones restantes. Podrían regresar a bordo de las galeras que se quedaron en la orilla. A menos que algo imprevisto sucediese, nada les impediría bajar remando por el
L'wan
y entrar en el Sy.

Miró como la popa de la última de las embarcaciones volcaba

antes de hundirse y vio centenares de hombres luchando en la rápida corriente. La mayor parte se ahogaría porque llevaban armadura. Poseyendo aquella arma, pensó, era como ser casi un dios. Veinte embarcaciones y mil hombres destruidos en menos de sesenta segundos.

Pero ¿qué clase de mundo sería aquel si todos poseían un arma como la suya? Entonces, un gran guerrero sería menos que un hombre, porque cualquier mujer podría destruirle meramente apretando un botón. ¿No sería mejor que aquellas armas desapareciesen para siempre?

Sin embargo, nadie le podría quitar este momento de gloria. Él era, sino un dios…

Durante un segundo no pudo comprender lo que había pasado. La sorpresa se le disipó y supo que era una lanza con su cabeza medio enterrada en el árbol y el asta vibrando. Le había pasado tan cerca, que la afilada hoja le quemó el brazo, aunque no le hizo brotar sangre.

Se puso de pie de un salto, girando, el arma subiendo en su mano apuntada hacia el enemigo desconocido.

No era desconocido.

Joel Vahndert estaba plantado a menos de cincuenta metros. Retiró el brazo hacia atrás para lanzar una segunda jabalina.

Bononi apuntó el arma y oprimió el botón. No pasó nada. Se maldijo al darse cuenta de que no la había recargado. Joel arrojó la jabalina. Bononi se lanzó a un lado y el arma pasó silbando por el espacio que antes ocupara. Joel, desenvainando la espada, corrió para atacarle.

Bononi abrió la puertecilla de la parte posterior del arma, rebuscó en su mochila, encontró dos cilindros, pero se le cayeron cuando intentaba colocarlos al mismo tiempo en la cámara giratoria.

Oyó un grito detrás de Joel. Zhem apareció por entre los arbustos. Joel giró, vio a Zhem y siguió girando. Evidentemente había decidido que Bononi era más peligroso. Debía haber visto usar el arma y comprendió que si Bononi la cargaba podía considerarse muerto.

Bononi se levantó y lanzó la pistola al rostro de Joel, alcanzándole encima de la nariz. La cabeza de Joel cayó hacia atrás

y su rostro se inundó de sangre. Pero siguió corriendo. Bononi tuvo tiempo de sacar la espada; Joel era como un torbellino golpeando con gran fuerza; hizo que Bononi retrocediese.

El pie de Bononi resbaló en el barro del borde de la orilla y cayó hacia atrás dentro del agua. Joel se agachó para saltar tras él y asestarle un golpe antes de que pudiese levantarse. Pero una forma oscura surgió a través del aire y cayó sobre su espalda. Ambos se desplomaron en el agua, se hundieron y emergieron separados.

Bononi se puso en pie y se encontró con que el río le llegaba hasta la cintura. Marchó hasta Joel que aún tenía la espada en la mano. Zhem, saliendo dos segundos más tarde, estaba a pocos pasos del hombretón. Sin embargo, sin armas, saltó contra Joel. La hoja del arma de Joel se le hundió entre las costillas.

Bononi, gritando, llegó tras de Joel, le rodeó el cuello con un brazo y golpeó con su puño la parte baja de su espalda.

Joel se quedó sin aliento y trató de golpear hacia atrás, por encima del hombro, a Bononi. La hoja pegó de lleno en la espalda de Bononi y le hizo daño, pero no soltó a su presa. Lleno de una fuerza de su odio hacia Joel y con furia porque creyó que Zhem estaba muerto, tanteó con su mano izquierda. Encontró la boca abierta de su rival y metió en ella el puño, profundo, muy profundo y cerró los dedos en torno a la lengua.

Joel se ahogó, agitó los brazos, dejó caer la espada y trató de cerrar la boca mordiendo el puño. No podía hacer nada; fuerte como era, se encontraba aferrado por un hombre al que la rabia y el dolor había causado una fuerza sobrehumana.

Bononi dio un tirón con un grito salvaje. Joel alzó las manos y cayó hacia atrás, en el agua, mientras Bononi le soltaba.

No trató de levantarse, sino que flotó a pocos palmos, luego se hundió. Una gran mancha de sangre se extendió allá donde se hundiera. Bononi se quedó plantado en el agua mirando a la cosa que parecía un pez sin cabeza, y que tenía en la mano.

Finalmente, Bononi abrió la izquierda y dejó caer la lengua en el río. Vadeó hasta Zhem que estaba apoyado contra la orilla. Tenía los ojos abiertos, pero rápidamente se vidriaban.

—¿Lo mataste? —murmuró. Se desplomó y se habría hundido bajo la superficie si Bononi no le sostuviera.

—Escucha —murmuró—. Dile… a mi pueblo… que morí…

como un hombre…

—Lo haré si se me presenta la oportunidad —contestó Bononi—. Pero todavía no has muerto.

—Mi deuda… está pagada. Hasta la…

Se desplomó y su corazón dejó de latir.

Bononi, aunque de pronto sin fuerza, logró subir a Zhem a la orilla. Se quedó allí sentado, jadeando, preguntándose qué haría después. Sólo cuando oyó los cascos de caballos en la maleza y el frotar Se las ramas contra las armaduras se dio cuenta de que todo no había terminado aún.

Se puso en pie para ver a la Pwez aproximándose a caballo. Tras ella, el resto de los kaywo.

Sin pensarlo, dio un paso hacia el frente, cogió el arma caída y la recargó. La guardó en su cinturón.

—Nos preguntábamos si vosotros tres, hombres salvajes, os habríais perdido al no veros de súbito —dijo ella—. No me habría molestado en venir a por vosotros, pero cuando oí las explosiones me puse a pensar. ¿Podías haber sido tú la llamada intervención del Primero utilizando uno de los aparatos que sacamos del navío de los Hombres Peludos? No parecía probable que un simple salvaje hubiese descubierto algo que se nos pasó por alto a nosotros. Sin embargo, tú no tienes nada de simple. Después de todo, fuiste quien encontró la manera de entrar en el navío. —Su rostro descompuesto adquirió un feo color rojo—. ¡Traidor! —gritó—. ¡Descubriste cómo utilizar esa cosa que llevas en el cinturón! ¡Y no me lo dijiste! ¡Planeas llevárselo a los eyzonuh!

—Cierto —contestó Bononi—. Pero no soy traidor. Iba a procurar que volvieses a tu país sana y salva.

—¡Traidor! ¡Hediondo hombre salvaje!

Le señaló con un dedo tembloroso y gritó:

—¡Matadle! ¡Matadle!

XIX

Bononi se sentía cansado, muy cansado. Estaba harto de sangre con una hartura que le duraría de por vida. Y aquellos hombres eran valientes, grandes guerreros. No deberían tener que morir, aquí, en este bosque tan lejos de la patria, muy separados de sus hogares. Especialmente porque habían peleado tan bien y estaban tan cerca del triunfo.

Pero tampoco él quería morir. Así que tenía que hacer lo que era inevitable.

Vació el arma y la recargó, tomándose el tiempo necesario en la recarga, sin precipitarse. Disparó sólo la mitad del segundo cargador, luego esperó a que se disipara el humo, ya que los pocos supervivientes, desmoronado su valor, huyeran a pie o a caballo.

Lezpet no había huido. A la primera explosión, su caballo se alzó de manos violentamente y la arrojó al suelo. No recobró el conocimiento hasta que todo hubo terminado. Cuando al mirar en su torno vio la carnicería, sollozó.

Bononi la hizo ponerse en pie, la volvió de espaldas y la ató las manos tras la espalda con una cuerda tomada de la silla de un caballo muerto. Dócil, perdidas ya sus ganas de pelear, ella se sometió a todo sin decir palabra. Luego de atar el extremo de la cuerda a un árbol, Bononi montó en su caballo y fue en busca de una montura para la Pwez. Le costó casi cinco minutos hallarla, consiguiendo por fin capturar a uno de los animales que se espantaron por causa de las detonaciones. Regresó, la desató del árbol y la colocó en la silla del caballo. Sujetando las riendas de la otra montura con una mano, volvió cabalgando hasta el camino. Tras cubrir apenas dos kilómetros, vio las tres carretas esperando junto a la cuneta. Los conductores y unos veinte soldados estaban

plantados junto a ellas.

Al advertir que su gobernanta llevaba las manos atadas a la espalda, gritaron furiosos y comenzaron a montar en sus caballos. Bononi no quería que quedasen testigos, así que, de mala gana, pero con cuidado disparó.

Pero su cuidado al disparar no fue lo suficientemente esmerado, porque uno de sus disparos, dirigido a un hombre que caía sobre él al galope, le falló la puntería. La fuerza o lo que fuera aquello, proyectado por el arma debió alcanzar a una de las carretas, y el vehículo seguramente contuvo un potente explosivo de especie desconocida, Quizás fuera que los cilindros almacenados en las cajas estallaron todos a la vez.

Las consecuencias fueron una tremenda nube de humo con una columna de fuego y una detonación que recorrió todo el camino derribando a los caballos de Bononi y Lezpet.

Por fortuna, ninguno de los dos quedó lastimado, excepto algunas peladuras y una profunda sordera, y los caballos lograron ponerse en pie. Bononi, atontado, contempló cómo el humo se disipaba y dejaba ver un cráter de unos diez metros de amplitud a un lado de la carretera. De los tres vehículos, los caballos de tiro y de monta y de sus jinetes no quedaba ni rastro.

De no haber estado tan anonadado, se habría puesto a llorar. Todos sus sueños de enterrar los artefactos de los Hombres Peludos y de regresar algún día con los eyzonuh para recuperarlos, se acababan de esfumar. Se había quedado con dos de aquellas armas y quizás con una cincuentena de cilindros.

—Espero que estés satisfecho —dijo Lezpet—. Ahora, ¿por qué no me matas y completas tu sanguinaria obra?

—He jurado no hacerte daño —contestó Bononi.

Lezpet se puso a reír aguda e incontrolablemente. Bononi no encontró difícil comprender su actitud; la afirmación que acababa de hacer le parecía una tontería hasta a él mismo. Pero debía actuar como había dicho. Tenía que protegerla de los demás y no pensaba ni remotamente en hacerla daño. Además, cuando ella ordenó a sus hombres que le mataran, le libraba automáticamente del juramento… en cuanto a él respectaba.

Por último, Lezpet dejó de reír. Le miró con fijeza con aquellos grandes ojos azules, enrojecidos por las lágrimas y el humo.

—¿Qué piensas hacer, hombre salvaje? —preguntó la Pwez.

—No te puedo llevar de regreso a Kaywo —contestó Bononi—. Me matarían. Así que te conduciré hasta Fiiniks. Creo que mi gente podrá emplearte como rehén, como una especie de arma para obtener un buen tratado con Kaywo.

—El viaje durará varios meses —anunció ella—. Lograré soltarme y te mataré.

—No, no lo harás —repuso Bononi con energía—. Te lo prometo.

Cumplió su palabra. Tres meses más tarde, cuando la primavera comenzaba a fundir las nieves, él y Lezpet se detuvieron en la línea donde acababan las llanuras y comenzaba el desierto. Se encontraban en un alto otero que les permitía divisar muchos kilómetros de terreno. Bononi se puso a examinar a un grupo de jinetes que se encontraba a un kilómetro del pie del altozano. De vez en cuando trasladaba sus ojos a la gran nube de polvo que se alzaba a bastantes kilómetros más allá de los jinetes.

Por último, sonrió y dijo:

—No son enemigos. Son fiiniks. ¡Mira la bandera! ¡Un fénix escarlata sobre campo azul!

Gritando de alegría, espoleó a su caballo lanzándolo ladera abajo. Los hombres le miraron alarmados. Al ver a un solo individuo y sin espada en mano, refrenaron sus monturas para esperarle.

Uno de los del grupo reconoció súbitamente a Bononi, porque se adelantó a su encuentro. Bononi rompió a llorar. ¡Era su padre!

Hubo una gran confusión, gritos y sollozos tras el encuentro Los otros jinetes se agruparon en su tomo y todos trataron de hacerle preguntas a un tiempo. Cuando el orden y un relativo silencio se estableció, su padre le dijo:

—No tengo palabras para decirte lo feliz que me siento al verte vivo, Bononi, porque pensé que habías muerto. Pero ¿dónde están las cabelleras que deberías traer?

Bononi parpadeó como si le hubieran dado un fuerte bofetón en la mejilla, pero contestó:

—Seguramente, me creerás loco al decirte, padre, que he matado a cerca de mil hombres. Si eso pensaras no te lo censuraría. Pero tengo un testigo.

Hubo más clamor. Por último, Bononi logro contarles algo de lo que le había ocurrido Y se enteró del por qué estaba allí su padre y qué significaba la nube de humo de la lejanía. Los eyzonuh habían abandonado su valle después de que un nuevo volcán comenzara a formarse apenas a tres kilómetros de su ciudad. Esta era una partida destacada de exploradores; el polvo lo producía el cuerpo principal de emigrantes: mujeres, niños, mulas, caballos, carretas.

—Vamos en busca de una nueva tierra —dijo el padre de Bononi.

—Hay muchas —replicó Bononi—. Tendréis que pelear para conquistar una de ellas y seguir peleando para conservarla. —Hizo una pausa y luego continuó—. Háblame de Debra Awvrez. ¿Viene con las mujeres?

Su padre dudó un instante con los labios apretados…

—Como todos nosotros, pensó que estabas muerto. Se casó con Baw Chonz, uno de los muchachos que salió contigo al primer sendero de guerra. Debra ya lleva ahora en su seno un hijo de él.

Contempló con atención a su hijo, esperando el estallido de su amor destrozado. Luego, sonrió al oírle decir con un leve encogimiento de hombros:

—Era de esperar. Ahora, no me importa. No hubiera deseado casarme con ella.

Su padre le pidió una explicación. Bononi dijo que más tarde la daría. En aquel momento quería cabalgar hasta el grupo principal y ver a su madre, hermanos y hermanas.

XX

Cuatro días más tarde, Bononi entró en la tienda que se le había asignado a Lezpet para ella sola. La joven le miró con frialdad y dijo:

—¿Qué es lo que quieres?

—Deseaba decirte que se me ha nombrado miembro del Consejo de Kemlbek —contestó Bononi—. Es un gran honor. Nunca jamás recayó tal nombramiento en nadie de mi edad. El Consejo admite que, vistos mi conocimiento de la tierra y mi experiencia, y también el hecho de poseer el arma de los Hombres Peludos, debería ser uno de los jefes.

—¿Y qué? —preguntó ella.

—Lezpet, sé que me odias. Pero yo no te odio a ti. Al contrario, después de haberte conocido nunca me satisfaría casarme con una mujer inferior. Intento hacerte mi esposa. No te obligaré ni te forzaré. Vendrás a mí voluntariamente.

Ella le escupió en la cara. Con los ojos desorbitados y llameantes, contestó:

—¡Antes me mataría yo misma! ¡Casarme contigo, un hombre salvaje, un traidor! ¡Me das asco!

—He jurado no casarme con ninguna mujer si no es contigo —dijo Bononi—. Tú y yo gobernaremos algún día a los kaywo y a los eyzonuh; los dos pueblos se convertirán en una sola nación. —Dio unas palmaditas al arma que sobresalía de su cinto—. He jurado por Jehová y por esta arma que me casaré contigo. Y, como bien sabes, nunca quebranto mis juramentos.

Abandonó la tienda, pero se quedó a la puerta durante un momento, escuchando como ella desahogaba su rabia en el interior. Nunca en su vida había sentido con tanta fuerza que algún día el

mundo sería suyo. Y que ella, parte de ese mundo, también sería suya.

FIN

MOTOR DE DOS MANOS

HENRY KUTTNER & CATHERINE L. MOORE

I

Desde los días de Orestes ha habido hombres con Furias siguiéndoles. No fue hasta el siglo XXII que la humanidad se fabricó un juego de verdaderas Furias, sacándolas de acero. La humanidad para entonces había llegado a una crisis. Tenía buen motivo para construir Furias en forma de hombre que seguirían las pisadas de todos los humanos que mataban a otros hombres. A nadie más. Para entonces ningún otro crimen tenía la menor importancia.

Funcionaba de manera muy sencilla. Sin previo aviso, un hombre que se creía a salvo de pronto oiría unas pesadas pisadas tras él. Se volvería y vería a un motor de dos manos, una máquina, caminando hacia él, conformada siguiendo la figura de un hombre de acero y más incorruptible que cualquier hombre no hecho de acero pudiese serlo. Sólo entonces el asesino sabría que le habían juzgado y condenado por los cerebros omniscientes electrónicos que conocían a la sociedad como ninguna mente humana pudo conocerla jamás.

Durante el resto de sus días, el hombre oía tras él esas pisadas.

Una cárcel movible con barrotes invisibles que le encerraban aislándole del mundo. Nunca en la vida volvería a estar solo. Y un día, no sabía cuándo, el carcelero se convertiría en verdugo.

* * *

Danner se arrellanó cómodamente en su curvo sillón del restaurante e hizo pasar por su lengua un sorbo de caro vino, cerrando los ojos para saborearlo mejor. Se sentía completamente a salvo. Oh, perfectamente protegido. Llevaba sentado allí casi una

hora, saboreando la comida más cara, disfrutando de la suave música que atravesaba los aires, el murmullo educado de los otros comensales. Era aquel un buen lugar. Resultaba estupendo tener tanto dinero… ahora.

Es cierto que tuvo que matar para conseguir el dinero. Pero la conciencia no le molestaba. No hay sentido de culpabilidad si no te descubren y Danner tenía protección. Protección emanada de la mejor fuente, que da algo nuevo en el mundo. Danner conocía las consecuencias del asesinato. Si Hartz no le hubiese dado satisfacción diciéndole que estaba perfectamente a salvo, Danner hubiera apretado el gatillo…

El recuerdo de una palabra arcaica parpadeó a través de su mente brevemente. No evocaba nada. Una vez tuvo algo que ver con la culpa, de una manera comprensible. Ahora ya no más. La humanidad había recorrido mucho trecho. El pecado en estos momentos carecía de significado.

Apartó el pensamiento y trató de saborear la ensalada de cogollos de palmera. Había algo que no le gustaba. Oh, bueno, habían muchas cosas así. Nada es perfecto. Volvió a tomar vino, gustándole la manera en que el vaso parecía vibrar como algo realmente vivo en su mano. Era un buen vino. Pensó en pedir más, pero luego optó por no hacerlo, lo guardaría para la próxima vez. Tenía mucho ante él, esperando para que lo disfrutase. Cualquier riesgo valía la pena. Y, claro, en esto no había habido riesgo.

Danner fue un hombre que nació en mala época Ya era lo bastante viejo para recordar los últimos días de utopía, lo bastante joven para encontrarse atrapado por la nueva economía de escasez que las máquinas habían dejado caer sobre sus fabricantes. En su temprana juventud tuvo acceso a lujos gratis. Se acordaba de los antiguos días cuando era un adolescente y aun funcionaba la última de las Máquinas de Escape, las visiones encantadoras, brillantes, imposibles, viciosas que realmente no existían ni nunca podían existir. Pero luego la estrechez económica se tragó todo placer. Ahora no tenía necesidades, pero nada más. Ahora no tenía que trabajar. Danner odiaba cada minuto de trabajo.

Cuando se produjo el rápido cambio, era entonces demasiado joven e inexperto para competir en el forcejeo. Los ricos de hoy eran los que edificaron fortunas acaparando los pocos lujos que las

máquinas todavía producían. Cuanto Danner dejó eran brillantes recuerdos y un sentimiento torpe y rencoroso de haber sido defraudado. Todo lo que quería eran los días brillantes de antaño. ¡Cómo ansiaba que volvieran y no le importaba cómo conseguirlos!

Bueno, ahora los tenía. Tocó el borde de la copa de vino con su dedo, notando cómo cantaba en silencio nada más rozarlo. ¿Vidrio soplado?, se preguntó. Era demasiado ignorante de las mercancías de lujo para comprender. Pero lo aprendería. Tenía el resto de su vida para aprender y ser feliz.

Alzó la vista para mirar a través del restaurante y vio por la cúpula transparente del tejado las torres fundentes de la ciudad. Formaban un bosque de piedra hasta donde pudiera contemplar. Y eso sólo una ciudad. Cuando se cansase de ella, habría más. Por todo el país, por todo el planeta, la red yacía enlazando ciudad con ciudad en una telaraña enorme, intrincada, como propia de un monstruo medio vivo. Entrar en sociedad.

Sintió un ligero temblor debajo suyo.

Extendió la mano para coger la copa y bebió rápidamente. La intranquilidad que parecía estremecer los cimientos de la ciudad era algo nuevo. Era porque… sí, ciertamente, era a causa de un nuevo miedo.

Era porque él había sido descubierto.

Eso no tenía sentido. Claro que la ciudad era compleja. Claro que operaba en la base de máquinas incorruptibles. Ellas, y sólo ellas, impedían que el hombre se convirtiese rápidamente en otro animal extinto. Y de aquellos análogos computadores, calculadores electrónicos, eran los giróscopos de toda la vida. Hacían y obligaban a cumplir las leyes que eran necesarias para mantener a los humanos con vida. Danner no comprendía mucho de los enormes cambios que barrieron la sociedad en su existencia, pero esto sí que lo conocía.

Así quizás tuviese sentido que él notase cómo la sociedad se estremecía porque estaba sentado allí, cómodamente sobre espuma de caucho, tomando vino, oyendo música y no había ninguna Furia plantada tras su silla para demostrar que los calculadores seguían siendo guardianes de la humanidad…

Y si ni siquiera las Furias son incorruptibles, ¿en qué puede creer un hombre?

Fue en aquel momento exacto cuando llegó la Furia.

Danner percibió de pronto cómo cada sonido moría a su alrededor. Tenía un tenedor a mitad de camino de sus labios, pero se contuvo, petrificado y miró a través de la mesa y del restaurante hacia la puerta.

La Furia era mayor que un hombre. Estuvo allí plantado durante un momento, el sol de la tarde causando un punto cegador de brillantez en su hombro. No tenía cara, pero parecía escrutar el restaurante a su placer, mesa a mesa. Luego entró por debajo del marco de la puerta y el punto brillante del sol se deslizó y fue como un hombre alto enclaustrado en acero, caminando despacio entre las mesas.

Danner dijo para sí, volviendo el plato de la comida y el tenedor, sin haberla probado:

—No es para mí. Todo el mundo aquí se lo pregunta. Yo lo sé.

Como un recuerdo en la mente de un ahogado, claro, vivo y condensado en un momento, pero mostrando cada detalle, recordó lo que Hartz le había dicho. Como una gota de agua puede caer en su imagen y captar en el espejo líquido por un amplio panorama condensado en un foco diminuto, así el tiempo pareció enfocarse a la puntita de alfiler de la media hora que Danner y Hartz pasaron juntos, en el despacho de este último, con las paredes que podían hacerse transparentes mediante oprimir un botón.

Vio otra vez a Hartz regordete y rubio, con cejas tristes. Un hombre que parecía relajado hasta que comenzó a hablar y que luego uno notaba la cualidad ardiente que le rodeaba, el aire de tensión conducida que hacía incluso que la atmósfera en su torno pareciese temblar incansablemente. Danner se plantó ante el escritorio de Hartz de nuevo, en su recuerdo, notando como el suelo zumbaba débilmente entre las suelas de sus zapatos, con el latir de los computadores. No podía verles a través de las diminutas cosas brillantes lisas de cristal, con luces parpadeantes en bancos como candelabros ardiendo dentro de coloreadas copas de cristal. Uno podía oír su lejano parlotear mientras ingerían hechos, meditaban sobre ellos y luego hablaban en número como crípticos oráculos. Y se necesitaban hombres como Hartz para comprender lo que querían decir los oráculos.

—Tengo trabajo para usted —dijo Hartz—. Quiero que mate a

un hombre.

—No, no —contestó Danner—. ¿Qué clase de estúpido cree usted que soy?

—Espere un momento. Le gusta gastar dinero, ¿verdad?

—¿Para qué? —preguntó con amargura Danner—. ¿Quiere que le costee un bonito funeral?

—Una vida de lujo. Sé que usted no es tonto. Conozco muy bien que no haría lo que yo le voy a pedir a menos que tenga dinero y protección. Eso es lo que le puedo ofrecer: protección.

Danner miró a través de la pared transparente a los computadores.

—Seguro —dijo.

—No, lo digo de veras. Yo… —Hartz dudaba como mirando de reojo en torno a la habitación, algo intranquilo, como si apenas confiase en sus propias precauciones por asegurar la intimidad—. Es algo nuevo —dijo—. Puedo redirigir cualquier Furia que yo quiera.

—Oh, claro —repitió Danner.

—Es verdad. Se lo demostraré. Puedo quitar la Furia de cualquier víctima que elija.

—¿Cómo?

—Era mi secreto. Naturalmente. En efecto, sin embargo, he encontrado un modo de proporcionarle esos datos, para que las máquinas elaboren un veredicto equivocado antes de la sentencia, o den órdenes también equívocas después de dicha sentencia.

—Pero eso es… peligroso, ¿verdad?

—¿Peligroso? —Hartz miró a Danner por debajo de sus cejas tristes—. Bueno, sí. Eso creo. Por eso no lo hago a menudo. Lo hice una sola vez, en realidad. Teóricamente había descubierto el método Lo probé sólo en una ocasión. Resultó. Lo repetiré, para demostrarle que le digo la verdad. Después de todo, lo tendré que hacer de nuevo para protegerle. Y eso será. No quiero trastornar a los calculadores más de lo que sea preciso. Una vez el trabajo esté hecho, no quiero molestarles.

—¿Y a quién quiere usted que mate?

Involuntariamente Hartz miró hacia arriba, hacia las alturas del edificio en donde las oficinas de los ejecutivos de alto rango estaban dispuestas.

—O'Reilly —dijo.

Danner también miró hacia arriba, como si pudiese ver a través del suelo al observar las exaltadas suelas de los zapatos de
O'Reilly,
Controlador de los Calculadores, paseando por la superlujosa alfombra.

—Es muy sencillo —dijo Hartz—. Quiero su empleo.

—¿Y por qué no lo mata usted entonces, si está tan seguro de que puede detener las Furias?

—Porque entonces lo estropearía todo —contestó Hartz impacientemente—. Utiliza la cabeza. Tengo un motivo evidente. Yo no quiero que un calculador elabore la deducción de quien se beneficia más si muere
O'Reilly.
Si me salvara de una Furia, la gente empezaría a preguntarse cómo me lo hice. Pero usted no tiene motivos para matar a
O'Reilly.
Nadie excepto los calculadores lo sabrán, yo me encargaré de ellos.

—¿Cómo sé que puede usted realizarlo?

—Sencillo. Mire.

Hartz se levantó y caminó rápidamente, cruzando la brillante alfombra que daba a sus pasos una falsa agilidad juvenil. Había un mostrador hasta la cintura en el lado opuesto de la habitación, con una pantalla inclinada de cristal sobre él. Nerviosamente, Hartz oprimió un botón y un mapa de una sección de la ciudad apareció en línea de trazos sobre la superficie.

—Tengo que encontrar un sector en donde esté ahora operando una Furia —explicó. El mapa parpadeó y oprimió otra vez el botón. Los rasgos inestables de las calles de la ciudad oscilaron y se alimentaron y luego se apagaron mientras escrutaba las secciones rápida y nerviosamente. Luego un mapa apareció en el que habían tres rayitas oscilantes de luz, de color, intercruzándose, cortándose en un punto cerca del centro. El punto se movía muy despacio cruzando el mapa casi a la velocidad de un hombre que camina, reducido en miniatura, en escala con la calle que recorría. Alrededor las líneas coloreadas giraban lentamente, manteniendo su foco siempre fijo en un solo punto.

—Ahí —dijo Hartz, inclinándose hacia adelante para leer el nombre impreso en la calle. Una gota de sudor le cayó de la frente

al cristal y la limpió intranquilo con la yema de dedo—. Ahí hay un hombre con una Furia asignada. Ahora mismo. Le voy a hacer una demostración. Mire aquí.

Por encima del escritorio había una pantalla de noticiarios. Hartz la encendió y vigiló impaciente mientras una escena callejera quedaba enfocada. Multitud, ruidos de tráfico, gente apresurada, gente paseando. Y en medio de la multitud, un pequeño oasis de aislamiento, una isla en el mar de la humanidad. En aquella isla moviente marchaban dos ocupantes, como un Crusoe y un Viernes, solos. Uno de los dos era un hombre malcarado que miraba el suelo mientras caminaba. El otro isleño en este lugar desierto era un hombre alto, brillante, que le seguía pisándole los talones.

Como si paredes invisibles les rodeasen, manteniendo atrás a las multitudes, cruzaban, los dos moviéndose en un espacio vacío que se cerraba tras ellos y se abría ante sí. Algunos de los transeúntes les miraron con fijeza, otros apartaron la vista embarazados o intranquilos. Alguien les miraba con franca anticipación, preguntándose quizás en qué momento el Viernes alzaría su brazo de acero y mataría de un golpe a Crusoe.

—Mire, ahora —dijo nervioso Hartz—. Sólo un momento. Voy a quitarle a ese hombre la Furia. Aguarde. —Cruzó hasta su escritorio, abrió un cajón, se inclinó misterioso sobre él. Danner oyó una serie de chasquidos desde dentro y luego el breve parlotear de unas claves grabadas en cinta—. Ahora —anunció Hartz, cerrando el cajón. Pasó el dorso de su mano por la frente—. ¿Verdad que hace calor? Acerquémonos para verlo mejor. Verá cómo algo ocurre dentro de un momento.

De vuelta a la pantalla del noticiero, enfocó el conmutador y la escena de la calle pareció ampliarse; el hombre y el carcelero quedaron en un foco mucho más próximo. El rostro del hombre parecía participar sutilmente en la cualidad impasible del robot. Uno habría pensado que habían vivido mucho tiempo juntos y que quizás era verdad. El tiempo es un elemento flexible, infinitamente largo a veces en un breve, brevísimo espacio.

El hombre parecía avanzar al azar, giró en un callejón y bajó por el estrecho y sombrío pasadizo alejándose de la avenida. El ojo de la pantalla de noticias le siguió tan cerca como el propio robot.

—De modo que tiene usted cámaras para realizarlo —dijo

Danner con interés—. Siempre me lo imaginé. ¿Cómo lo consiguen? ¿Los localizan en cada rincón o es un rayo…?

—No importa —contestó Hartz—. Secreto comercial. Sólo mire. Tendremos que esperar hasta… ¡No, no! ¡Mire, voy a intentarlo ahora!

El hombre miró de reojo tras de sí. El robot estaba doblando las esquinas en su seguimiento. Hartz volvió corriendo a su escritorio y abrió el cajón. Su mano se posó en él, los ojos miraban ansiosamente la pantalla. Era curioso cómo el hombre del callejón, aunque no tenía la menor idea de que otros ojos le vigilaban, alzaba la vista y escrutaba el firmamento, mirando directamente un momento a la cámara oculta y atenta y a los ojos, por consiguiente, de Hartz y Danner. Le vieron aspirar profunda y rápidamente y echar a correr.

Desde el cajón de Hartz se oyó un clic metálico. El robot, que había avanzado suavemente aumentando su velocidad en el momento en que lo hizo el hombre, echó a correr, se reprimió con torpeza y pareció trotar sobre sus pies de acero durante un instante. Disminuía la marcha. Se detuvo como un motor frenando. Se quedó inmóvil.

En el borde del campo de visión de la cámara uno podía ver la cara del hombre, mirando hacia atrás, la boca abierta de sorpresa mientras se cercioraba de que estaba ocurriendo lo imposible. El robot se quedó allí plantado en el callejón, efectuando movimientos indecisos como si las nuevas órdenes que Hartz metía en sus mecanismos rozasen con las órdenes impuestas en cualquier receptor que pudiera tener. Luego giró su espalda de acero en dirección al hombre del callejón y se fue con suavidad, casi tranquilo, calle abajo, caminando con tanta precisión como si obedeciese órdenes válidas, sin tropezar en los mismísimos engranajes de la sociedad con aquella conducta que era una pura aberración. Uno pudo ver por última vez la cara del hombre, extrañamente impresionado, como si su último amigo en el mundo le hubiese abandonado.

Hartz apagó la pantalla. Se secó la frente otra vez. Se fue hasta la pared de cristal y miró arriba y abajo como si tuviera miedo de que los calculadores pudieran enterarse de lo que había hecho. Pareciendo muy pequeño contra el fondo de gigantes metálicos, dijo

por encima de su hombro:

—¿Y bien, Danner?

Se habló más, claro; hubo más persuasión, un aumento del precio. Pero Danner sabía que estaba decidido desde aquel mismo instante. Un riesgo calculado y que valía la pena. Bien valía la pena. Excepto…

II

En el mortal silencio del restaurante todo movimiento se había detenido. La Furia caminó tranquila entre las mesas, siguiendo su brillante camino, sin tocar a nadie. Cada rostro empalideció, vuelto hacia la máquina. Cada mente pensaba: «¿Será para mí?». Incluso los absolutamente inocentes pensaban: «Este es el primer error que han cometido jamás y voy a ser yo la víctima. El primer error, pero no hay apelación y nunca podré demostrar mi inocencia». Porque mientras la culpa no tiene significado en este mundo, el castigo sí lo tiene y este castigo podría caer a ciegas, atacando como un rayo.

Danner, entre sus apretados dientes, se dijo para sí una y otra vez:

—No es para mí. Estoy a salvo. Estoy protegido No ha venido a por mí —y, sin embargo, pensó lo extraño que era. ¿Qué coincidencia, verdad, que pudiera haber dos asesinos aquí, bajo este lujoso techo del restaurante? Él, y la persona por la que había venido la Furia.

Soltó el tenedor y le oyó tintinear sobre el plato.

Miró a la comida y de pronto su mente rechazó todo lo que le rodeaba y se zambulló en una tangente fugitiva como una ostra se oculta en la arena. Pensó en los alimentos. ¿Cómo parecieron los espárragos? ¿Qué aspecto tenía la carne cruda? Jamás la había visto. La comida salía ya preparada de las cocinas de los restaurantes o de los aparatos automáticos. Vemos las patatas. ¿Cómo eran naturalmente? ¿Una masa húmeda y blanca? ¡No, algunas veces eran como rebanadas ovaladas, así que la propia cosa tenía que ser también oval. Pero no redonda. En otras ocasiones uno la recibía en tiras largas, cuadradas por los extremos. Algo largo y ovalado entonces, cortado en longitudes iguales. Y blancas, claro. Y

crecían bajo tierra, de eso estaba casi seguro. Raíces prolongadas y delgadas retorciendo sus blancos brazos entre las cañerías y los conductos que había visto desnudos cuando estaban reparando las calles. Qué extraño estar comiendo una cosa así, delgados como brazos humanos inefectivos que chapoteaban en las alcantarillas de la ciudad y se retorcían pálidamente en donde los gusanos tenían su mundo natural. Y donde él mismo, cuando la Furia le encontró, podía…

Apartó el plato.

Un murmullo indescriptible en la habitación le obligó alzar los ojos como si fuese un autómata. La Furia estaba a mitad de la sala ahora y era casi divertido ver el anillo de aquellos por cuyo, lado había pasado ya. Dos o tres de las mujeres enterraron sus rostros en las manos y un hombre había resbalado en silencio cayendo de su sillón, desmayado, cuando la Furia al pasar dejó en libertad a sus temores particulares bien escondidos en las simas más profundas de su mente.

La cosa estaba ya muy cerca. Parecía tener más de dos metros de altura y sus movimientos eran suaves, cosa inesperada cuando uno meditaba en ello. Más suaves que los movimientos humanos. Sus pies caían con pesadez, pero con una pesadez medida, sobre la alfombra. Tum, tum, tum. Danner trató impersonalmente de calcular lo que pasaría Uno siempre oye decir que esas máquinas no hacen ningún sonido excepto aquel terrible pisar, pero aquella crujía ligeramente en alguna parte. No tenía rasgos, pero la mente humana no podía evitar trazar ligeramente una especie de rostro airado sobre la blanca superficie del acero, con ojos que parecían registrar la habitación.

Se acercaba más. Ahora todos los ojos convergían en Danner. Y la Furia llegaba directa hacia él. Casi parecía como…

—No! —se dijo para sí Danner—. ¡Oh, no, no puede ser! —Se sentía como en una pesadilla, al borde de despertar, pensó—: Que despierte pronto. Que despierte ahora, antes de que llegue aquí.

Pero no despertó. Y en aquel momento la cosa se plantaba cerca suyo y el batir de sus pies cesaba. Ya no emitía ni el más débil crujido mientras se cernía sobre su mesa, inmóvil, aguardando, su rostro sin rasgos vuelto hacia él.

Danner notó una intolerable oleada de calor subirle a la cara…

rabia, vergüenza, incredulidad. El corazón le latía con tanta fuerza que la habitación parecía vacilar y un dolor súbito como el producido por los dientes cegados de un rayo le cruzó la cabeza de sien a sien.

Se encontró en pie, gritando:

—¡No, no! —bramó hacia la Furia impasible, de acero—. ¡Te equivocas! ¡Cometes un error! ¡Vete, maldita estúpida! ¡Te equivocas, te equivocas! —Se agarró a la mesa sin bajar la vista, encontró su plato y lo lanzo derecho al pecho blindado que tenía ante sí. La porcelana se fragmentó. La carne y los alimentos derramados mancharon de blanco y verde pardo el acero. Danner saltó de su sillón, dio la vuelta a la mesa, pasó junto a la alta figura metálica y se dirigió hacia la puerta.

Ahora sólo podía pensar en Hartz.

Mares de rostros pasaron junto a él a ambos lados mientras caminaba tambaleándose y a toda prisa para salir del restaurante. Alguien le miraba con curiosidad ávida, sus ojos buscando los suyos. Otros no miraban en absoluto, sino que tenían la vista fija en sus platos, rígidos o se cubrían la caras con las manos. Tras él venía el mesurado caminar y oía el rítmico y débil crujido de algún engranaje interior de la armadura.

Las caras de ambos lados quedaron atrás y él cruzó la puerta sin darse cuenta de haberla abierto. Se encontraba en la calle. El sudor le bañaba y el aire le golpeó gélido, aunque no era un día de invierno. Miró a ciegas a derecha e izquierda y luego se lanzó hacia una batería de cabinas telefónicas que estaba a media manzana de distancia, con la imagen de Hartz nadando ante sus ojos tan claramente que tropezó con la gente sin verla. A duras penas oyó voces indignadas como hablaban y luego se apagaban en un impresionante silencio. El camino se despejaba mágicamente ante él. Caminó por la isla recién creada de su aislamiento hacia la cabina más próxima.

Luego que cerró la puerta de cristales, el atronar de su propia sangre en sus oídos hizo que el sonido reverberase en la cabina. Por la puerta vio cómo el robot se plantaba desapasionadamente esperando, con la mancha de los alimentos derramados aún destacando en su pecho como alguna robótica condecoración de honor que cruzase el frontal de acero.

Danner trató de marcar un número. Sus dedos eran como de caucho. Respiraba profunda y duramente, tratando de reanimarse. Una idea irrelevante flotó por la superficie de su cerebro. Olvidó pagar la comida. Y entonces: ¿para qué me servirá el dinero? ¡Oh, maldito Hartz, maldito sea, maldito sea!

El rostro de una chica apareció vivo, con colores claros, en la pantalla que tenía delante. Buenas y caras las pantallas de las cabinas públicas en esta parte de la ciudad, advirtió su mente impersonalmente.

—Aquí es el despacho del Controlador Hartz. ¿En qué puedo servirle?

Danner probó dos veces antes de poder dar su nombre. Se preguntaba si la chica podía verle y tras él, borrosa por el cristal, podía también ver a la alta figura que esperaba. No podía decirlo porque bajó la chica los ojos inmediatamente a lo que debía ser una lista en la mesa o escritorio que quedaba ante ella y que no aparecía visible en la pantalla.

—Lo siento. El señor Hartz salió. No volverá hoy.

La pantalla quedó huérfana de luz y color.

Danner abrió la puerta y se plantó allí. Notaba que le temblaban las rodillas. El robot estaba lo bastante lejos para no ser molestado al abrirse la puerta. Durante un momento se miraron uno a otro. Danner si vio de súbito en medio de un risoteo incontrolable que le hizo comprender que se hallaba al borde de la histeria. El robot, con la mancha de comida como una condecoración de honor, parecía muy ridículo. Danner, para su sorpresa, descubrió todo esto mientras arrugaba la servilleta del restaurante en su mano izquierda.

—Atrás —dijo al robot—. Déjame salir. Oh, estúpido. ¿No te das cuenta de que es un error? —La voz le temblaba. El robot creció débilmente y dio un paso atrás.

—Ya es bastante malo que me tengas que seguir —dijo Danner —. Por lo menos, deberías ir limpio. Un robot sucio es demasiado… demasiado. —La idea era estúpidamente insoportable y se percató de que habían lágrimas en su voz. Medio riendo, medio llorando, limpió el pecho de acero y arrojó la servilleta al suelo.

Y fue en aquel mismísimo instante, con la sensación del duro acero todavía vivida en su memoria, cuando por último, a través de

la pantalla protectora de la histeria, recordó la verdad. Ya nunca volvería a vivir solo. Nunca mientras respirase. En cuanto muriera, sería a manos de este acero, quizás sobre este pecho acerado, con el rostro desapasionado inclinado sobre el suyo, la última cosa en la vida que vería. No tendría compañero humano, sino el negro cráneo de acero de la Furia.

III

Le costó casi una semana llegar hasta Hartz. Durante esos días cambió de idea sobre cuánto duraría el que un hombre fuese herido por una Furia o lo que tardaría éste en volverse loco. La última cosa que veía de noche era la luz callejera atravesando las cortinas de sus lujosas habitaciones del hotel y dando en el hombro metálico de su carcelero. Durante toda la noche, despertando de aquellas intranquilas pesadillas, volvía a oír el débil crujido del hombre que había en su interior funcionando debajo de la armadura. Cada vez que despertaba se preguntaba si volvería otra vez a abrir los ojos. ¿Daría el golpe mortal mientras dormía? ¿Y qué clase de golpe? ¿Cómo ejecutaba la Furia? Era un débil alivio ver las primeras luces del alba brillando sobre la Furia. Por lo menos, había pasado la noche. ¿Pero era esto vivir? ¿Valía la pena aguantar tanta carga?

Conservó sus habitaciones del hotel. Quizás la gerencia hubiese preferido que se marchase, pero nada se le dijo. Posiblemente no se atrevían. La vida adquiría una realidad extraña y transparente, como algo visto a través de una pared invisible. Aparte de tratar de ponerse en contacto con Hartz, no había nada que Danner quisiese hacer. Los sentidos deseos de lujos, entretenimientos, viajes, se habían disipado. No habría viajado solo.

Pasaba las horas en la biblioteca pública, leyendo lo que encontraba acerca de las Furias. Fue aquí cuando por primera vez halló los dos terribles y agobiantes versos que Milton escribió cuando el mundo era pequeño y sencillo…, versos mistificadores que no tenían sentido cierto para nadie hasta que el hombre creó una Furia del acero, a su propia imagen.

«Pero aquel motor de dos manos en la puerta Plantado para abrumar a uno y no abrumar más…».

Danner alzó la vista hacia su propio motor de dos manos, inmóvil junto a su hombro y pensó en Milton y en los tiempos pasados en que la vida era simple y fácil. Trató de imaginarse el pasado. El siglo XX, cuando todas las civilizaciones juntas se estrellaron en el borde de una majestuosa caída al caos. Y en época anterior a aquélla, cuando la gente era… diferente, de algún modo. ¿Pero cómo? Quedaba todo muy lejos y muy extraño. No podía imaginarse el tiempo que transcurrió antes de las máquinas.

Pero por primera vez aprendió lo que había ocurrido en realidad, allá en los primeros años, cuando él mundo brillante finalmente parpadeó y se apagó por entero y comenzó la gran masa gris. Y las Furias fueron forjadas por primera vez a imagen y semejanza del hombre.

Antes de que comenzasen las guerras verdaderamente grandes, la tecnología avanzó hasta el punto en donde las máquinas creaban máquinas como masas vivientes y pudieron haber convertido la tierra en un Edén, con todas las necesidades de cada cual satisfechas; pero ocurrió que las ciencias sociales se quedaron demasiado retrasadas detrás de las ciencias físicas. Cuando las guerras diezmadoras se produjeron, máquinas y personas lucharon lado por lado, acero contra acero y hombre contra hombre, pero el ser humano era mucho más frágil. Las guerras terminaron cuando ya no quedaban dos sociedades para luchar una contra otra. Las sociedades se fraccionaban en grupos más y más pequeños, hasta que reinaba un estado muy próximo a la anarquía.

Las máquinas se lamieron sus heridas metálicas mientras y se curaron una a otra, ya que habían sido diseñadas para eso. No necesitaban ciencias sociales. Siguieron tranquilamente reproduciéndose y entregando a la humanidad los lujos que la edad del Edén había dispuesto que entregasen. Imperfectamente, claro. Incompletamente, porque alguna de esas especies quedaron barridas por completo y no quedaron máquinas para hacer casta y reproducir la de esa especie. Pero la mayoría extrajeron las materias primas de las minas, las refinaron, las fundieron y forjaron las partes necesarias, se proporcionaron el propio combustible, repararon sus propios barriles y mantuvieron su raza en la tierra con una eficiencia a la que el hombre no se había acercado jamás.

Mientras, la humanidad se dividía y se dividía. Ya no había

verdaderos grupos, ni siquiera familias. Los hombres no se necesitaban mutuamente. Los enlaces nacionales agonizaban. Y los hombres habían sido acondicionados para aceptar subordinaciones y el escapismo resultaba fatalmente fácil. Los hombres orientaron sus emociones hacia las Máquinas de Escape que les proporcionaban alegría, imposible aventura y hacían que el mundo normal pareciese demasiado torpe para molestarse con él. Y bajó el coeficiente de nacimientos y descendió más todavía. Fue un período muy extraño. El lujo y el caos iban de la mano, Y siguió descendiendo la natalidad…

Eventualmente pocas personas reconocieron lo que estaba ocurriendo. El hombre, como especie, estaba en decadencia. Y el hombre se encontraba desvalido para hacer nada que lo remediase. Pero tenía un sirviente poderoso. Así llegó el tiempo en que algún genio ignoto comprendió lo que era preciso hacer. Alguien vio la situación claramente y ajustó un nuevo sistema en los mayores calculadores electrónicos supervivientes. Esa fue la meta que se fijó:

«La humanidad debe volver a ser autorresponsable. Harás de esto tu única meta hasta que la consigas por fin».

Era sencillo, pero los cambios que produjo tuvieron alcance mundial y toda vida humana en el planeta se alteró drásticamente por su causa. Las máquinas formaban una sociedad integrada, el hombre, no. Y ahora tenían un solo conjunto de órdenes que todos ellos se organizaron para obedecer.

Así terminaron los días de lujos gratis. Las Máquinas de Escape cerraron su establecimiento. Los hombres se vieron obligados a reagruparse para supervivir. Tenían que emprender ahora el trabajo que efectuaban las máquinas y lenta, lentamente, las necesidades comunes y los intereses comunes comenzaron a expandir los casi perdidos sentimientos de la unidad humana.

Pero era demasiado lento. Ninguna máquina podía devolver lo que el hombre había perdido: la conciencia interna. El individualismo había llegado a su última etapa y no había barrera para el crimen, no la hubo durante mucho tiempo. Sin relaciones familiares o de clan, ni siquiera las peleas o rencor u ofensa tenían lugar. La conciencia fallaba, puesto que ningún hombre se identificaba con sus semejantes.

La tarea real de las máquinas ahora era reconstruir en el hombre

un superego realista para salvarle de la extinción. Una sociedad autorresponsable sería genuinamente Ínter dependiente; el jefe se identificaría con el grupo y la conciencia interna realísticamente prohibiría cualquier «pecado» punible… el pecado de ofender al grupo con el que uno se identificaba.

Y entonces aparecieron las Furias.

Las máquinas definieron el asesinato, bajo cualquier circunstancia, como el único crimen humano. Esto era bastante cierto, puesto que es el único acto que puede destruir irremplazablemente una unidad de sociedad.

Las Furias no podían impedir el crimen. El castigo jamás cura al criminal. Pero sí podían impedir que los otros cometiesen un crimen mediante el miedo sencillo, cuando castigaban a los demás. Las Furias eran el símbolo del castigo. Abiertamente cruzaban las calles siguiendo a sus víctimas condenadas, el signo externo y visible de que el asesinato quede siempre castigado y castigado de manera pública y terrible. Eran muy eficientes. Nunca se equivocaban. O, por lo menos en teoría, jamás se equivocaba y considerando las enormes cantidades de información almacenada para entonces en los computadores análogos, parecía probable que la justicia de las máquinas fuese mucho más eficiente de la que pudiera ser la de los humanos.

Algún día el hombre redescubriría el pecado; sin él había llegado casi a perecer por completo. Con él podría recuperar su autoridad sobre sí mismo y la raza de sirvientes mecanizados que le ayudaban a restaurar su especie. Pero hasta ese día, las Furias tendrían que seguir caminando, por las calles; serían la conciencia del hombre disfrazado de metal, impuesta por las máquinas que el hombre crease hacía mucho tiempo.

IV

Lo que Danner hizo durante aquel tiempo apenas lo supo. Pensó mucho en los viejos días cuando las Máquinas de Escape aún funcionaban, antes de que el maquinismo racionase los lujos. Pensó el resto con mal humor y con rencor, porque no podía ver el motivo en absoluto del experimento en que se había embarcado la humanidad. Le gustaban más los viejos tiempos. Y entonces tampoco había Furias.

Bebió mucho. Una vez vació los bolsillos en el sombrero de un mendigo cojo, porque el hombre, como él mismo, era un ser aparte de la sociedad, al que vino a desplazar algo nuevo y terrible. Para Danner la causa desplazante fue la Furia. Para el mendigo era la propia vida.

Treinta años atrás hubiese vivido o muerto sin preocupaciones, cuidado sólo por máquinas. Que un mendigo pudiese sobrevivir en absoluto, pidiendo limosna, debía ser signo de que la sociedad comenzaba a sentir remordimientos respecto a sus miembros, pero para Danner eso no significaba nada. No estaría con vida él bastante tiempo para saber cómo se resolvía la historia.

Quiso hablar con el mendigo, aunque el hombre trató de alejarse en su silla de ruedas para huirle.

—Escucha —dijo Danner apremiante, siguiéndole, registrándose los bolsillos Quiero hablarte. No se siente tal y cómo tú te imaginas que debería sentirse. Parece…

Aquella noche estaba borracho del todo y siguió al mendigo hasta que el hombre devolvió el dinero y se alejó con tanta rapidez en su carrito de ruedas, que Danner no pudo alcanzarle y no le quedó más remedio que apoyarse contra la pared y tratar de confirmar la solidez del edificio. Pero sólo la sombra de la Furia,

cayendo sobre él proyectada por la farola callejera, era real.

Más tarde, aquella noche, en algún lugar de la oscuridad, atacó a la Furia. Pareció recordar haber encontrado un pedazo de cañería en alguna parte y produjo un diluvio de chispas en los grandes e imperativos hombros que se cernían sobre él. Luego corrió, doblando y girando por callejones y al extremo se escondió en un oscuro portal, esperando, hasta que las pisadas seguras resonaron a través de la noche.

Cayó dormido, exhausto.

Fue al día siguiente cuando por último estableció contacto con Hartz.

—¿Qué es lo que resultó mal? —preguntó Danner. La última semana había cambiado mucho. Su rostro estaba tomando, en sus características de impasibilidad, un raro parecido con la máscara de metal del robot.

Hartz dio un golpe nervioso al borde de su escritorio, haciendo una mueca al lastimarse la mano. La habitación parecía vibrar, no con el latir de las máquinas debajo, sino con su propia energía tensa.

—Es que algo salió mal —dijo—. Todavía no lo sé. Yo…

—¡No lo sabes! —Danner perdió parte de esa impasibilidad.

—Espera ahora. —Hartz hizo un movimiento tranquilizador con sus manos—. Resiste un poco más. Todo irá bien. Puede…

—¿Cuánto tiempo más he de resistir? —preguntó Danner. Miró por encima de su hombro a la alta Furia plantado detrás suyo, como si en realidad hiciese la pregunta al robot, no a Hartz. En cierto modo, había la sensación, por la manera en que lo dijo, que le hacía a uno pensar que debió formularse aquella pregunta muchas veces, mirando hacia el blanco rostro de acero y que seguiría preguntándoselo desesperanzado hasta que la respuesta llegase por fin. Pero no en palabras…

—Ni siquiera puedo averiguar eso —contestó Hartz—. Maldición, Danner, era un riesgo. Lo sabías.

—Dijiste que podías controlar el computador. Y te vi hacerlo. Quiero saber por qué no cumpliste lo prometido.

—Algo salió mal, te lo aseguro. Tenía que dar resultado. En el minuto en que este… asunto… se presentó, proporcioné los datos que deberían haberte protegido.

—¿Pero qué pasó?

Hartz se levantó y comenzó a pasear por el brillante suelo.

—No lo sé. No comprendemos la potencialidad de las máquinas, eso es todo. Creí que podía. Pero…

—¡Tú lo dijiste!

—Sé que puedo realizarlo. Aún lo intento, lo pruebo de mil maneras. Después de todo, esto también es importante para mí. Trabajo lo más de prisa que me es posible. Por eso no pude verte antes. Estoy seguro de que lo lograré, de que puedo solucionarlo a mi manera. ¡Maldición, Danner, es complicado! No es como juguetear con un contómetro. Mira todas esas cosas de ahí fuera.

Danner, no se molestó en mirar.

—Será mejor que lo hagas —dijo—. Eso es todo.

Hartz exclamó furioso:

—¡No me amenaces! Déjame en paz y lo solucionaré. Pero no me amenaces.

—Tú también estás metido en esto —dijo Danner.

Hartz volvió a su escritorio y se sentó en el borde.

—¿Cómo? —preguntó.

—O'Reilly está muerto. Tú me pagaste por matarle.

Hartz se encogió de hombros.

—La Furia lo sabe —contestó—. Los computadores lo saben. Y eso no importa ni pizca. Tu mano oprimió el gatillo, no la mía.

—Ambos somos culpables. Si yo sufro castigo, tú…

—Aguarda un momento ahora. Comprende bien esto. Pensé que lo sabías. Es la base de la obligación de la ley y siempre lo ha sido. A nadie se le castiga por la intención. Sólo por las acciones. Yo no soy más responsable por la muerte de
O'Reilly
que la pistola que tú utilizaste.

—¡Pero me vendiste! ¡Me engañaste! Te…

—Harás lo que yo diga, si quieres salvarte. No te engañé. Sólo cometí un error. Dame tiempo y lo enderezaré.

—¿Cuánto tiempo?

En esta ocasión ambos hombres miraron a la Furia. Permanecía en pie, impasible.

—No sé cuánto tiempo —respondió Danner a su propia pregunta —. Tú dices que tampoco. Nadie siquiera sabe cómo la Furia me

matará cuando llegue el momento. He estado leyendo todo lo que hay asequible en la biblioteca pública sobre el asunto. ¿Es verdad que varía el método, sólo para mantener a la gente como yo sobre ascuas? Y el tiempo concedido… ¿no varía también?

—Sí, es cierto. Pero hay un tiempo mínimo… de eso estoy casi seguro. Debes estar todavía dentro, de él. Créeme, Danner, todavía puedo quitarte la Furia. Sabes que funcionó una vez. Todo lo que tengo que hacer es descubrir lo que me fue mal y rectificarlo esta vez. Pero cuando más me molestes, más retraso sufriré. Me pondré en contacto contigo. No trates de volverme a ver.

Danner se puso en pie. Dio unos cuantos rápidos pasos hacia Hartz, la furia y la frustración rompiendo la máscara impasible que la desesperación había estado formando sobre su cara. Pero las solemnes pisadas de la Furia sonaron tras él. Se detuvo.

Los dos hombres se miraron.

—Dame tiempo —dijo Hartz—. Confía en mí, Danner.

V

En cierto modo fue peor tener esperanza. Hasta ahora hubo allí una especie de torpor de la desesperación que le impidió sentir demasiado. Pero ahora había una posibilidad, después de todo, de poder escapar y entrar en la brillante y nueva vida por la que tanto arriesgara… si Hartz le salvaba a tiempo.

Ahora, durante un período, comenzó a saborear otra vez la experiencia. Se compró ropas nuevas. Viajó, aunque nunca, claro, solo. Incluso buscó la compañía humana de nuevo y la encontró… en cierto modo. Pero la clase de gente que quería asociarse con un hombre bajo aquella especie de sentencia de muerte no era de un tipo muy atractivo. Encontró por ejemplo, que algunas mujeres sentían hacia él una fuerte atracción, no por causa de su persona o de su dinero, sino por el gusto de su acompañante. Parecían hechizadas por la oportunidad de un roce cercano y seguro con el mismísimo instrumento del destino. Por encima del hombro de Danner, a veces, se dio cuenta de que miraban a la Furia con un éxtasis de fascinada anticipación. Dejándose llevar por una extraña reacción de celos, abandonó a tales personas en cuanto captó la primera y fría mirada coquetuela que alguna de ellas arrojaba al robot que tenía a su espalda.

Intentó viajar más. Tomó el cohete a Africa y volvió siguiendo el camino de los bosques lluviosos de Sur América, pero ni los clubs nocturnos ni la novedad exótica de los lugares desconocidos parecían conmoverle de algún modo que le importase. La luz del sol le resultaba igual, reflejándose en la oscuridad de la superficie de acero de su seguidor, bien si brillaba sobre las sábanas color leonado o se filtraba a través de los jardines colgantes de las junglas. Toda novedad se hizo aburrida rápidamente a causa de la

cosa terriblemente familiar que estaba plantada siempre junto a su hombro. No pudo disfrutar de nada en absoluto.

Y el rítmico batir de las pisadas tras él comenzó a hacerse insoportable. Se tapó los oídos con algodones, pero la fuerte vibración penetraba por su cráneo de una manera constante, como un eterno dolor de cabeza. Incluso cuando la Furia estaba inmóvil, podía oír en su cabeza el latir imaginario de sus pisadas.

Compró armas y trató de destruir al robot. Naturalmente que fracasó. Incluso de haber tenido éxito sabía que otra máquina le sería asignada. El licor y las drogas no eran buenos. La idea del suicidio se le ocurrió con mayor frecuencia cada vez, pero lo expuso al pensamiento, porque Hartz había dicho que todavía quedaba esperanza.

Al fin Danner volvió a la ciudad para estar cerca de Hartz… y confiar. De nuevo se encontró gastando la mayor parte de su tiempo en la biblioteca, no caminando más que lo que era preciso a causa de las pisadas que atronaban tras él. Y estaba allí, una mañana, cuando halló la solución…

Había repasado todo el material acerca de las Furias. Había recorrido todas las referencias literarias acumuladas bajo esos titulares, asombrándose al encontrar cuantos había y cuantas que algunas de ellas eran… como el motor de dos manos de Milton… después del lapso de todos estos siglos. «Aquellos fuertes pies que siguen, que siguen detrás»…, leyó, «… con una cosa sin apresuramientos. Y un paso imperturbable, una velocidad deliberada, una constancia majestuosa…». Volvió la página y se vio a sí mismo en su vida más literalmente que cualquiera la veía:

«Yo sacudí las horas formando columnas Y me lancé sobre mí vida mía salpicada de manchas. Me planté en medio del polvo de los años desmoronados. Mi mezclada juventud yace pronto debajo de los escombros».

Dejó que varias lágrimas de autocompasión cayeran sobre la página que tan claramente le retrataba.

Pero luego pasó de las referencias literarias al almacén de películas de la biblioteca, a la filmoteca, porque algunas cintas estaban catalogadas bajo el encabezamiento que tanto le interesaba. Vio a Orestes perseguido de Argos a Atenas, por un solo robot Furia en vez de las tres mujeres con pelo de serpiente de la leyenda. Era

una versión moderna. Hubo una proliferación del tema cuando aparecieron por primera vez las Furias. Hundido en el semisueño de sus recuerdos infantiles, cuando las Máquinas de Escape aún funcionaban, Danner se perdió en la acción de las películas.

Se perdió tan completamente que cuando la escena familiar por primera vez se proyectó desde la cabina, apenas se dio cuenta. Toda aquella experiencia le resultaba conocida en parte, y no fue el primer sorprendido al encontrar que una escena en particular conocía mejor que las otras. Pero, entonces la memoria disparó un timbre de alarma en su mente y se sentó vivamente y dio un puñetazo sobre el botón de paro. Echó hacia atrás la película y pasó la escena de nuevo.

Mostraba a un hombre caminando con su Furia por el tráfico de la ciudad, los dos moviéndose en una especie de pequeña isla desierta de producción propia, como Crusoe con un Viernes a sus talones… Mostraba al hombre meterse en un callejón, mirar hacia la cámara ansiosamente, mirar llenándose de aire los pulmones y echar a correr de súbito. Mostraba la Furia dudar, hacer movimientos indecisos y luego darse la vuelta y alejarse tranquila y en silencio en otra dirección, sus pies sonando huecamente sobre la acera…

Danner volvió a pasar la película por aquella escena, para no equivocarse. Temblaba tanto que apenas podía manipular el proyector.

—¿Qué te parece eso? —murmuró a la Furia que tenía tras él en la cabina. Para entonces tenía por costumbre hablar con la Furia mucho tiempo, en tono rápido y murmurante, sin darse plena cuenta de lo que hacía—. ¿Qué opinas de eso, tú? ¿Lo viste antes, verdad? Familiar ¿no? ¡No lo es! ¡No lo es! ¡Respóndeme, cacharro maldito y torpe! —Echándose hacia atrás golpeó al robot en el pecho como hubiera pegado a Hartz de tenerlo delante. El ruido sonó a hueco en la cabina, pero el robot no respondió aun cuando Danner le miró inquisitivo y vio las reflexiones de las escenas superfamiliares pasando por tercera vez por la pantalla, reflejadas como un espejo en el pecho del robot, en aquella cabeza sin rostro, como si fueran a quedar grabadas en el interior.

Ahora conocía la solución. Y Hartz jamás tuvo el poder que pretendió. O si lo tuvo no tenía idea de utilizarlo para ayudar a

Danner. ¿Para qué? Ya no corría riesgo ahora. No le extraña que Hartz se pusiese tan nervioso al pasar aquella tira de película por la pantalla de noticias de su oficina. Pero la ansiedad no nació de la cosa peligrosa con la que estaba trasteando, sino en la misma tensión en conjuntar sus actividades con la acción de la comedia. ¡Cuánto debió ensayarlo, cronometrando cada movimiento! ¡Y cómo debiera reírse después!

—¿Cuánto tiempo tengo? —preguntó Danner con fiereza, golpeando a la imagen movible de la escena de la pantalla que se reflejaba en el pecho del robot—. ¿Cuánto? ¡Respóndeme! ¿Lo bastante?

El abandonar la esperanza era un éxtasis. Ya no necesitaba aguardar más. No necesitaba probar nada. Todo lo que tenía que hacer era llegar hasta Hartz y de prisa, antes de que se le acabase su propio tiempo. Pensó con repulsión en todos los días que había desperdiciado, viajando y matando el tiempo, cuando quizás ahora se estaban apurando sus últimos minutos. Antes que los de Hartz.

—Ven —dijo innecesariamente a la Furia—. ¡De prisa!

El robot avanzó, ajustando su velocidad a la de Danner, el enigmático reloj interior tictacqueando y descontando los momentos hacia el instante en que el motor de dos manos atacaría una vez, sólo una vez y nada más.

VI

Hartz estaba sentado en el despacho del Controlador, tras un escritorio flamantemente nuevo, mirando desde lo alto de la pirámide a los bancos computadores que mantenían en marcha a la sociedad y que restallaban su látigo sobre la humanidad. Suspiró con profundo desdén.

Lo único malo era que pasaba muchísimo tiempo pensando en Danner. Incluso soñaba con él. No porque se sintiera culpable, puesto que culpabilidad significa conciencia y el largo aprendizaje en el individualismo anárquico tenía todavía raíces profundas en la mente de cada hombre. Pero sí sentía intranquilidad.

Pensando en Danner se arrellanó y abrió con la llave el cajoncito que se trasladó desde su viejo escritorio al nuevo. Metió la mano y dejó que sus dedos tocasen ligeramente los mandos. Sintió placer.

Dos movimientos y podrían salvarle a Danner la vida. Porque, claro, había mentido a Danner completamente. Podía controlar con facilidad a las Furias. Podía salvar a Danner, pero nunca lo pretendió. No había necesidad. Y el asunto era peligroso. Se manipula una vez con un mecanismo tan complejo como el que controlaba la sociedad y era imposible adivinar cómo terminaría la serie de desajustes iniciada. Quizás una reacción en cadena, capaz de destruir por entero toda la organización. No.

Quizás algún día podría utilizar el aparatito del cajón. Esperaba que no. Cerró rápidamente el cajón y oyó el suave chasquido de la cerradura.

Ahora era Controlador. En cierto sentido Guardián de las máquinas que eran fieles en un modo que el hombre jamás podría serlo «Quis custodiet», pensó Hartz. El viejo problema. Y la respuesta era: Nadie. Nadie, hoy. Él mismo carecía de superiores y

su poder era absoluto. A causa del aparatito del cajón nadie controlaba al Controlador Ni una conciencia interna, ni ninguna persona externa. Nadie podía rozarle…

Al oír pisadas en la escalera pensó por un momento que estaba soñando… Algunas veces soñó ser Danner, con aquellas incansables pisadas atronando tras él. Pero ahora estaba despierto.

Era extraño que captase el batir casi subsónico de pies metálicos acercándose antes de que percibiera las pisadas atronadoras de Danner ascendiendo por su escalera particular. Todo sucedió tan de prisa que pareció no estar relacionado entre sí. Primero oyó el batir pesado subsónico, luego el súbito tumulto de gritos y de golpear de puertas abajo y por último el

tap-tap

de Danner subiendo a paso de carga las escaleras, sus pisadas tan perfectamente sincronizadas con las del robot, que el sonido del metal apagaba el sonido del hombre, con su carne, su hueso, su cuerpo.

Luego Danner abrió la puerta con estrepitosa violencia y los gritos y carreras de abajo ascendieron hasta el tranquilo despacho como un ciclón acercándose al espectador. Pero un ciclón en una pesadilla, porque nunca llegaría más cerca. El tiempo se había detenido.

El tiempo se había detenido con Danner en el umbral, el rostro convulso, ambas manos sosteniendo el revólver porque temblaba tanto que no lo podía empuñar con una sola.

Hartz actuó sin más pensamiento que si fuese un robot, de manera automática. Había soñado en aquel momento tan a menudo, de una forma u otra. Si hubiese podido manipular en la Furia para apresurar la muerte de Danner, lo habría hecho. Pero no sabía cómo. Sólo podía esperar, con tanta ansia como el propio Danner, esperando contra toda esperanza a que el golpe se produjera y el verdugo cumpliera su misión antes de que Danner sospechase la verdad. O abandonar toda confianza.

Así que Hartz estaba preparado cuando se produjo el peligro. Se encontró con su pistola en la mano sin recordar cómo había abierto el cajón. Lo malo era que el tiempo se había detenido. Sabía, en el fondo de su mente, que la Furia tenía que impedir que Danner causase daño a alguien. Pero Danner estaba plantado en el umbral

solo, el revólver entre ambas manos temblorosas. Y más atrás, después del conocimiento del deber de la Furia, el cerebro de Hartz contenía el saber que las máquinas pueden ser detenidas. Las Furias podían fallar. No se atrevió a confiar su vida a la incorruptibilidad de tales máquinas, porque él mismo era fuente de corrupción capaz de detenerlas en su misma acción.

Empuñaba la pistola sin saberlo él mismo. El dedo oprimió el gatillo y el revólver saltó hacia atrás en la palma de su mano y el vomitar de la explosión hizo el aire entre Danner y él sibilante.

Oyó cómo su bala se estrellaba contra el metal.

El tiempo tornó a ponerse en marcha, funcionando a doble velocidad para recuperar el retraso. La Furia, después de todo, no había estado más que un paso detrás de Danner, porque ahora su brazo de acero le rodeaba y su mano metálica desviaba el arma de Danner. Sí, Danner había disparado, pero no lo bastante pronto. No antes de que la Furia le cogiese. La bala de Hartz salió primero.

Alcanzó a Danner en el pecho, atravesándole y estrellándose en el tórax de acero de la Furia que estaba detrás. La cara de Danner se alisó en una completa blancura semejante a la máscara metálica que asomaba por encima de su cabeza. Cayó hacia atrás, no llegando al suelo a causa del abrazo del robot, pero deslizándose lentamente hacia el piso entre el brazo de la Furia y su Impasible cuerpo metálico. El revólver emitió un sonido sordo al rebotar contra la alfombra. La sangre manó por el pecho y espalda del hombre.

El robot permaneció plantado allí, impasible; un reguero de la sangre de Danner cruzándole el pecho, como una robótica cinta de honor.

La Furia y el Controlador de las Furias se quedaron mirándose. Y aunque, naturalmente, la Furia no podía hablar, en el cerebro de Hartz pareció hacerlo.

—La defensa propia no es excusa —parecía decirle la Furia—. No castigamos nunca la intención, pero sí la acción. Cualquier acto de asesinato. Cualquier acto de asesinato…

Hartz apenas tuvo tiempo de dejar caer el revólver en el cajón de su escritorio antes de que los primeros componentes de la ruidosa multitud de allá abajo irrumpieran por la puerta Tampoco tuvo apenas la presencia de ánimo para hacerlo. En realidad, no había pensado que aquello pudiera llegar tan lejos.

Superficialmente era un caso de suicidio. Con voz ligeramente insegura se oyó contarlo. Todos habían visto a aquel loco irrumpir en la oficina, la Furia pisándole los talones. No era la primera vez que un asesino y su Furia trataron de llegar hasta el Controlador, rogándole el hombre que le quitase de encima aquel carcelero, aquel seguidor que pronto se transformaba en verdugo. Lo que había ocurrido, contó Hartz, bastante tranquilo, es que como es lógico la Furia impidió al hombre disparar contra Hartz. Y entonces la víctima volvió sobre sí el arma. Las quemaduras de pólvora en sus ropas lo probaban. (El escritorio estaba muy cerca de la puerta). La prueba de la parafina demostraría que Danner había disparado su arma.

Suicidio. Eso satisfaría a cualquier humano Pero no a los conmutadores.

Se llevaron al muerto. Dejaron solos a Hartz y la Furia aún frente a frente, el escritorio por medio. Si alguien pensó que esto era extraño, no lo expresó.

El propio Hartz no sabía si era raro o no lo era. Nada por el estilo había sucedido antes. Nadie jamás fue lo bastante estúpido para suicidarse en presencia de una Furia. Ni siquiera el Controlador sabía exactamente cómo enjuiciaban los computadores la evidencia y fijaban la culpabilidad. ¿Normalmente deberían llamar a esta Furia? Si la muerte de Danner era suicidio, ¿estaría o debería estar solo Hartz en aquel instante?

Sabía que las máquinas estaban ya estudiando las evidencias de lo que había sucedido realmente allí. De lo que no podía estar seguro era de si esta Furia había recibido ya sus órdenes y le seguiría allá adonde fuese hasta la hora de su muerte. O si, simplemente, estaba en espera de que le llegase la orden de retirarse.

Bueno, no importaba. Esta Furia u otra estaría ya, en aquel instante, en proceso de recibir instrucciones referentes a él. Había sólo una cosa que hacer Gracias a Dios que podía hacerlo.

Así que Hartz abrió con la llave el cajón de su escritorio tocó las teclas que jamás esperaba haber tenido que usar. Con el máximo cuidado proporcionó en clave la información, número a número, a los computadores. Mientras miraba por las paredes de cristal y se imaginaba distinguir en las ocultas cintas las series de datos

perdiéndose en la oscuridad, y a los nuevos informes falsos cobrando vida.

Alzó los ojos y los posó en el robot. Sonrió levemente.

—Ahora te olvidarás —dijo—. Tú y los computadores. Puedes irte. No te volveré a ver.

O bien los computadores trabajaron con increíble rapidez —como realmente trabajaban— o bien actuó la más pura de las casualidades, porque sólo un segundo o dos pasaron antes de que la Furia se moviera como obedeciendo a la orden de despido de Hartz. Había estado inmóvil desde que Danner se deslizó entre sus brazos. Ahora nuevas órdenes la animaron y su movimiento fue casi brusco, pese a su levedad, cuando pasó de una misión terminada a otra nueva. Pareció casi inclinarse, en un gesto rígido que puso su cabeza a nivel de la de Hartz.

El Controlador vio su propio rostro reflejado en la cara en blanco de la Furia. Casi podía leerse una nota irónica en aquella dura inclinación con la diplomática cinta de honor cruzando el pecho de la criatura, símbolo de haber cumplido honrosamente con su deber. El metal incorruptible estaba compaginando su actitud con la misma corrupción y mirando a Hartz con la imagen reflejada del propio rostro del hombre.

La vio caminar hacia la puerta. La oyó pisar fuerte bajando la escalera. Notó cómo a cada paso vibraba el suelo y una súbita turbación de alivio se apoderó de él cuando pensaba que todo el edificio de la sociedad estremecíase bajo sus pies.

Las máquinas eran corruptibles.

La supervivencia de la humanidad seguía dependiendo de los computadores y estos computadores no eran dignos de confianza. Hartz miró hacia abajo y vio que le temblaban las manos. Cerró el cajón y percibió el click de la cerradura. Tornó a examinarse las manos. Notó cómo su temblor era eco de un temblar más profundo, un terrible sentido de la inestabilidad del mundo.

Una súbita y abrumadora soledad le envolvió como si fuese una ráfaga de aire frío. Jamás había experimentado antes una necesidad más urgente de compañía, de estar con los de su propia clase. No una cierta persona, sino gente en general. Sólo gente, con la sensación de seres humanos rodeándole; era una de las necesidades más primitivas.

Tomó sombrero y americana y bajó rápidamente la escalera las manos muy hundidas en los bolsillos por causa de un escalofrío interno que ninguna prenda de abrigo podía mitigar. A mitad de camino en el descenso se paró en seco.

Se oían pisadas tras él.

Al principio no se atrevió a volver la cabeza. Conocía aquellas pisadas. Pero tenía dos miedos e ignoraba cuál de ellos era peor. El miedo a que la Furia fuese tras él… y el miedo de que no le siguiera. Experimentaría una especie de insano alivio si realmente le seguía, porque entonces, después de todo, podría confiar en las máquinas y su terrible soledad sería pasajera y se le marcharía para siempre.

Descendió un escalón más sin mirar atrás. Oyó a su espalda la ominosa pisada, formando eco de la propia. Suspiró hondamente y se volvió.

No había nada en la escalera.

Descendió tras una pausa incontable en segundos, mirando por encima del hombro. Pudo oír los pasos implacables detrás suyo, pero no le seguía ninguna Furia visible. Ninguna Furia visible.

Las Furias de Orestes habían vuelto a atacar internamente y la Furia invisible, hija de la mente, siguió a Hartz escaleras abajo.

Era como si el pecado hubiese nacido de nuevo en el mundo y el primer hombre sintiera otra vez la primera sensación interior de culpa. Después de todo, los computadores no habían fallado.

Hartz bajó lentamente los escalones y salió a la calle, oyendo aún, como siempre oiría, el pisar impertérrito incorruptible que ya no sonaba como metálico… No…

FIN